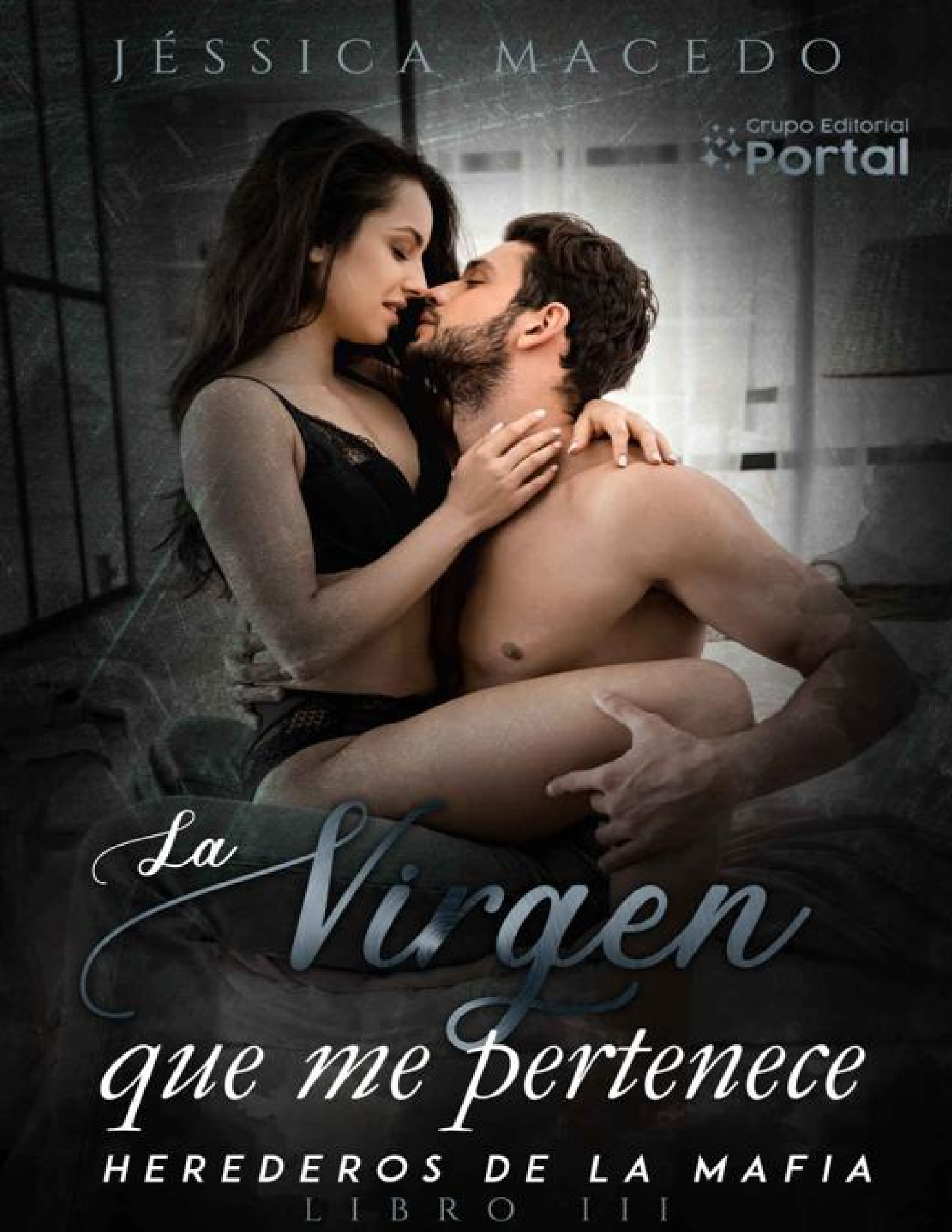
JÉSSICA MACEDO

Grupo Editorial Portal



La Virgen que me pertenece

HEREDEROS DE LA MAFIA

LIBRO III

La Virgen que me pertenece

HEREDEROS DE LA MAFIA

LIBRO III

JÉSSICA MACEDO

Grupo Editorial Portal

Copyright ©2024 Jéssica Macedo

Todos los derechos reservados. Está prohibido almacenar o reproducir cualquier parte de esta obra —física o electrónica —sin autorización previa de la autora. La violación de los derechos de autor es un delito tipificado en la Ley nº 9.610/98 y sancionado en el artículo 184 del Código Penal.

Diseño gráfico de portada e interior

Jéssica Macedo

Consulte

Matías San Miguel

Esta es una obra de ficción. Se han utilizado nombres de personas, acontecimientos y lugares que existen o que existieron realmente en algún momento de la historia para ambientar la escena. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Resumen

Sinopsis
Prólogo
Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho
Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidos
Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco
Capítulo veintiséis
Capítulo veintisiete
Capítulo veintiocho
Capítulo veintinueve
Capítulo treinta
Capítulo treinta y uno
Capítulo treinta y dos
Capítulo treinta y tres
Capítulo treinta y cuatro
Capítulo treinta y cinco
Capítulo treinta y seis
Capítulo treinta y siete
Capítulo treinta y ocho
Capítulo treinta y nueve

Capítulo cuarenta
Capítulo cuarenta y uno
Capítulo cuarenta y dos
Capítulo cuarenta y tres
Capítulo cuarenta y cuatro
Capítulo cuarenta y cinco
Capítulo cuarenta y seis
Capítulo cuarenta y siete
Capítulo cuarenta y ocho
Capítulo cuarenta y nueve
Capítulo cincuenta
Epílogo

Sinopsis

Luca Mancini es el capo de Palermo, cabeza de Sicilia, cuna de la mafia italiana. De joven, su vida estuvo marcada por el asesinato de su padre y aprendió muy pronto que la mafia exige sacrificios. Para mantenerse en el poder y controlar una disputa con Roma, aceptó un matrimonio arreglado que sellaría el acuerdo y traería la paz.

Perla es la hija de Marco Bellucci, el jefe de la mafia italiana, y siempre supo que en algún momento su padre elegiría un marido para ella. Solo que no imaginó que el desafío podría ser aún mayor de lo que creía. Creció entre monstruos, pero no estaba preparada para uno aún más aterrador.

Se derramó mucha sangre entre sicilianos y romanos en la lucha por el poder en Italia, y la unión de la pareja no fue bien recibida por todos. Luca tuvo que estar dispuesto a enfrentarse a la alianza y proteger a Perla a cualquier precio, sobre todo cuando había un bebé en camino.

ADVERTENCIA: Esta historia contiene escenas no aptas para menores de dieciocho años. Contiene desencadenantes, lenguaje soez y comportamientos inapropiados de los personajes.

En este libro no se expresan las opiniones políticas ni religiosas de la autora.

La autora no apoya ni está de acuerdo con el dudoso comportamiento de los personajes.

Esta es una obra de ficción y no retrata la realidad de la mafia italiana o rusa.

A pesar de la mafia de fondo, no se trata de una novela negra, así que si esperas escenas de abuso sexual, este libro no estará a la altura de tus expectativas.

Para los amantes de los hermanos Bellucci
y a mi querida Rosimeire, madre de mi corazón y madre de mis mafiosos.



Luca

Prólogo

Meses antes...

Caminé por el pasillo del yate, observando el mar muy azul a través de las escotillas, hasta que llegué a una puerta donde la música reverberaba por toda la estructura. Giré el picaporte y encontré exactamente lo que esperaba.

Aquel barco siempre había sido mi patio de recreo privado, donde mis hombres llevaban a mis fiestas privadas a prostitutas y otras mujeres interesadas en satisfacer al jefe.

Asumí el mando cuando aún era muy joven. Tras la muerte de mi padre, mi madre lo controlaba todo hasta que yo cumplí dieciocho años, pero antes de eso, ella ya daba órdenes y era respetada por los hombres.

Estaba acostumbrado a tener poder desde muy pequeño y era algo a lo que sin duda nunca renunciaría.

—Jefe... —Unos delicados dedos subieron por mi pecho y rodearon el cuello de mi camisa, llamando mi atención sobre una de las mujeres de la sala. Era morena y llevaba lencería de cuero con tiras trenzadas en las piernas y los brazos.

Recorrí con la mirada la oscura habitación, con objetos de cuero en las paredes, cuerdas y esposas. Reconozco que me gustaba la tortura y llevaba ese lado sádico a mis experiencias sexuales.

Agarré el pelo de la mujer, haciendo que abriera los ojos ante el leve dolor y soltara un pequeño gemido.

—Al suelo. —La empujé, haciéndola arrodillarse frente a mí, mirando mi zapato bien lustrado.

—Sí, jefe.

La dejé allí, mientras las otras dos mujeres de la habitación se limitaban a mirarme. Me

acerqué a la pared y saqué una mordaza, unas esposas y un látigo.

Me coloqué detrás de la mujer arrodillada y le tapé la boca, luego empujé sus hombros hacia delante, haciéndola ponerse en cuatro patas. Sus gemidos de dolor se confundían fácilmente con los de placer, así que preferí el silencio.

Su pelo se derramó por su espalda cuando le golpeé el culo con el látigo, dejando la marca de las correas. Se estremeció, suplicándome que volviera a hacerlo, y yo levanté la mano.

—¡Vengan aquí! —ordené a las demás que se acercaran.

Se arrodillaron, sabiendo ya cómo me gustaba. Una empezó a pasarme las manos por los muslos, mientras la otra me miraba suplicante. Dejé caer el látigo al suelo y me bajé la cremallera de los pantalones. Ni siquiera tuve que ordenarle que me llevara a la boca y empezara a chupar con fuerza.

Tiré del pelo de la otra mujer, haciendo que se agachara, moviendo la cabeza para lamerme los huevos, mientras la primera seguía arrodillada, esperando más de mí.

Hice un gesto a una de las mujeres que me estaba chupando para que me pasara el látigo y volví a castigarle el culo, poniéndolo cada vez más rojo. Los golpes, unidos a la estimulación de mi verga, me llenaron de placer.

Tiré de una de ellas y la hice levantarse, chupando uno de los pezones que se había escapado a través de las correas de cuero que rodeaban sus pechos, dejándolos al descubierto.

—Toma un condón de la cómoda.

—Sí, jefe.

Se alejó, abrió un cajón y volvió con un paquete de plástico, que ella misma abrió para envolver mi miembro.

Siguió pasándose sus delgados dedos por él, burlándose de mí con una mirada traviesa, pidiéndome ser la primera, pero el culo de la que había azotado me llamó más la atención y la tomé de las caderas, haciéndola arrodillarse en un pequeño diván oscuro.

La hice girar y entré de manera firme. Empecé a moverme, más rápido y más fuerte, mientras las otras dos me tocaban el cuerpo y me acariciaban. Pasé los dedos por las marcas de

las correas. La mordaza se deslizó de la boca de la prostituta y soltó un fuerte grito.

—Cállate —gruñí.

Frunció los labios y asintió.

Apreté los dedos alrededor de su cintura y empujé con más fuerza. Vi que se esforzaba por gemir, pero su canal se humedecía cada vez más y yo entraba con facilidad.

Saqué mi miembro y la hice levantar del sofá, dejando sitio a las otras dos, que se pusieron en cuatro patas sin dudarlo. Empujé dentro de una mientras mis dedos entraban y salían de la otra. Llegué al clímax en la tercera, mientras ya no podía controlar mis instintos.

Contuve mis propios gemidos mientras mi semen goteaba sobre la funda de látex.

Fui al baño y me recompuse antes de seguir divirtiéndome con ellas.

Era la última hora de la tarde cuando me vestí y me dirigí al timón del yate, donde estaba uno de mis hombres, esperando mis órdenes.

—Puedes llevar el barco de vuelta a la costa.

—Sí, jefe. —Se levantó, giró la llave y puso el barco en marcha.

Allí, en medio del mar, el cielo parecía más estrellado y tranquilo que en la ciudad, pero esa extraña sensación de paz era algo que un *capo* no podía disfrutar durante mucho tiempo.

Tenía más enemigos de los que podía contar con los dedos de las manos y mi padre me había enseñado bien a no descansar nunca. Aunque murió cuando yo aún era un niño, recordaba bien todas las enseñanzas que me había dado.

En cuanto llegamos al amarradero de la parte trasera de mi mansión, bajé con los soldados y entré en la casa. Me alisé la corbata al entrar en el salón, justo antes de ver a mi madre.

—Luca.

—Hola.

—Me preguntaba si llegarías a la cena.

—Que sirvan la comida, me reuniré contigo pronto.

Se pasó una mano por el pelo teñido y asintió brevemente.

Detrás de las arrugas y las marcas propias de la edad, estaba la mujer que sin duda más admiraba en el mundo. Gracias a ella, yo tenía todo mi poder. Mi madre se había impuesto y había asegurado mi legado. No era de extrañar que se hubiera convertido en mi mejor consejera.

Me fui a mi habitación, me di una ducha y volví al comedor. Saqué la silla y miré a mi madre y a mi hermano, que ya estaban allí.

—No fumes en la mesa, Mario. —Mi hermano apretó los dientes.

Refunfuñó, pero apagó el cigarrillo en el borde del plato.

—Luca, ¿has hecho tu elección? —Me miró.

—¿Sobre mi mujer? —Le di un sorbo a mi copa de vino.

—Sí.

—He pensado en ello.

Mario resopló, haciéndonos girar en su dirección, entonces mi hermano nos devolvió la mirada.

—¿Cuánto tiempo seremos las putas de Roma?

—No hables así —mi madre levantó la voz.

Mario se encogió de hombros.

Mi hermano no era el único siciliano que actuaba así cuando pensaba en nuestra relación con los Bellucci, pero yo recordaba muy bien todo lo que me había dicho mi padre antes de que lo matara uno de ellos.

Únete a ellos o serás masacrado.

Los Bellucci no eran enemigos que debiéramos cultivar, por muy indignado que estuviera de que hubieran matado a mi padre. Desde que habían arrebatado el poder a mis antepasados, no habían hecho más que crecer y expandirse.

Si había algo que sabía muy bien era que las batallas no eran buenas para los negocios.

Podía cultivar una alianza pacífica y seguir siendo un líder poderoso o librar una guerra que derramaría sangre por toda Italia y podría culminar con mi muerte. Fui lo suficientemente sabio como para elegir la primera opción y por eso había aceptado casarme con una de las hijas de Marco Bellucci.

Los matrimonios concertados habían formado parte de las alianzas de la mafia durante siglos y, para jugar a ese juego, había que aceptar las reglas.

Me habían educado y moldeado desde que nací para ser el mejor líder posible para Sicilia y conocía los costos de desempeñar mi papel. Tal vez fuera diferente para Mario, ya que era el más joven y había sufrido más la muerte de nuestro padre, al haberlo perdido a una edad más temprana que yo.

—Es mejor tener a los Bellucci como aliados que como enemigos —dije con firmeza y mi hermano se limitó a entomarse de hombros.

Los camareros nos sirvieron la cena y yo estaba concentrado en la comida cuando mi madre tomó una caja de terciopelo y la empujó hacia mí.

—El joyero lo ha entregado hoy.

Lo abrí y vi el anillo que había dentro. Digno de una reina, la pieza había costado casi un millón de euros y se lo regalaría a la Bellucci elegida.

—Resultó tal y como esperaba.

—Estupendo. —Sonrió mi madre—. ¿Quién será la elegida?

—Perla.

La gemela que era pintora y se interesaba por el arte era la que más me había llamado la atención y sería la Bellucci a quien llevaría como esposa, reforzando mi poder y mi alianza con su familia.

Me pareció la más guapa e interesante. No esperaba mucho, excepto que sirviera para su propósito.



Perla

Capítulo uno

Cuando mi padre dijo que me convertiría en la esposa de alguien, fue la confirmación de que había llegado mi hora. Como hija del hombre más poderoso de Italia, sabía que mi mano sería el eje de una alianza con alguien.

Ni siquiera me hice ilusiones de que pudiera ser diferente. Nací en la mafia y mi deber era con ella y con mi familia.

Solo esperaba que este futuro marido fuera bueno conmigo.

Luca Mancini era el rey de los sicilianos. Sobrino de mi tía Tatiane, gobernaba la ciudad de Palermo y su poder e influencia se extendían a toda la isla. Era un hombre importante y una de las principales bases de poder de Italia.

Podía elegir entre mi hermana Pietra y yo, y que fuera yo, en cierto modo, alimentaba mi ego.

Aunque era mucho mayor, era guapo, parecía culto y yo lo había visto unas cuantas veces en mi vida, sobre todo cuando venía a visitar a mi tía. De todas las posibilidades, quedarme con él era la mejor.

Creía que con él podría vislumbrar un poco de la felicidad que tuvieron mis padres. Yo quería eso.

Desde luego, quedarme con el hombre que mi padre había elegido para mí parecía mucho menos problemático que el lío en el que se estaba metiendo mi hermana. Pietra estaba loca por dejarse seducir por el jefe de la mafia rusa. Definitivamente, no querría estar en su pellejo cuando nuestra familia se enterara.

Me pasé la mano por el vestido y me miré en el espejo. Era mi fiesta de compromiso y me sentía preciosa. Había cuidado cada detalle para que aquel momento fuera especial.

Luchar contra mi destino no me parecía lo más prudente y no quería atraer el caos a mi vida como estaba haciendo mi gemela.

—¿Preparada? —Oí una voz que me llamaba.

Asentí con la cabeza mientras salía de la habitación. Tenía que estar preparada porque este era mi momento. Más que mi aspiración de convertirme en pintora, seguir los designios de la mafia era mi destino.

Me encontré con Pietra al final de la escalera e intercambiamos miradas. Sonreí ligeramente y ella se esforzó por corresponderme.

Mi hermana definitivamente no quería eso, pero yo temía lo trágico que podría ser para mi gemela si seguía luchando. En los últimos días había intentado hacerla entrar en razón, pero temía que hubiera superado el punto en el que yo pudiera hacerla volver.

Mi destino estaba junto a Italia, cerca de mis padres y con un hombre que me permitiera vivir con mi familia.

Sonreí mientras bajaba las escaleras junto a Pietra. Era mucho más fácil cuando se aceptaba el destino. Miré por la ventana y vi lo bien decorado que estaba nuestro jardín, con unas cuantas mesas e invitados. La casa estaba radiante y yo también necesitaba estarlo.

En cuanto pisamos el primer escalón, mi padre se acercó a nosotras, del brazo de mi madre, muy guapa con un vestido dorado. Ella me miró con expresión feliz y yo hice lo mismo.

Si ella lo había superado y estaba bien, para mí era posible.

—Hijas mías —dijo papá con su habitual tono firme y autoritario. A pesar de su voz gruesa, podía sentir el amor que nos había expresado de muchas maneras a lo largo de su vida.

—Papá —dijimos Pietra y yo juntas.

—Están preciosas. —Se inclinó y besó a cada una en la frente.

—Gracias.

Estiré el cuello por encima de su hombro y recorrí con la mirada en busca de Luca. Pronto lo encontré acercándose a nosotros. Sus ojos marrones eran profundos, enigmáticos y parecían destacar aún más al estar enmarcados por la máscara negra. Mi sonrisa se intensificó cuando vi sus anchos hombros y me di cuenta de lo guapo que estaba con smoking.

A su lado estaba el prometido de mi hermana, el rubio americano Steven Lansky. Pietra no mostraba la misma emoción que yo, ni siquiera podía fingirla.

Mi padre tomó de la mano a mi madre, dejando espacio para que se acercaran a nosotras.

—Luca —susurré, dando un paso adelante.

—Hola, mi prometida. —Se inclinó y me besó la mano en el dorso.

Observé cómo mi hermana recibía el anillo del novio y miré el mío. Un enorme diamante que cubría el diámetro de mi dedo, rodeado de otros más pequeños que hacían brillar aún más la pieza.

Hermoso...

Luca había elegido una hermosa pieza que me recordaba la vida de lujo en la que había nacido y que me regalaría después de la boda.

—Ven conmigo. —Luca me tomó de la mano y mi corazón se aceleró un poco, volviéndose aún más frenético cuando mi padre asintió.

Los invitados nos miraban y ya se habían acostumbrado a la idea de vernos juntos, aunque faltaban casi dos años para la boda.

Sería el tiempo suficiente para que me adaptara por completo a la idea de dejar la mansión Bellucci y convertirme en un Mancini.

A menudo me decía a mí misma que había nacido para ello y que podía hacerlo bien, por muy intenso que fuera el escalofrío que sentía en el estómago.

Algunos invitados estaban bailando, entre ellos mi hermana y su prometido. Pensé que nos uniríamos a ellos, pero Luca seguía detrás.

—¿Adónde vamos?

—Aún no he tenido tiempo de ver las decoraciones del jardín.

—Ah, es hermoso.

—Enséñamelo.

Asentí con la cabeza. El tono autoritario no me sorprendió. Estaba acostumbrada a la arrogancia que se extendía a los demás hombres de mi familia, y a la masculinidad impuesta desde que nací. Y Luca no sería diferente.

—Podemos ir allí. —Me pasé la mano por el pelo, metiéndomelo detrás de la oreja, donde estaba la cinta de raso que me sujetaba la mascarilla a la cara.

Pasamos junto a algunos invitados, algunas caras conocidas y otras no, y nos dirigimos a través de la puerta del salón que daba al jardín.

—¡Felicidades a la pareja! —Un jefe local, que estaba sentado en una de las mesas, levantó su copa y nos sonrió.

—Gracias. —Luca fue cordial y me puso la mano en la cintura, guiándome más allá de una fuente y hacia una zona donde no había mesas.

—Las mesas están allí —comenté.

—Quiero estar a solas contigo. —La voz firme me produjo escalofríos.

En el fondo, me daba mucho miedo, aunque no se lo había confesado a nadie. Creada para ser entregada a alguien, no es que tuviera experiencia ni supiera lo que podía pasar.

Mantenía una mano firme y pesada en mi espalda. Había demasiados invitados en mi casa como para que Luca se preocupara por estar solos. Al mismo tiempo, todos los miembros de mi familia estarían ocupados con otras personas.

—¿Dónde está tu madre?

—Adentro.

—Vamos a verla. Aún no he podido saludarla. —Di un paso con la intención de volver al interior de la casa, pero Luca me retuvo.

—¡Después!

—Van a venir a buscarnos.

—Deja que lo hagan. —Siguió guiándome hasta que llegamos a la parte trasera de la casa, donde no había nadie.

—¿A qué hemos venido? —Mi interior se agitó y mi respiración giró un poco pesada.

—Quiero estar a solas con mi prometida.

Intenté controlarme, pero tenía miedo. Era como si él fuera el depredador y yo la presa. Aunque éramos novios, no teníamos la costumbre de estar juntos a solas. Las pocas veces que habíamos hablado a solas durante unos instantes desde que me había elegido como prometida, siempre aparecía alguien. Mi abuela, mis padres o incluso un soldado.

—Yo... pinté un nuevo cuadro. —Me froté las manos tratando de calmarme, pero solo conseguí delatarme aún más.

—Me tienes miedo, Perla...

—No... no.

Me agarró el mentón y me levantó la cabeza, haciéndome mirarlo con más firmeza.

—Es prudente que lo hagas.

Tragué saliva.

—Vas a ser mi marido.

—Exacto, chica lista. ¡Eres mía!

Negué con la cabeza. Luca Mancini era mi prometido y se convertiría en la persona con la que me acostaría y me levantaría cada día. Sentí un poco de miedo, pero todo iba a salir bien.

—Deja que te mire. —Deslizó la mano por mi pelo hasta la nuca, donde tenía atada la mascarilla.

Dejé que la soltara y la apartara de mi cara. Me quedé mirando sus penetrantes ojos marrones mientras su pulgar recorría mi mejilla.

—Luca...

—Silencio. —Me puso el índice en los labios.

Me quedé con los ojos muy abiertos e incluso dejé de respirar cuando me puso la mano en la nuca y llevó mi cabeza hacia la suya. Sus labios tocaron los míos con presión y fuerza y

admito que no esperaba que me besara así en ese momento. Era imponente y se notaba en la forma en que su boca dominaba la mía.

Nunca me habían besado y, por mucha curiosidad que sintiera, imaginaba tener que esperar hasta mi boda, pero Luca tenía otros planes para nosotros.

Sentí la presión de su lengua y me encontré cediendo para que entrara en mi boca. Todo mi cuerpo se envolvió y se relajó, dejando que la máscara se deslizara hasta el suelo.

El pavor se disolvió cuando empecé a saborear el beso y los efectos que tenía en mi cuerpo. Pensé en cómo sería si alguien nos viera, pero estábamos comprometidos y solo nos besábamos.

O eso debería haber sido todo... Me di cuenta de que estaba dispuesto a ir más allá cuando sus manos bajaron hasta mis nalgas, subieron por mi falda y se introdujeron en mi vestido, tocándolas directamente. Sentí vergüenza al mismo tiempo que un pulso aparecía entre mis muslos. Su tacto era pesado, firme e imponente y, al mismo tiempo que su boca me devoraba, podía sentir sus manos recorriendo cada parte de mí.

Sacó una de sus manos de mi trasero y la llevó a la parte superior, tocando mi pecho bajo la tela del vestido. Solo tuve un soplo de racionalidad cuando sus dedos rodearon y tocaron la parte delantera de mis bragas, bajándomelas sin ningún pudor.

—¡Luca, no!

—¿Qué haces? —Puso cara de confusión cuando lo aparté de mí para que no toque donde no debía, por mucho que mis instintos me lo pidieran.

—No puedes hacer eso.

—Sí que puedo. Eres mi prometida.

—Tengo que permanecer virgen hasta que me case.

Esa era una de las reglas que tenía que respetar y me ceñía a ella.

—Tu virginidad es mía. —Me sujetó el mentón, haciéndome mirarlo. —No importa si me la das antes o después de que el cura diga media docena de palabras.

—Mi padre me matará si se entera.

Sabía que mi hermana se había involucrado así con el ruso y no quería ser otro motivo de decepción.

—Podemos esperar. —Esquivé su contacto y retrocedí unos pasos.

—¿Dos años? —Había cierta inconformidad en su voz.

—Pasará rápidamente.

Luca se echó a reír y yo no entendía su actitud. No era exactamente lo que esperaba para el rumbo de nuestra conversación.

—Mantente virgen hasta la boda entonces, princesa. Tendré otras distracciones.

—¿Distracciones? —balbuceé.

—Si no me vas entregar tu cuerpo, me revolcaré con otras. —Se encogió de hombros como si no le importara y eso me dolió más de lo que me hubiera gustado.

—¿Cómo puedes hablar así? —Sentí un sabor amargo en la boca. Una tristeza que no sabía que tenía. Tal vez me había hecho una ilusión con aquel matrimonio de la que no me había dado cuenta antes de que fuera demasiado tarde.

—¿Hablar así? —Su tono seguía siendo burlón. —Soy el *capo* de Palermo, princesita. No eres más que una herramienta. No nos vamos a casar porque te amo. Esto no es un cuento de hadas. Ambos sabemos que este matrimonio solo importa porque tu familia sabe lo esencial que soy para mantener su reinado. De las opciones que tenía, tú eres la que me parecía más interesante, eres preciosa y creo que puedo satisfacerme, pero si esperas que sea célibe hasta nuestra boda, que sepas que no va a ser así.

Sentí como si algo me obstruyera la garganta y no pudiera decir nada.

Luca me estaba dando un ultimátum: si no me acostaba con él, se conformaría con otra, y no sabría describir lo mucho que me molestaba.

Tenía razón, nuestro matrimonio no era un cuento de hadas y cualquier ilusión que pudiera haberme hecho al respecto se hizo añicos en ese momento.

—¿Y qué vas a hacer, novia?

No sabía qué decir. Una parte de mí no creía que fuera correcto entregarme antes de que se intercambiaran los anillos, pero a otra parte de mí no le gustaba la idea de que estuviera con otras. Luca sería mi marido y tenía que ser mío.

—¡Señorita!

Me sobresalté y casi se me sale el corazón por la boca.

—¿Qué ocurre? —Miré al soldado que había aparecido de la nada. Menos mal que Luca y yo estábamos lejos.

—Tenemos un problema de violación de la seguridad, y tu padre me dijo que te vigilara y te pusiera a salvo con el resto de la familia.

—¿Violación de la seguridad? —La expresión de Luca cambió y me di cuenta de que estaba preocupado por lo que había dicho el hombre.

—Todavía no estoy seguro de lo que pasó, pero parece ser algo con la señorita Pietra.

—¿Dónde está mi hermana? —mi preocupación cambió de foco.

Pietra estaba en apuros y no sabía hasta qué punto, pero su confusión me bastó para escapar de mi momento de tensión con mi prometido.

—Entremos. —Luca retomó mi mascarilla del suelo y me la entregó, guiándonos a mí y al soldado hasta donde estaba mi familia.

El clima de tensión que surgió cuando me enteré del secuestro de Pietra fue suficiente para que no tuviera que pensar si entregar o no mi virginidad antes de los votos.



Luca

Capítulo dos

Mi fiesta de compromiso no acabó como había imaginado. Pronto, los Bellucci se preocuparon por la desaparición de una de los suyas bajo su propio techo y tuve que escuchar a mi hermano hablar de lo débiles que eran y de cómo ni siquiera podían proteger a los suyos. En cierto modo, lo que había ocurrido era un poco ridículo y tenía que darle la razón a Mario, pero yo había elegido a la otra gemela y Pietra no era mi problema.

Había aprendido de mi padre a seguir mis instintos y desde el primer momento me dijeron que me alejara de Pietra, pero no imaginé que causaría tantos problemas. ¿Involucrada con un ruso?

¡Esa chica estaba loca! Probablemente se merecía su destino.

Teníamos nuestros puntos, tenía que admitirlo, pero ellos eran animales de la peor calaña. Aunque no fuéramos enemigos, cualquier italiano con sentido común mantendría las distancias.

Mientras los Bellucci se ocupaban de traer de vuelta a la chica, yo volví a Sicilia para ocuparme de mis propios asuntos. Aunque éramos aliados, no iba a arriesgarme a ayudarlos a rescatarla.

Ella no era mi problema. Todo lo que podía sentir era lástima por el idiota del americano que había quedado como un payaso. Mientras él ofrecía un anillo, su futura esposa se divertía con un enemigo de todos nosotros.

Solo esperaba que Perla no me demostrara que yo también me había equivocado. Por mi bien y el de su familia, era bueno que todo saliera según lo previsto.

Bajé del avión en la pista del aeropuerto privado de Palermo. Durante el viaje, mi madre no se atrevió a decir nada y yo ignoré las quejas de mi hermano menor. Ya vería cómo estaban los Bellucci cuando volviera para encontrarme con mi prometida.

Perla tampoco estaba siendo lo que yo esperaba, quizás si hubiera sido un poco más servicial me habría excitado más. Era guapa, no lo negaba, pero privarme del sexo no entraba en mis planes.

La traición estaba mal vista entre los italianos, aunque muchos de los matrimonios de la mafia eran acuerdos. Las reglas eran claras: o una amante o una esposa. Dos mujeres podían chocar y poner en peligro el negocio. Pero mientras Perla no eligiera estar conmigo, yo no me prestaría al celibato, seguiría con las prostitutas que me habían satisfecho hasta ahora.

—¡Luca! —llamó mi madre desde el auto.

Caminé hasta el auto y me senté en el asiento trasero con ella.

—Los líderes sicilianos te esperan hoy para una reunión —comentó cuando me acomodé.

—¿En el mismo sitio de siempre?

—Sí.

Me subí la manga de la chaqueta y miré la hora.

—Podemos ir directamente allí.

—Como quieras.

—¿Te encuentras bien? —Me puso la mano en el hombro, atrayendo mi atención.

—¿Por qué no lo estaría?

—Por lo que sucedió en tu fiesta de compromiso.

—Ese es el problema de Bellucci.

—Tenemos que estar preparados para un conflicto con Rusia. Son enemigos muy poderosos.

—Si una de las hijas de Marco se involucró con ellos, no debería ser nuestro problema.

—Hijo, todo lo que implique el destino de Italia es nuestro problema, te guste o no.

Tenía razón y me limité a negar con la cabeza. Tenía que confesar que Mario no era el único que experimentaba a veces sentimientos de rebelión. Los Mancini habían gobernado toda Italia antes de que los Bellucci tomaran nuestro poder y lo llevaran a Roma, pero debía ser prudente. Ellos eran el centro de Italia y muchas cosas habían cambiado desde que mis antepasados perdieron el control.

Tenía muchos negocios y la vida de innumerables personas que dependían de mí, así como la sombra de mis padres, que no pensaban que ir contra ellos fuera un buen negocio.

—Veremos qué se les ocurre.

—Sí, estaremos muy atentos. —Mi madre sonrió y me acarició la mejilla, haciendo que me apartara torpemente—. Tu padre estaría muy orgulloso del hombre en que te has convertido.

—Solo hago mi papel.

—Ser *capo* no es tarea fácil.

—Pero es para lo que nací.

—Muy bien.

Sacudí la cabeza y empecé a mirar la carretera, recorrimos algunas partes de la ciudad hasta que llegamos a un hotel de las afueras. Estaba registrado bajo el nombre de un testaferro cualquiera y tenía una operación legal en la fachada, pero era el principal lugar de reunión para mí y otros miembros de la mafia. De vez en cuando hacíamos cambios para no llamar la atención de la policía, lo que durante años funcionó muy bien.

Pararon el auto en la parte de atrás y mis soldados salieron primero, después mi madre y yo. Mario, mi hermano, que iba en el otro auto, se unió a nosotros y condujimos en silencio hasta una pequeña sala donde estaban reunidos los líderes de toda la isla que tenían que respetarme.

—¡Luca! —Uno de ellos se acercó, inclinó brevemente la cabeza y giró hacia mi madre—. Siempre radiante, Ángela.

—Gracias, Salvatore —respondió ella, pero sin sonreír.

Rápidamente vigilé la zona, asegurándome de que todo el mundo estaba ya allí.

—Puntuales, muy bien.

—Hay algo que quiero preguntar antes de que empiece la reunión. —Salvatore Donato giró hacia mí. Era el *capo* de Siracusa y, junto con otros siete hombres, comandaba las ciudades de la isla y estaba subordinado a mí.

—Pregunta.

—¿Cuándo llegará el nuevo lote de cannabis? Se me están acabando las reservas y ya sabes que el consumo en la calle no para.

—La semana que viene, como ya saben.

—¿Por qué siempre tenemos que esperar a que nos los envíen los romanos? —refunfuñó, haciéndome poner los ojos en blanco—. Estamos hartos de obedecer sus órdenes. ¿Por qué no compramos en otro sitio?

Caminé unos pasos hacia el hombre y saqué mi pistola de la funda. Los demás líderes presentes se limitaron a observar lo que pretendía hacer. Le di un golpe en la cabeza a Salvatore, haciéndolo caer de rodillas frente a mí.

Le apunté a la sien y tragó saliva.

—¿Sabes cómo funciona la jerarquía?

—Sí, jefe.

—Si te digo que me lamas las pelotas, lo harás.

Los ojos del arrogante anciano se abrieron de par en par.

—Si digo que respetamos a los romanos, así es como funciona. ¿Entendido?

—Sí, jefe.

—¡Estupendo!

—Somos lo que somos gracias a nuestras normas y jerarquía. Sin ella, la mafia italiana no sería más que otro cuartel. Si no me respetan, pondré a otro que lo haga, ¿me oyen? —Mis ojos recorrieron la sala y miré fijamente a cada uno de ellos.

Desde la antigüedad, había una lección importante sobre ser gobernante: ser temido. Era algo que había aprendido muy bien.

—Si tienes alguna duda, Mario confirmará contigo la entrega de cada envío. No te preocupes, recibirás la droga en el plazo acordado.

Asintieron, porque sabían que así funcionaba. Yo dictaba las reglas y luego sería mi hijo y

mi nieto, y cualquiera que fuera en contra de la estructura inmutable de la mafia pagaría un alto precio.



Perla

Capítulo tres

—¡Pietra! —Corrí hacia mi hermana cuando apareció en el salón acompañada de nuestro padre y nuestros tíos.

Tenía algunos moretones en el cuerpo y se veía notoriamente abatida.

—No aprietes demasiado —murmuró, empujándome los brazos.

—Lo siento. ¿Cómo estás? —La miré más de cerca, vi los cortes en su cara y los moretones por todo su cuerpo.

—Estaré bien.

—Esos rusos... —Empecé a hablar. Fueron terribles momentos de angustia mientras esperábamos noticias de mi hermana tras su secuestro.

—Ya ha pasado, todo está bien. —Pietra parecía aliviada, pero aún necesitaríamos una conversación para que me lo aclarara todo.

—Perla, lleva a tu hermana a su habitación, necesita descansar —ordenó mi padre.

Asentí y rodeé a mi hermana con los brazos, llevándola conmigo a su habitación.

—¿Los médicos dicen que estarás bien?

—Sí. Podría haber muerto si papá y Mikhail no hubieran llegado, pero por suerte me rescataron.

—Los rusos son peligrosos. —Seguía cargando con los prejuicios que había albergado durante todos estos años.

—Nosotros también, Perla.

—Es diferente.

—Solo depende de tu visión.

Pensé que mi hermana estaba ciega y enamorada del hombre equivocado. No habría estado

a punto de morir si hubiera aceptado los deseos de nuestro padre.

—¿Qué ha pasado con él? —le pregunté mientras la ponía en la cama.

—¿Él? ¿Mikhail?

Asentí con la cabeza.

—¿Papá lo mató? —seguí curiosa.

—¡Oh, no!

—¿No?

Me sorprendió, imaginaba que no habría escapatoria en el momento en que nuestro padre se enterara de que estaba metida con el jefe de la mafia rusa.

—Nos vamos a casar.

—¿Casarse? —Salté del susto.

Mi hermana dejó escapar una sonrisa de felicidad mientras se colocaba un cojín en el regazo y suspiraba.

—Estás comprometida con otra persona.

—Nuestro padre lo arreglará.

—Todavía no puedo creer que haya aceptado.

—La alianza con Mikhail será muy importante para nuestra familia. El fin de la guerra con los rusos y la posibilidad de negocio.

—¿Pero te vas a casar con uno de ellos? —Sentí un escalofrío al pensarlo. Recordé al hombre con el que ella estaba involucrada, con mal aspecto, lleno de tatuajes y que daba miedo.

—Amo a Mikhail, Perla.

Amor... Una palabra tan alejada de nuestro mundo que apenas podía entender lo que significaba. Algo que Luca había dejado claro que no sentía por mí, nuestro matrimonio era una alianza, un negocio, como para la mayoría de las mujeres nacidas como yo. Pietra parecía ser la única que escapaba a esta regla.

—Espero que seas feliz. —Desde el fondo de mi corazón, ese sentimiento era cierto.

—Gracias, hermana. —Me abrazó.

Estuvimos así unos minutos hasta que ella se apartó y me miró fijamente como si se hubiera dado cuenta de algo.

—¿Estás bien?

—Sí —mentí un poco torpemente.

—¿Segura?

—Es momento de preocuparse por ti.

Desde la desaparición de Pietra, todos los pensamientos de la casa habían girado en torno a su regreso sano y salvo. Solo queríamos que estuviera bien, pero había otra perturbación que me quitó la paz.

Luca había dejado claro que si no era conmigo, sería con otra persona y aunque no debía ser así, me estaba molestando.

—Sabes que puedes hablar conmigo.

Me subí a su cama y me deslicé hasta quedar en el centro del colchón. Crucé los brazos sobre el cuerpo y me quedé mirando el techo. Mi gemela se tumbó a mi lado y apoyó la cabeza contra la mía.

—Cuando estuve a punto de morir, me pregunté cómo sería si mi vida acabara allí.

—Me alegro de que no estés muerta.

—¿Y qué te preocupa?

—Pietra, sé que tú y Mikhail ya...

—¿Ya? —insistió para que terminara la frase.

—Tuvieron sexo. —Mis mejillas se sonrojaron aún más al hablar, como si fuera un tema prohibido.

—Si, lo hicimos. —Ella soltó una risita.

—¿No te arrepientes?

—¿Por qué me arrepentiría? —Se dio la vuelta para mirarme mejor, pero luego se quejó del dolor en el brazo.

—Todo podría haber salido mal.

—Sí, pero era lo que yo quería. Lo que siento por Mikhail es una de las cosas más importantes que tengo, aunque parezca una completa locura. Estoy muy contenta de no tener que ocultárselo a mi familia.

—Si no fuese con él...

—Tenía que ser con él.

Su convicción me asombró y me hizo empezar a revisar las tradiciones que tenía arraigadas por nuestra educación.

—Tengo que esperar hasta la boda, ¿no?

—¿Por qué? —Esbozó una sonrisa burlona y juguetona a la vez, que me hizo sentir aún más avergonzada—. No me digas que estás deseándolo. Ah, luego te la das de moralista y me regañas.

—Pietra, no estás ayudando.

—Lo siento, hermana. Solo explica la razón de esta pregunta. ¿Las cosas se calentaron con Luca o hay otro tipo?

—Por supuesto que no hay otro tipo. Es solo que Luca... —Contuve la respiración, recordando lo que había dicho.

—¿Lo quieres?

—No sé...

—Entonces, ¿por qué te martirizas?

Respiré hondo y me lo pensé un momento antes de decirlo, pero mi hermana era la única persona con la que podía hablar. Además, ella tenía más experiencia que yo.

—Luca me dijo que no esperará.

—¿Esperar qué?

—La boda.

—Sé más clara, Perla.

—Si no es conmigo, lo hará con otra hasta que se celebre la boda. Yo puedo permanecer virgen, pero él no será célibe.

—¡Qué cretino! —gritó mi hermana tan fuerte que casi tuve que taparle la boca para no llamar la atención de nadie.

—Baja la voz.

—O le das tu virginidad o se acostará con otras...

—Eso fue lo que dijo. —Torcí los labios.

—Tengo que admitir que es mucho más fácil prescindir cuando nunca lo has hecho...

—¡Pietra!

—No puedo decidir por ti. —Me tocó la cara.

—Papá me va a matar.

—Podría enfadarse si se entera, pero a menos que Luca renuncie a la boda, no hay razón para que se vuelva loco. Eres tú quien tiene que pensar en lo que quieres.

—No lo quiero con otra. —Ese sentimiento era cada vez más fuerte en mí.

—Ocurrirá. Ahora o cuando te cases.

—Sí... —Moví la cabeza y me hundí de nuevo en la almohada.

Luca había sido muy incisivo conmigo, pero la elección estaba en mis manos. Fuera lo que fuese, tendría que asumir las consecuencias.



Luca

Capítulo cuatro

—¿Pietra Bellucci se casa con Mikhail Orlov? No me lo esperaba —les dije a mi madre y a mi hermano en cuanto me enteré.

—Los romanos van a unirse a los cerdos de Rusia y tú todavía crees que tienen moral —gruñó Mario, poniendo los ojos en blanco. Sabía que a mi hermano no le gustaban los Bellucci, sobre todo por la muerte de mi padre.

—Son inteligentes. —Las palabras de mi madre hicieron que ambos la mirásemos.

Se levantó del sillón de mi despacho y se acercó a la ventana, desde donde podía ver la playa. El sol era fuerte aquella mañana y bañaba la habitación con rayos intensos.

—¿Qué quieres decir con inteligente? —le preguntó Mario.

—¿Quién en la historia imaginó siquiera una alianza con los rusos? —Se pasó una mano por el pelo y siguió mirando reflexivamente al horizonte.

—Es solo una mocosa que no pudo mantener las piernas cerradas. No es como si hubiera un gran tratado.

—Hijo mío. —Se giró para mirarlo—. No importa cómo empezó, o si va a abandonar a su otro prometido. Al final, Marco Bellucci tiene una hija en el corazón del mayor enemigo mafioso al que nos hemos enfrentado. Fue una revolución y un gran logro para ellos. No hay duda de que los Bellucci se han vuelto mucho más poderosos con este matrimonio de lo que eran antes.

Mario se limitó a resoplar, porque se veía obligado a estar de acuerdo con el razonamiento de nuestra madre. Roma era el corazón de la mafia y la unión de Mikhail y Pietra no haría más que consolidarlo.

—Será un placer conocer a mi futuro cuñado —murmuré pensativo.

—¿Vas a rendirte también a los rusos? —preguntó Mario.

—Las alianzas lo son todo en el mundo en que vivimos, hermanito. Eso es lo que significa mi matrimonio con Perla. Que su gemela se case con el ruso más poderoso no solo fortalece a la

familia Bellucci, sino también a nosotros.

—Solo falta que venga un ruso a comer con nosotros. —Mi hermano puso los ojos en blanco.

—¿Por qué no? —refutó mi madre—. Luca tiene razón, debemos tener cerca a la hermana de Perla y aún más a su marido.

—Ni siquiera sabemos si esta boda se celebrará realmente.

—Ah, se celebrará. Dudo que ningún italiano se oponga a ello. —Me removí en la silla, convencido de mis palabras.

Puede que mi hermano subestimara a la familia que había matado a nuestro padre, pero yo no habría cometido el mismo error. Como dice el viejo refrán, mantén a tus amigos cerca y a tus enemigos más cerca.

Mi móvil empezó a vibrar e hice un gesto a mi familia antes de contestar.

—¿Giulio?

—Señor, tenemos un problema. —La voz inestable al otro lado de la línea me alarmó.

—¿Qué pasó?

—Nos han robado el cargamento.

—¿Qué? —Di un grito que resonó en toda la habitación.

—Sí, saquearon el camión y se llevaron toda la heroína que iba de camino a Palermo.

—¿Cómo sucedió eso? Pocas personas conocían la ruta.

—No lo sé, señor.

—¿No lo sabes?

—Los hombres y yo estamos tan sorprendidos como tú.

—¿Dónde estás?

—En el kilómetro doscientos tres.

—Espérame allí.

—Sí, jefe.

Colgué la llamada y guardé el móvil en el bolsillo, abriendo uno de los cajones para tomar mi pistola y algunos cargadores de balas.

—Ven conmigo, Mario. —Hice un gesto con la cabeza para que mi hermano me acompañara.

—¿Qué ha pasado? —Mi madre se alarmó.

—Te lo diré cuando vuelva.

Asintió y nos dejó pasar. Seguimos el pasillo y bajamos las escaleras hasta la parte trasera de la mansión, donde estaban los autos. Al vernos avanzar, los soldados de guardia nos acompañaron. Algunos subieron al auto conmigo y otros fueron con mi hermano.

—¿Adónde, jefe?

—A la autopista.

El soldado asintió y arrancó el auto, saliendo por las puertas de la mansión.

Estaba prestando atención a la carretera y preguntándome cómo demonios podía haber ocurrido algo así cuando mi teléfono móvil vibró en mi bolsillo. Me sorprendió ver un mensaje de mi prometida. Después de nuestra conversación y de toda la confusión que había surgido durante nuestro compromiso, no habíamos vuelto a hablar.

Perla:

¿Vendrás a la boda de mi hermana?

Luca:

No me lo perdería por nada del mundo.

Perla:

Estupendo.

Luca:

¿A qué viene esta pregunta?

Perla:

Hablemos cuando nos veamos.

Luca:

De acuerdo.

No sabía exactamente lo que quería Perla, pero tenía mis conjeturas. Había sido muy claro y cumpliría mi promesa.

Casarme con ella era importante para mí, para mi familia y para toda la estructura mafiosa, sobre todo después del anuncio de que su gemela sería la esposa del capo ruso. Sin embargo, no entraba en mis planes ser célibe hasta que se produjera mi unión con ella. Además Perla tenía que estar preparada para el tipo de hombre que yo sería en la cama.

A diferencia de otros antes que yo, su virginidad no era algo que me importara, sino lo que podíamos hacer después de que la perdiera.

Condujimos por la autopista durante casi una hora hasta que vi un camión volcado. Los autos se detuvieron y los soldados bajaron antes que Mario y yo.

Caminé por el asfalto hasta que vi a dos de mis hombres de pie junto al camión, mirando a la nada.

Pude ver algunas cápsulas de bala y manchas de sangre.

—¿Dónde están los otros hombres? —fue lo primero que pregunté cuando miré a Giulio.

—Muertos.

—¿Y los cuerpos?

—Lo guardamos en el maletero para no llamar la atención de los automovilistas que pasan.

—¿Y la policía?

—Apareció un auto, pero les dimos dinero para que se fueran.

—¿Cuántos eran? —Crucé los brazos delante de mí con una postura aún más amenazadora.

—Al menos veinte, jefe.

—Cambiamos los horarios y las rutas con frecuencia. Ahora quiero saber cómo se enteraron.

—No lo sabemos, jefe. —Giulio se encogió aún más contra la carrocería del camión.

—¿Crees que esa respuesta es suficiente para mí? ¿Quién lo contó?

—Yo... no lo sé.

—¿Casi una tonelada de heroína perdida y me dices que no lo sabes? —Lo agarré por el cuello y le di un puñetazo en la cara—. ¿Quiénes eran?

—Nunca había visto a esos hombres.

Estaba a punto de descargar mi furia contra el soldado cuando vi la chispa de una bala golpeando el lateral del camión, seguida del sonido de un disparo. Moví la cabeza y pude ver cómo se acercaba la furgoneta con los hombres que apuntaban en mi dirección.

Me escondí detrás del camión volcado mientras mis soldados se movían para protegerme.

Saqué mi pistola y devolví el fuego. Pensé que quizá buscaban algo olvidado en el camión, pero pronto me di cuenta de que todos me apuntaban a mí.

Me habían robado la droga y habían vuelto para intentar matarme. Más que un robo, probablemente fue una trampa.

—Ten cuidado, Luca —me dijo mi hermano y yo asentí para que hiciera lo mismo.

Malditos.

—Quiero al menos a uno de ellos vivo —ordené a mis hombres.

Tenía muchas preguntas que hacer a esos cretinos.

Las balas golpeaban cada vez con más fuerza la carrocería del camión volcado. Afortunadamente, había caído de tal forma que me protegía de las semimetralletas y otras armas

automáticas. Sean quienes sean esos asesinos, no han venido a jugar.

Salí brevemente de la protección y golpeé a uno de ellos que estaba en la puerta abierta de la furgoneta, haciéndolo rodar por el asfalto.

Me di cuenta de que alguien más estaba apuntando al depósito de combustible del camión y agarré a mi hermano por el cuello, corriendo detrás de nuestros autos antes de que todo explotara y la fuerza de la explosión nos tirara al suelo.

El vehículo empezó a arder en llamas y Giulio, junto con el otro soldado, no tuvieron tanta suerte de escapar.

Utilicé el auto como escudo para golpear a otro de los hombres. Sin embargo, antes de que yo o mis hombres pudiéramos hacer nada, el conductor arrancó el auto y se alejó a toda velocidad.

—¿Quiénes son estos cabrones? —grité.

—No lo sé. Vámonos de aquí antes de que vuelvan. —Mi hermano me metió en el vehículo en el que había venido.

Afortunadamente, el vehículo era a prueba de balas y seguía intacto.

Todavía jadeaba y estaba furioso cuando tomé el móvil y llamé a Marco Bellucci.

Tardó un rato en contestar y esto avivó la rabia que sentía.

—¿Mancini?

—Necesito un nuevo cargamento de heroína lo antes posible. Preferiblemente ayer.

—¿Qué quieres decir, Siciliano? Acabamos de hacer una entrega en una de sus gasolineras.

—Me robaron.

—¿Qué? ¿Has tenido problemas con la policía?

—No. Desconozco quién lo hizo ni cómo. Voy a cazar al bastardo responsable de Sicilia, pero no sé cuánto tiempo llevará, y mis hombres no pueden prescindir del producto.

—Una tonelada no es algo que se pueda proporcionar de la noche a la mañana.

—Ambos sabemos, Marco, que el suministro de Sicilia no puede verse afectado. Así que cuento con tu cooperación para resolver este problema.

—Me las arreglaré. Mañana recibirás tu nuevo envío, pero ten en cuenta que tendrás que pagar por ambos.

Me estremecí por dentro, pero era un detalle que no podía discutir.

—De acuerdo. Esperaré su información sobre el próximo envío.

—De acuerdo.

Colgué la llamada y eché la cabeza hacia atrás, golpeándola contra el respaldo. Algún cabrón intentaba matarme y poner en peligro mi negocio, y tenía que averiguarlo antes de perder algo más que unos cuantos millones de euros.



Perla

Capítulo cinco

Pensaba que Pietra y yo estaríamos juntas más tiempo. Que viviríamos en la misma casa y nos contaríamos secretos, pero mi gemela había cambiado mucho más que su destino. De una forma loca y poco meditada, había hecho una revolución que repercutiría en su vida y en la de toda la mafia.

Era impensable ver a una italiana casarse con un ruso, pero ella lo había conseguido.

—El blanco te queda muy bien —comenté, fijándome en lo guapa que estaba con aquel vestido de novia.

—Gracias. —Sonrió mientras pasaba las manos por el lateral del vestido, mostrando el encaje y todos los detalles, bordados y piedras que lo componían.

Pietra giró para mirarse en el espejo y su sonrisa mostraba lo feliz que estaba de casarse. Más que la elección de nuestro padre, su matrimonio era el suyo propio. Mi hermana había forjado un destino que yo creía inmutable y por eso me había hecho reflexionar.

Podría ser algo más que solo una pieza del juego.

Había un camino en el que mis propias decisiones regirían mi vida y no las de los demás.

—No te olvides de llamar. —Nuestra madre tenía lágrimas en los ojos y una expresión de emoción en el rostro.

—No te preocupes. —Pietra le sonrió—. Tú también puedes enviar mensajes.

—Lo haré.

—Te casarás antes de cumplir los veintiuno —comentó Nina, mi prima, que estaba sentada al fondo de la sala, limitándose a mirar.

—Después del lío de Rusia, lo último de lo que se habla es de la edad de Pietra para casarse —analicé la situación.

La abuela le regaló a mi hermana una pulsera familiar y hablaron de lo mucho que se extrañarían. Estaba segura de que era un sentimiento que nos acompañaría a todos durante

mucho tiempo.

Oímos que llamaban a la puerta y mi madre fue a abrir.

—Mi amor. —Sonrió cuando vio a mi padre.

—¿Estás lista para irnos, Pietra? —Se volvió directamente hacia ella.

—Lo estoy. —Respiró hondo, pero parecía muy convencida.

—Prepárense —dijo a las demás mujeres de la sala.

—Vámonos. —Mi abuela se impacientó, sacándonos de la habitación.

Pietra se fue con papá en una limusina, mientras mamá, la abuela y yo la seguíamos en otro auto, acompañadas por guardias de seguridad. Me pasé la mano por el dobladillo del vestido de fiesta mientras pensaba en las decisiones que había tomado para mi vida. Si mi hermana era capaz de tomar las riendas, yo también podía.

—Pietra está exultante —me dijo mi abuela.

—Seguro que está muy feliz.

—Tú también serás feliz. —Puso su mano arrugada sobre la mía y me hizo mirarla con una sonrisa.

—Eso espero.

Mi madre había encontrado la alegría en un matrimonio concertado, y para mí existía esa posibilidad, aunque no fuera una certeza.

La iglesia estaba llena; además de los aliados comunes de mi padre, cuyos rostros reconocí, había también algunos rusos. Una hazaña única para la historia de Italia.

Vi al futuro marido de mi hermana en el altar, e incluso en su traje se podían ver algunos de los tatuajes que lo hacían tan amenazador. Pero detrás de esa expresión que me ponía la piel de gallina, era un hombre apuesto.

Me senté con la abuela en uno de los bancos de madera junto a la novia y miré alrededor de la iglesia hasta encontrar a mi prometido. Mi corazón se aceleró al ver a Luca, aún no sabía si

era bueno o malo.

Mentiría si dijera que no estaba completamente disgustada por el ultimátum que había recibido de él. Lo había pensado día y noche.

Estaba angustiada.

Mi móvil vibró dentro del pequeño bolso rojo como mi vestido y lo saqué para ver qué era.

Luca:

Aquí estoy.

Perla:

Te he visto.

Luca:

Puedes decir lo que tengas que decir.

Perla:

Creo que es mejor que no sea por texto.

Luca:

Te espero fuera de la iglesia en cinco minutos.

Perla:

No puedo salir así.

Luca:

Resuélvelo.

Estaba enfadada y, al mismo tiempo, algo estaba dando vueltas en mi interior. Era inevitable que nuestro matrimonio se produjera, y no pensaba oponerme a ello, pero empezaba a

darme cuenta de que podía ser algo distinto a que él me dijera lo que tenía que hacer y yo obedeciera.

—Nona, voy al baño. —Me volví hacia mi abuela y le dediqué una discreta sonrisa para que no se diera cuenta de nada.

—Tu hermana está entrando ahora.

—Ahora vuelvo. —Besé su mejilla, sin darle mucho espacio para discutir conmigo.

Como mis padres estaban en el altar y toda la atención de la iglesia estaba puesta en la celebración, conseguí salir sin ningún alboroto. Sin embargo, aun así, aquella escapada me pareció una locura y me aceleró el corazón.

Mis manos sudaban frío y me las froté contra el costado del vestido mientras caminaba hacia la puerta lateral que daba a la calle.

—Señorita Perla, ¿adónde va? —Uno de los soldados me tocó el hombro y di un respingo del susto.

—Solo a buscar algo que olvidé en el auto.

—¿Quieres que vaya contigo?

—No —dije demasiado rápido y tuve que controlarme—. Puedes quedarte aquí.

El hombre frunció el ceño, un poco desconfiado, pero no me interrogó, me dejó pasar junto a él y salir de la iglesia.

En cuanto vi a Luca de pie unos metros más adelante, mi corazón se aceleró aún más.

Respiré hondo y me esforcé por acercarme a él.

—Te tomaste tu tiempo. —Sacó las manos de los bolsillos, pero siguió mirándome con tono serio.

—Algunos soldados me vieron.

—Aquí están más preocupados por los rusos que por ti.

—Puede ser. —Me acomodé detrás de la oreja un mechón de pelo que se me había

escapado del peinado—. No puedo tardar mucho.

—Así que puedo imaginar qué respuesta tienes para mí. —Hinchó el pecho y pude reconocer en él toda la autoridad que había visto en mi padre desde niña.

—No saques conclusiones precipitadas.

—¿Precipitadas? —Alzó las cejas negras como el carbón—. No comprendo.

—Me diste un ultimátum. Necesitaba al menos pensar.

—Me limité a poner las cartas sobre la mesa para que seas consciente de la situación.

—Lo soy.

—Estupendo.

Cerré los ojos y respiré hondo antes de volver a abrirlos y acercarme un paso más a Luca.

Sabía con quién estaba tratando, pero tuve que recordarle que era una Bellucci.

—Tú tienes tus condiciones y yo las mías.

—¿Vas a hacer exigencias? —Soltó una risita burlona que me hizo apretar los dientes.

—No aceptaré ninguna otra.

—¿De verdad?

—Sí. —Hinché el pecho y puse las manos sobre las suyas, haciendo que Luca bajara los ojos hacia ellas y luego los volviera a subir para encontrarse con los míos—. A partir de ahora, solo seré yo.

—¿Crees que puedes manejarlo, chica?

—Yo puedo, ¿y tú? Para tenerme, las reglas del matrimonio ya están en vigencia. Nada de otras, nada de amantes, prostitutas o como quieras llamarlas.

Se mordió el labio inferior mientras me miraba con una media sonrisa. No sabía exactamente qué se le estaría pasando por la cabeza, pero no iba a limitarme a ser la herramienta que me había dicho que sería—. Si quieres que sea tuya, tendrás que ser solo mío.

Luca me sujetó el mentón y me obligó a mirarlo.

—¿Estás preparada para cumplir todos mis deseos? —Su forma de hablar me hizo temblar de pies a cabeza.

En el fondo, no tenía ni idea de en qué me estaba metiendo, pero creía que podía tomar cierto control de la situación.

—Sí.

—Ven aquí. —Me ofreció su mano.

—Están todos en la iglesia.

—Precisamente por eso tenemos tiempo mientras habla el sacerdote.

Un escalofrío me recorrió la base de la columna vertebral y todo el cuerpo. Empecé a sentir miedo, pero sabía que no podía huir.

Le había dado a Luca mis condiciones y estaba a punto de cumplir las suyas.

Seguí a mi prometido calle abajo hasta que nos acercamos a una espaciosa camioneta como las que usaba mi familia.

—¿Jefe? —El hombre que esperaba dentro del vehículo giró hacia él.

—Espera fuera y vigila.

Sin discusión. El tipo salió del auto y se fue al muro que rodeaba la manzana.

Luca abrió la puerta trasera del auto y me metió dentro. Se me pasaron mil cosas por la cabeza, principalmente una voz desesperada que me preguntaba por qué estaba haciendo esto.

Debería esperar a la boda, Luca me tendría la noche de bodas como es debido, en una cama y sin el peligro de que nos descubrieran como si estuviéramos cometiendo un delito. Al mismo tiempo que sentía un pavor insano, la adrenalina crecía en igual medida.

Me senté en el asiento contiguo al de Luca y él cerró la puerta del auto de un portazo, haciéndome dar un respingo del susto.

Era mío y no lo quería con otra mujer, pero para ello tendría que arriesgarme más de lo

que estaba segura de poder hacerlo.

—No sé lo que sabes de sexo. —Se quitó la corbata—. Pero es bueno que sepas desde el principio que yo mando y que no me gusta que hagas ruido.

—Pe... —Puso su dedo índice sobre mis labios.

—Silencio. —Luca desató su corbata y me la puso alrededor de la boca, amordazándome.

No pude hablar más y mis ojos se abrieron de par en par.

¿En qué me estaba metiendo?

Tenía una noción básica del sexo que había obtenido de los contenidos disponibles. Pero en ningún caso me imaginé terminar siendo amordazada.

Luca empezó a pasarme la mano por la pierna y me levantó la falda del vestido, tocándome directamente el muslo.

El peligro del momento hizo que mi corazón se acelerara, mientras que su tacto hacía palpitar la zona entre mis muslos. Aunque era más de una década mayor que yo, Luca era un hombre apuesto que despertaba mi interés y mis deseos. No debería ser demasiado sacrificio entregarme a él y, además, solo estaba anticipando algo que sucedería después de la boda.

—Abre las piernas. —Su orden me hizo obedecer y separé los muslos. Las palpitaciones se hicieron aún más intensas cuando me tocó directamente las bragas.

La parte de mí que estaba preocupada por ser descubierta fue borrada por los deseos que albergaba, cada vez más latentes.

Mi impulso de gemir fue sofocado por la mordaza que había hecho con su corbata.

Sentí sus dedos cuando apartó mis bragas y tocó directamente mi sexo. Era peligroso, prohibido y delicioso al mismo tiempo.

Cuando me penetró con el dedo índice, me retorcí contra el cojín del asiento. Sentí un ligero dolor, completamente anulado por la oleada de deseo. El vaivén de su dedo dentro de mí me humedeció aún más y me puso más ansiosa por lo que vendría después.

Luca inclinó la cabeza y su boca se acercó a mi cuello. Sentí su mordisco y me entregué

aún más al momento.

Se detuvo y la tela de mis bragas, empapada por su estimulación, cayó al suelo del auto. Luca me agarró y me movió con rapidez, me di cuenta de que me había puesto en cuatro patas sobre el asiento del auto recién cuando mis manos tocaron el cuero.

Sin ninguna ceremonia, me levantó la falda del vestido y me dejó desnuda de la cintura para abajo. Me sentí avergonzada y la bofetada que recibí en las nalgas aumentó aún más mi bochorno. La bofetada ardió, pero al mismo tiempo dejaba mi cuerpo palpitando aún más.

Intenté decir algo, pero con la mordaza era completamente imposible.

—Quédate en silencio. —Sentí otra bofetada que me impulsó hacia delante.

Quizá Luca tenía razón y yo no tenía ni idea de cómo podría ser el sexo.

Volvió a meterme el dedo, pero esta vez su pulgar empezó a estimularme el clítoris. Clavé las uñas en el cuero, con unas ganas locas de gritar mientras disfrutaba de aquel placer, pero la mordaza me contuvo.

Oí el ruido de la cremallera al bajarse y volví a sonrojarme cuando, con el rabillo del ojo, vi su pene asomando por fuera del pantalón.

Sabía que una vez que conectara conmigo no habría vuelta atrás, pero tenía que mantener el control de la situación.

Luca me agarró de la cintura y me sentó en su regazo. Me encajó dentro de él, empujando hasta el fondo e incluso con la mordaza mi grito resonó en el auto. Mi prometido me había arrancado la virginidad y el dolor palpitaba.

Sentí una lágrima correr por mi mejilla mientras me acostumbraba a la sensación. Era incómodo, pero tolerable.

—Aguanta. —Me levantó las manos y me hizo apoyarme en el asiento del conductor.

Luca se apoyó en el asiento y aprovechó mi posición para moverse dentro de mí. El vaivén me fue quitando poco a poco el dolor y pude entregarme al momento.

Luca no dejó de moverse hasta que estuvo completamente fuera de mí. Me di cuenta de

que se detuvo un momento y su respiración se entrecortó.

—No estuvo mal. —Me hizo sentarme de nuevo en el asiento junto a él y vi cómo se quitaba la tela con la que se había envuelto el pene. El paño estaba manchado de sangre y semen.

Mi virginidad había desaparecido y sentí un poco de pánico, pero yo estaba cumpliendo mi parte del trato y Luca no podía engañarme con otra persona.

Me quité la corbata de la boca para poder hablar.

—Me tuviste, espero que cumplas nuestro acuerdo.

—Soy un hombre de palabra, Perla.

—¡Genial! Ahora tenemos que volver dentro de la iglesia.

—¿Y no quieres nada más?

—¿A qué te refieres?

—Sin gemir... —Se puso encima de mí y su boca tomó la mía, mientras su mano acababa de nuevo entre mis piernas.

¿Cómo no iba a gemir?

Todavía me dolía, pero se me pasó por completo cuando empezó a mover el dedo dentro de mí. La presión sobre mi clítoris era maravillosa. Yo ya me había tocado algunas veces, pero nada comparado con tener la mano de aquel hombre sobre mí mientras me besaba. Su lengua entraba y salía de mi boca, mientras los movimientos allí abajo me llevaban a sensaciones mucho mejores de las que jamás había conocido. Deseé con locura más hasta que el clímax me arrasó como una avalancha, dejándome sepultada en un cosquilleo que me robó el aliento y los sentidos.

Cuando se dio cuenta de que había acabado, Luca se apartó y tomó la corbata para ponérsela de nuevo.

—Ahora podemos entrar.

Me quedé completamente desconcertada cuando me agaché para retomar mis bragas y volver a ponérmelas.

Me había entregado a mi prometido y aún me estaba recuperando de la confusión que me había causado.

—¿Crees que se darán cuenta? —Me pasé la mano por el pelo.

—¿De qué?

—De que ya no soy virgen.

Luca se echó a reír y yo me sentí aún más incómoda.

—Nada en tí ha cambiado. Sigues siendo la misma mujer, Perla. No es el trozo de piel que acabo de arrancar lo que te define.

Me sorprendieron sus palabras.

Pensé que solo intentaba romper el *himen*, pero era mucho más que eso.

—Tenemos que volver. —Abrí la puerta del auto.

—¡Perla! —Me agarró de la muñeca, haciéndome girar para mirarlo de nuevo—. Esta noche, asegúrate de tener más tiempo para nosotros.

—Acabamos de hacerlo, ¿ya lo quieres otra vez?

—Tienes que compensarme por el tiempo que pasaremos separados cuando vuelva a Palermo.

—Veré lo que puedo hacer.

Prácticamente salí corriendo del auto y entré en la iglesia justo cuando mi hermana y su marido salían con las bendiciones del cura.

—¿Dónde estabas? —Me quedé dura cuando mi abuela me agarró del brazo.

—Nona...

—Perla, desapareciste durante toda la ceremonia.

—Fui a tomar un poco de aire.

—¿No te encuentras bien?

—Creo que no. —Me pasé la mano por la cara mientras intentaba alisarme el pelo, que no sabía cómo me había quedado.

El ligero ardor que sentía en el canal era el recordatorio constante de que Luca había estado dentro de mí y necesitaba ocultarlo para que mi familia pensara que no había hecho nada malo.

—Necesitas agua. Estás pálida.

—Debe ser la presión baja. —Inventé la primera excusa que se me ocurrió, solo esperaba que la abuela se lo hubiera creído.

—Mamá... Perla... —Mi susto se hizo aún mayor cuando oí la voz de mi padre y, junto a mi madre, se acercó a nosotras.

—Creo que estoy bien. —Sonreí a mi abuela. No quería que ella le dijera nada.

—¿Segura?

—Sí. —Di mi mejor sonrisa.

—¿Vamos a la fiesta? —nos preguntó mi padre.

Asentí y apoyé la cabeza en el hombro de mi madre, que me sonrió cariñosamente.

Fui al auto con ellos y no volví a ver a Luca hasta que llegamos al salón.



Luca

Capítulo seis

No había sido el mejor sexo de mi vida, pero Perla estaba empezando y tardaría un tiempo en entender cómo funcionaba aquel juego y poder dejarse llevar un poco más.

Iba a mostrarle el camino y podría estar satisfecho con el resultado. El hecho de no poder tener otras me molestaba un poco, pero de todos modos sería así después de la boda, estaba en nuestras reglas y era mejor que me acostumbrara y le mostrara a mi prometida exactamente lo que quería de ella.

—¿Adónde estabas durante la ceremonia? —me preguntó mi madre cuando volví con ella después de mi momento con mi prometida.

—Fui a responder una llamada.

—¿Algo de lo que preocuparse? —Frunció el ceño.

—No, Mario se está ocupando.

Mi madre me había acompañado a la boda de Pietra con Mikhail Orlov, mientras que mi hermano se había quedado en Palermo para ocuparse de los negocios.

Le estaba diciendo una pequeña mentira a la persona en la que más confiaba, pero era mejor que mi madre no supiera nada de mi acuerdo con mi prometida. No había necesidad de hacer un escándalo por un pequeño placer.

—¿Vamos a la fiesta?

—Sí. —Me dirigí a los autos donde nos esperaban los soldados.

Uno de ellos abrió la puerta y mi madre fue la primera en acomodarse.

Seguimos a los demás vehículos hasta la Sala Dante del Palacio de Poli, donde se habían celebrado las fiestas nupciales de los Bellucci durante generaciones y donde probablemente también se celebraría el banquete de mi boda.

Allí se reunieron los *capos* de toda Italia, así como de Rusia. Por extraño que fuera el ambiente, era lo más cerca que estaríamos de ellos sin que fuera una guerra.

Mi madre tenía razón, el logro de los Bellucci fue histórico.

—Sentémonos allí. —Me tomó del brazo, indicando la mesa con nuestros nombres.

Le seguí.

Saludé a algunos socios y luego me instalé junto a unos *capos* sicilianos que estaban por debajo de mí en la jerarquía.

Mis ojos buscaron por la habitación hasta que encontré a mi prometida sentada a la mesa con el resto de la familia. En cuanto me miró, apartó rápidamente la vista y pensé que era una tonta por hacerlo.

No era la falta de himen lo que indicaba la pérdida de su virginidad, sino la forma en que se comportaba.

Aún era joven e inexperta. Tenía mucho que aprender.

Perla tenía demasiado miedo de su padre, y por mucho que yo respetara la autoridad del jefe de la mafia italiana, no temía en absoluto lo que pudiera hacer si se enteraba de que me había acostado con su hija antes de casarme. Estaría dentro de ella de todos modos, solo había adelantado un poco el proceso.

Podría gruñir, pero no me mataría por ello.

Por mi bien, no tendría a una niña inexperta durmiendo a mi lado cuando por fin compartiéramos cama. Quería estar satisfecho y, por suerte para Perla, estaba dispuesto a enseñarle.

Cuando Pietra entró en la sala acompañada del jefe ruso, todos miraron en su dirección y no fui el único que se levantó y se acercó a ellos. En la mafia todo era política y buena vecindad, y yo sabía interpretar bien mi papel.

—Felicidades por la boda.

—Luca Mancini. —Pietra me sonrió.

—¿Quién es él? —el ruso entrecerró los ojos para mirarme bien.

—El prometido de mi hermana.

—¡Ah!

—Es un placer conocerte, Mikhail. —Le tendí la mano en un gesto amistoso.

Se quedó mirándome, pero no creí que fuera a corresponder a mi gesto. Dejarme en ridículo no era una buena manera de empezar y no mejoraba la imagen que tenía de su pueblo.

—¡Amor! —Pietra le dio un codazo en el hombro.

El tipo extendió la mano y estrechó la mía.

—Un placer.

—Luca es el *capo* de Sicilia. —La novia me presentó mejor.

—Así que eres importante.

—Pues sí. —Apreté los dientes, pero mantuve la compostura.

—Encantado de conocerte.

—Lo mismo digo, Mikhail.

Asentí y volví a mi mesa, donde me esperaba mi madre.

—¿Cómo te fue?

—Es un ruso —resoplé.

No entendía por qué Pietra podía estar interesada en él, pero no era algo que debiera preocuparme, sino cuánta influencia tenía mi futura cuñada sobre uno de los hombres más poderosos de Europa.

—Pero realmente parece estar enamorado de ella.

—Eso es bueno para nosotros.

—Muy bueno. —Me rasqué el mentón, que estaba cubierto por mi barba corta y bien cuidada.



Perla

Capítulo siete

La fiesta de boda de mi hermana fue preciosa y, cuando terminó, supe que Pietra nunca volvería a casa. Me alegré por ella al mismo tiempo que sabía que echaría de menos no tenerla cerca todos los días.

Habíamos sido amigas y estábamos muy unidas desde que nacimos, pero la edad adulta nos llevaría por caminos diferentes, aunque afortunadamente podíamos seguir viéndonos. Quizá mi padre decidiera visitarla y llevarme con él.

Desenvolví un bombón y estaba a punto de metérmelo en la boca cuando me lo arrebataron de la mano y mi hermano lo engulló.

—¡Dante! —Le gruñí como un perro furioso.

—Ya has comido demasiado. —Se encogió de hombros mientras masticaba.

Resoplé y a mi hermano no pareció importarle. A veces era un fastidio cuando no estaba cumpliendo el papel de heredero de la mafia, y en esos momentos, por mucho que me enfadara, era cuando más lo quería. Dante podría haber sido moldeado para seguir los pasos de nuestro padre, pero a veces encontraba momentos para ser simplemente mi hermano, mimándome o haciéndome pasar un mal rato.

—Tendrás que darme una caja.

—No lo haré.

—Sí, lo harás. —Crucé los brazos, hinchando el pecho.

—Si te comes una caja de bombones tú sola, te llenarás de celulitis y quiero ver si Luca aún tendrá interés en casarse contigo.

—¡Dante! —se impuso mi madre—. No le hables así a tu hermana.

Se pasó la lengua por los labios y se apartó de la mesa, sonriendo.

—Idiota —murmuré en voz baja.

—No tienen por qué pelearse. —Mamá me dirigió una seria mirada de reproche.

—No estamos peleando, mamá. No te preocupes.

—Bueno.

—Vámonos. —Mi padre se acercó a nosotros cuando ya casi no quedaba nadie en el vestíbulo.

Mamá fue la primera en levantarse y darle la mano. La abuela y yo lo seguimos y Dante, que estaba charlando con nuestro primo Thiago, nos acompañó.

Ya estábamos en el auto cuando mi padre lanzó la bomba que me dejó las piernas temblando.

—Los Mancini se quedarán con nosotros en la mansión, tengo algunos asuntos que discutir con Luca.

Dante y mi madre asintieron, mientras los demás permanecimos en silencio. Aunque sabía que así sería más fácil conocer a mi prometido durante la noche, en el fondo temía hacer algo terriblemente malo.

O no tanto...



Luca

Capítulo ocho

Entré en el despacho de Marco Bellucci y miré al marido de mi tía, el mismo responsable de la muerte de mi padre. Conocía bien todos los motivos que habían culminado en aquella tragedia y no me correspondía derramar más sangre de la que había derramado. Mi padre había matado a su padre y la sangre siempre exige más sangre.

Por eso la paz era tan importante y por eso la mantuvimos incluso a costa de la violencia.

—Espero que tengas buenas noticias sobre el cargamento de heroína que perdiste.

—No lo perdí. —Saqué las manos de los bolsillos y me crucé de brazos—. Me lo robaron.

—¿Quién? —me preguntó Theo Bellucci.

—Aún no he conseguido averiguarlo. Todos los hombres que estaban involucrados con la carga murieron.

—Un incidente como este no es bueno para ninguno de nosotros —dijo Marco.

—Mis hombres necesitan permanecer fieles y el suministro recurrente de drogas es crucial para ello. Si fallo, dudarán aún más de ti y, por tanto, de mí.

—¿De ti? —repitió Marco.

—No todos en Sicilia son fans de Bellucci.

—Es tu deber mantenerlos contenidos, Luca.

—Por eso estamos teniendo esta conversación. Soy un hombre lo suficientemente inteligente como para saber que esta es una guerra que ninguno de los dos necesita. Nuestra alianza se firmó en la boda de mi tía y continuará cuando Perla se convierta en mi esposa.

—Muy bien.

—Pero no olvides lo poderosa que es Sicilia.

—No hay otra razón para que te quiera como yerno.

Marco y yo jugábamos limpio y dejábamos la situación muy clara. No había región más poderosa en Italia que Sicilia, y estaba bajo mi mando.

—Averigua quién es el ladrón de inmediato, que nos roben nos hace parecer débiles y no es bueno para el negocio.

—Lo haré.

—Le pediré a Mateo que rastree la furgoneta que te atacó y te pasaré la información.

—Gracias.

—Ahora, si me lo permites. —Se levantó de la silla y se alisó el traje, bajándose el dobladillo—. Me voy. Mi mujer me está esperando y ha sido un día agotador.

—Que descanses.

Asintió con la cabeza y pasó a mi lado, dirigiéndose al pasillo, y yo lo seguí, desviándome a mitad de camino hacia mi habitación de invitados designada.

Conocía a Marco Bellucci desde que era niño y, aunque envejecía día a día, seguía teniendo la misma majestuosidad de hace años. Por el bien de toda Italia, era bueno que su heredero pudiera expresar la misma autoridad.

Mi madre ya dormía en la habitación de al lado y abrí la puerta, entrando en la habitación que era para mí. Estaba oscuro y no me molesté en encender la luz hasta que llegué al cuarto de baño.

Me moría de ganas de irme a la cama. Si Perla cumplía nuestro acuerdo, vendría a verme y tendríamos mucho más tiempo del que habíamos tenido en el auto.

Ya me había encargado de su virginidad y las cosas podrían ser mucho más interesantes.



Perla

Capítulo nueve

Sabía que mi hermana había salido varias veces al amanecer para encontrarse con Mikhail. Pensé que Pietra estaba loca y juré que nunca me arriesgaría así.

Iba a casarme con el hombre que mi padre había elegido para mí y no había nada que temer.

Dulce error...

Estaba sentada en mi cama, inquieta, balanceando las piernas de un lado a otro, mordiéndome las uñas y pasándome las manos por el pelo oscuro, echándolo hacia atrás.

No debía hacerlo, salir de mi habitación y escapar a casa de Luca era demasiado arriesgado. No quería ni pensar en lo enfadado y decepcionado que se pondría mi padre conmigo si se enteraba.

Al mismo tiempo, quería ir, no solo para asegurarme de que no tocara a otra mujer que no fuera yo, sino para volver a saborearlo, para sentir sus manos y su boca sobre mí.

Había algo que mi hermana había dicho y tuve que admitir que tenía razón: era mucho más fácil no querer hacerlo cuando aún no lo has experimentado. Por mucho que me hubiera dolido, todo el momento lo había compensado hasta el punto de que estaba deseando volver a hacerlo.

Sentí que me iba a volver loca.

Me puse las dos manos en el pecho con la esperanza de que el corazón me latiera más despacio, pero no funcionó.

Intenté concentrarme en los sonidos de la casa. Estaba bastante segura de que todos ya se habían ido a la cama. Era el momento de escapar de mi habitación e ir a casa de Luca, como si fuera una adolescente que huye al amanecer, pero mi situación era mucho más compleja y no me enfrentaba a una familia de película que vive en los suburbios, sino a muchos de los mafiosos más poderosos del mundo.

Contuve la respiración y me levanté.

Mis piernas me fallaron cuando sentí que se tambaleaban.

Mi mente, mis juicios y todo mi sentido de lo que estaba bien o mal se estaban volviendo locos y me llevaban con ellos.

Quería ir, pero el miedo me paralizaba.

Cerré los ojos e intenté pensar un poco más racionalmente.

Quería algo de Luca, su lealtad, y por eso tendría que devolvérsela, aunque eso significara correr un riesgo.

Si alguno de los soldados o miembros de mi enorme familia me encontraba en el pasillo, podía decir que iba a beber agua, aunque la habitación de Luca estuviera en el lado opuesto a la cocina.

Podría fingir confusión y cansancio, me creerían.

Giré el picaporte y el crujido de la puerta hizo que mi corazón se acelerara aún más.

¡Maldita sea!

¿Por qué cuando menos quería hacer ruido, sentía que era la más ruidosa?

Cerré la puerta con más rapidez y esta vez el ruido fue menor. Me deslicé por el pasillo y miré a un lado y a otro. No había nadie. Los soldados estaban concentrados fuera para impedir que nadie entrara, no en el tráfico dentro de la casa.

Bajé de puntillas las escaleras y entré en el pasillo de invitados. Conté las puertas y llamé a la que creía que era la habitación de Luca. Si era la equivocada, estaría en problemas.

Oí el chirrido de la puerta al abrirse y una mano firme me metió dentro antes de volver a cerrar la habitación.

Mi espalda chocó contra la pared y empecé a gritar del susto, pero Luca me tapó la boca con el dedo y me hizo callar.

—Silencio.

Asentí con la cabeza.

Levanté la mirada para mirarlo y mi prometido parecía aún más sombrío en la penumbra de la habitación. El corazón se me aceleró y me dio un vuelco al mismo tiempo. Se me secó la garganta y me humedecí los labios en un gesto automático.

—Pensé que no ibas a venir. —Era como si su voz gruesa me tocara a través del aire y me erizara los pelos del cuerpo.

—Cumpliré mi parte mientras tú cumplas la tuya.

—Entonces tendremos un acuerdo duradero. —Me olió el cuello y me retorcí, echando la cabeza hacia atrás para apoyarla contra la pared.

Seguía temiendo que nos descubrieran, pero al mismo tiempo no podía dejar de ser afectada por los efectos que estaba causando en mí.

Luca encendió la luz del dormitorio, tomándome por sorpresa y haciéndome cerrar los ojos por el efecto que producía en mis pupilas.

—Déjela apagada... —le supliqué en voz baja.

—¡No! —Fue firme, yendo en contra de mis deseos.

—¿Por qué?

—Quiero verte.

Sentí una mezcla de vergüenza y excitación por lo que decía, porque no me lo había esperado. Luca volvió a acercar su boca a mi cuello. Sus dientes me mordieron y su lengua me hizo estremecer aún más.

Sabía que estaba al borde de la locura, pero esta vez no era por miedo a que me encontraran.

—Vamos. —Me tomó por la cintura y me llevó a la cama. Me empujó por los hombros y me hizo caer sobre el mullido colchón.

Lo observé de pie en el borde e imaginé que se uniría rápidamente a mí, pero eso no sucedió. Luca me miró fijamente y quise encogerme, pero le devolví la mirada.

Se acercó y tomó una pequeña maleta negra, colocándola sobre la cama.

—¿Qué es eso?

Se puso el dedo índice sobre los labios y me hizo un gesto para que guardara silencio.

Asentí y él abrió su maleta, sacando algunas corbatas negras y otras cosas que no pude reconocer.

—Luca, no...

—Tranquilízate. —Me sujetó el muslo y me hizo quedarme quieta en la cama—. No voy a hacerte daño... bueno, no mucho.

Tragué saliva.

¿De verdad estaba dispuesta a darle todo lo que quisiera solo para no verlo con otra? Empezaba a dudarlo.

Caminó por al lado de la cama con algo que parecía un látigo, arrastrando las correas por el borde del colchón.

—Luca.

—Silencio. —Me golpeó el muslo.

—¡Ay!

—Silencio.

Sacudí la cabeza para que no volviera a golpearme. Aunque el dolor no era insoportable, no quería ver cuánto podía aguantar.

—Me gusta tu camisa. —Luca bajó la mirada y me barrió con su mirada depredadora.

Esbocé una media sonrisa y recibí otro azote, que me hizo retorcerme para no volver a gritar.

Aún no sabía qué había hecho para que me castigaran así.

—Pero estarás mejor sin ella. —Luca se subió a la cama, hundiéndose en el colchón con las rodillas y me pasó las manos por los muslos, tomándome la camisa hasta que levanté los brazos para que pudiera quitármela.

Me recorrió el cuerpo con las manos como si no tuviera vergüenza. Mis muslos, mi vientre, mi cintura e incluso mis pechos, estimulando el palpitar entre mis piernas.

Acercó de nuevo su boca a mi cuello e incliné la cabeza, dejándole besarme y mordisquearme, mientras sus dedos recorrían mi espalda y me abrían el sujetador. Cuando sus dientes rozaron mi piel sensible, me pareció cada vez más difícil no hacer ruido.

Se me veían los pechos y mi primer impulso fue ocultarlos con las manos, pero antes de que pudiera, Luca me agarró uno de ellos.

—Ah... —Su mano se acercó a mi boca e impidió que mi grito resonara por toda la habitación.

—Silencio, Perla.

—Es difícil...

Apartó la boca de mí y volvió a rebuscar en su maleta. Tomó algo que solo pude identificar como una mordaza cuando me lo acercó a la boca. Me la apretó contra los labios y me la ató detrás de la cabeza, así, sin más, y por mucho que gritara nadie me oiría.

Luca me hizo tumbarme de nuevo en la cama. Tomó una de las correas y me la puso en la muñeca izquierda, sujetándola al cabecero. Hizo lo mismo con mi otro brazo y mis tobillos.

Pronto me encontré completamente atada a la cama. Aunque quisiera escapar, no podría.

Mis pechos estaban al descubierto y lo único que aún me protegía eran mis finas bragas. Como tenía las piernas atadas, imaginé que Luca no tenía intención de quitármelas. Tal vez su intención no era acostarse conmigo, sino torturarme de alguna manera. No sabía si estaba preparada o si podría soportarlo.

No sabía prácticamente nada de lo que un hombre y una mujer podían hacer cuando estaban solos y eso me aterrorizaba aún más.

Luca deslizó las correas del látigo por el inicio de mi pierna hasta la ingle. Cerré los ojos temiendo el siguiente golpe, que fue leve sobre mi vulva, haciendo que esa zona se excitara aún más locamente.

Me estaba azotando y no podía entender cómo esto me hacía desear aún más tener sexo

con él.

Mordí la bola de la mordaza, que me silenció y me impidió hacer preguntas sobre toda esta locura.

Las correas golpearon mis pechos e hicieron que mi cuerpo jadeara, luego volvieron a golpear mi sexo. Gemí, pero mis sonidos quedaron completamente amortiguados. Intenté moverme, retorcerme, pero con las piernas y los brazos atados era una tarea imposible.

Luca se arrodilló entre mis piernas, que estaban bien separadas por las ataduras, y recorrió mis bragas con las yemas de los dedos. Dejó el látigo a un lado de la cama y lo sujetó con ambas manos.

Quise preguntarle qué pretendía hacer, pero la respuesta no tardó en llegar cuando la tela de mi ropa interior cedió. Luca la rasgó por ambos lados y tiró lo que quedaba de tela fuera de la cama.

Completamente desnuda, las palpitaciones entre mis muslos se volvieron histéricas.

Mi racionalidad me decía que debería estar muerta de miedo por ese hombre, pero no podía dejar de sentir ese deseo insano.

Luca me miró con una sonrisa mientras volvía a tomar la fusta y golpeaba mi sexo desprotegido. Las correas que golpeaban mi clítoris, aunque me causaban un ligero dolor, también me producían placer.

¡Dios! ¿Qué era esto?

Luca dio la vuelta al látigo y acercó el mango a mí. Quise huir, intenté liberarme, pero dejé de forcejear cuando rozó la base contra mi entrada.

¡Socorro! Intenté gritar, pero solo salían sonidos bajos, completamente amortiguados por la mordaza.

Luca no tuvo piedad de mí antes de penetrarme con el mango de la fusta. Estaba tan dispuesta a sentir dolor como cuando lo habíamos hecho en el auto, aunque el objeto era más fino que su miembro, estaba tan mojada que se deslizó con facilidad y encima me dio placer.

Fue una locura, pero delicioso...

Puse los ojos en blanco mientras movía el mango dentro y fuera de mí. Goteaba de excitación y me mojaba aún más con la estimulación. Conocía los vibradores, pero nunca había imaginado que pudiera darme tanto placer un objeto así.

Oh, Luca... Ni siquiera podía gemir y mis movimientos se veían frenados por las ataduras.

Dejó de empujar dentro de mí y retomó el mango, dejándome ver lo mojado que estaba con mi propio líquido, luego volvió a bajarlo y lo acercó a la parte más sensible de mi cuerpo. Esta vez, sin penetrarme, frotó el resbaladizo mango contra mi clítoris.

Era una locura y quería retorcerme entera mientras las pulsaciones de placer me llegaban intensamente desde donde él me estimulaba. Frotando aquel objeto rígido contra mí, Luca ejerció presión sobre mi clítoris y creí que iba a perder la cabeza por completo.

Quería gritar mientras el placer me invadía en intensas oleadas. No tardé mucho en acabar. Por muy loco que fuera que me masturbaran con el mango de un látigo, el placer que me proporcionaba era intenso y desconcertante. No creí que pudiera volver a respirar mientras vibraba por todas partes.

Había sido inmoral, indecente, pero infinitamente más increíble que el orgasmo que me había dado en el auto.

Todavía estaba sintiendo las olas del clímax cuando recibí otro latigazo.

Intenté aflojar los brazos, pero las cuerdas solo me apretaban más. No tuve más remedio que ver cómo Luca volvía a buscar en la bolsa y esperar lo que haría a continuación.

Puso sobre la cama un frasco que no pude leer y luego empezó a desnudarse, quitándose la ropa y poniéndola en el suelo. Cuando volvió a mirarme yo aún deliraba, pero preveía que lo tendría dentro de mí una vez más.

Acababa de alcanzar mi punto álgido, pero las paredes de mi canal volvían a contraerse, pidiendo más y supe que pronto tendría otro orgasmo cuando vi su erección en toda su magnitud. Luca se restregó un gel rojizo por toda su verga antes de acomodarse de nuevo entre mis piernas y penetrarme con una firme sacudida.

Esta vez hubo un ligero dolor que quedó completamente atenuado por una sensación de

ardor. Una sensación parecida a cuando comía pimienta, pero solo que en la vagina. Era incómodo, pero al igual que los latigazos, aumentó aún más mi placer.

Mi sexo se calentaba más a medida que él se movía, cada vez más rápido. Intenté liberar los brazos para rodearlo, pero no pude. Mi canal estaba ardiendo y solo se calentaba más a medida que él se movía. La fricción de su cuerpo sobre mí y la extraña inmovilidad de ser su rehén me hacían sentir aún más placer.

Había algo cálido vertiéndose dentro de mí, pero no pude prestar mucha atención porque mi cuerpo estaba envuelto por una segunda oleada. Cerré los ojos y me entregué a aquel placer.

¡Cielos!

Realmente parecía imposible no querer sentirlo tantas veces como fuera posible.

Luca permaneció un rato tumbado sobre mí hasta que se recuperó y se levantó. Fue al pequeño cuarto de baño del dormitorio y me dejó atado a la cama, regresando unos minutos después con papel, que utilizó para limpiarme antes de soltarme.

—Fue una locura. —Me senté en la cama, todavía recuperándome.

—Así es como me gusta. —Estaba firme.

Me quedé en silencio y extrañamente me enfrenté a la verdad de que yo también lo había disfrutado. Miré el látigo sobre la cama y mis mejillas se sonrojaron al recordar lo que me había hecho.

—¿Siempre es así?

—Apenas estoy empezando contigo, Perla.

Volví a quedarme sin habla.

Al mismo tiempo que temía lo que pudiera hacer, sentía un deseo insano de averiguarlo.

—Creo que tengo que volver a mi habitación.

—Desgraciadamente, sí.

Lo miré desnudo, viendo su cuerpo y gustándome cada detalle. Luca era un hombre de

unos treinta años, pero estaba en forma y eso se notaba en la musculatura de su abdomen, sus brazos torneados y sus anchos hombros.

Después de experimentarlo así, cada vez me seducía más todo aquel peligro.

Había juzgado a mi hermana antes de saber lo fácil que era perder la cabeza.

—¡Bésame! —Imité su tono autoritario.

—¿Me estás exigiendo? —enarcó una ceja.

—Bésame —repetí.

Luca sonrió y me agarró la cintura, haciéndome sentar en su regazo. Yo solo quería que me besara, pero él me encajó de nuevo sobre su verga antes de que su lengua se encontrara con la mía. Sus manos firmes y pesadas me agarraron el culo y me mordió el labio inferior mientras me hacía mover, un ritmo que aprendí rápidamente.

Debería haber pensado que estaba mal, pero cada vez que me penetraba, mejoraba. Su fuerza y su dominio hacían que no tuviera restricciones a las que ceder.

Disfrutaba cada vez más del maravilloso sabor del beso mientras mi propio cuerpo me pedía que continuara. No dejé de moverme sobre su regazo, sintiendo su piel, hasta que ambos volvimos a experimentar.

Lo siguiente que supe fue que había acabado de nuevo y me había desplomado sobre su pecho.

Quería quedarme allí, quedarme con él, pero sabía lo arriesgado que era, así que me costó levantarme y vestirme.

Peor aún fue volver a mi habitación sin bragas después de todo lo que había hecho.



Luca

Capítulo diez

Esa mañana tomé el avión de vuelta a Palermo. La noche con mi prometida compensaría el tiempo que pasaría sin ella, por muchas ganas que tuviera de volver a saborearla.

Tenerla en mi cama, sin sangre y sin dolor, era mucho mejor que el rapidito en el auto y pude mostrarle cómo serían los momentos conmigo. Antes de casarnos, ella ya conocería bien todos mis gustos y peculiaridades.

Yo no era el tipo de hombre que debía someterse al sexo a escondidas, ya que ni siquiera lo hacía cuando era adolescente. Sin embargo, sería un sacrificio que tendría que hacer para tener a Perla antes de poder llevármela a casa.

—¡Luca! —llamó mi madre y me vi obligado a apartar de mi mente las imágenes del sexo.

—Hola. —Me giré para mirarla mientras el avión aterrizaba.

—Tenemos que ocuparnos del robo.

—Es mi prioridad, mamá. No solo para dar un nombre a los Bellucci, sino también para evitar que nuestros hombres piensen que somos débiles.

—Muy bien.

La azafata abrió la puerta del pequeño avión para que pudiéramos bajar y yo fui delante, seguido de mi madre. A un lado de la pista, en aquel día claro y soleado, ya me esperaban mis hombres con cuatro vehículos que podían llevarnos de vuelta a casa.

Lo había dicho en serio cuando dije que averiguar quién era el responsable del robo y del intento de matarme era mi prioridad.

Me acerqué a uno de los autos y el soldado me abrió la puerta para que me sentara en el asiento de cuero. Me quité el saco y tomé las gafas de sol. En cuanto llegara a casa iba a comprobar con mis mejores hombres cómo iba la caza del responsable del atentado y no descansaría hasta tener un nombre y una cabeza.

Mi teléfono móvil vibró y lo saqué del bolsillo.

Perla:

¿Ya has llegado a casa?

Luca:

De camino.

Creía que aún no te habías despertado.

Perla:

Estoy dando vueltas en la cama.

Luca:

Descansa un poco.

Perla:

Después de lo de ayer lo necesitaré.

Luca:

Será mejor que te acostumbres.

Perla:

Estoy ardiendo.

Luca:

Espera a ver cuando te deje el culo rojo.

Ni siquiera tuve tiempo de ver el siguiente mensaje antes de que el impacto que sacó el auto de la carretera me arrancara el móvil de la mano. El celular voló hasta el suelo, mientras yo me sacudía dentro del vehículo, que perdió la estabilidad por unos instantes.

—¿Qué ha sido eso? —le grité al conductor.

—Nos atacaron.

—¿Por... —Ni siquiera logré completar mi pregunta antes de que una segunda sacudida desestabilizara de nuevo el auto.

Me asomé y vi el vehículo que embestía al nuestro. Como el auto en el que yo iba era el último, quienquiera que fuese consiguió apartarnos de la caravana. En el auto solo estábamos yo, el conductor y otros dos soldados, contra un vehículo en el que debían de ir al menos siete hombres.

Por poco no llegamos al muro de protección, porque si hubieran conseguido derribarnos habría sido un precipicio de varios metros hasta la playa.

—¡Mierda!

Quien intentó matarme la primera vez no se rindió.

—Quieren sacarnos de la pista.

—¡No se lo permitas!

Abrí el saco y saqué la pistola cargada que llevaba en la funda junto al pecho.

Ni siquiera tuve paz para volver a mi casa.

—Acelera, derríbalos primero.

El conductor cumplió mi orden.

Estaba dispuesto a disparar al mismo tiempo que consideraba si ser prudente o no, porque las ventanas eran a prueba de balas, así que mientras estuvieran cerradas estaría protegido.

El hombre de delante bajó la ventanilla, intentando disparar los neumáticos de nuestros perseguidores. Entonces otro auto con soldados dio la vuelta para ayudarnos y presionó al vehículo enemigo, arrojándolo al carril contrario.

Siguiendo de lado a lado al auto en el que yo iba, el otro circulaba en dirección contraria, intercambiando disparos con mi soldado, que acabó recibiendo un disparo en el hombro, pero no se detuvo.

Estaba a punto de abrir una de las ventanas y arrojarme al vacío, pero antes de que pudiera hacerlo, el soldado sentado a mi lado me detuvo.

—Manténgase a salvo, señor. Lo quieren a usted.

Era obvio que me querían, ya que permitieron que el auto que llevaba a mi madre continuara sin problemas.

Lo que me enfurecía era pensar que me atacaban en mi propio territorio.

Oímos un fuerte bocinazo de un camión que venía en sentido contrario. El vehículo en el que yo iba y el otro se acercaron a los perseguidores y chocaron de frente. El impacto fue tan fuerte que imagino que el conductor murió en el acto.

El camión arrastró la pequeña furgoneta durante unos metros hasta detenerse por completo.

—¡Para el auto! —ordené a mi conductor, que accedió de inmediato, pisando a fondo el freno y haciendo chirriar los neumáticos.

Un soldado bajó conmigo y nos unimos a los cinco del otro auto, y caminamos hasta el punto del accidente.

El camionero estaba conmocionado, lloraba y seguía rezando en silencio, pero no era él quien me preocupaba.

—No se quitaron del camino. Dios mío... —empezó a gritar cuando vio que nos acercábamos.

—¡Cállate! —Saqué la pistola y le apunté a la cabeza, haciendo que tragara saliva y cambiara sus murmullos por sollozos.

Me acerqué a la colisión. La parte delantera del camión no había sufrido mucho, pero no podía decir lo mismo de la furgoneta, que había quedado completamente aplastada. El conductor yacía sobre el volante con la cabeza ensangrentada. Había otro hombre tendido en el suelo, también muerto.

Cuando me acerqué, vi a alguien moviéndose dentro del vehículo.

—¡Cuidado! —advertí a mis hombres, pero el sonido de un disparo no tardó en llegar.

Un soldado que estaba a mi lado cayó al suelo con el impacto en el pecho, pero afortunadamente llevaba un chaleco antibalas. Yo y otros dos hombres apuntamos, alcanzando al bastardo que aún tenía su arma.

Dejé que mis guardaespaldas se adelantaran y comprobaran si había alguna posible amenaza antes de acercarme. El que me había disparado ya estaba muerto, lo que tenía su lado negativo, pues no podía hacer preguntas.

—Mira si alguien respira.

Retrocedí y dejé que registraran todos los rincones, hasta que uno de mis hombres agarró a un tipo por el cuello de su camisa negra y lo arrastró fuera del vehículo.

—¿Por qué me persiguen? —Me acerqué a él y le puse la pistola en la cabeza mientras apretaba los dientes.

—Puta de Roma. —Me escupió sangre y saliva.

—¡Maldito cabrón! ¡Habla más alto!

—¡Vas a morir!

—No estás en posición de amenazarme ahora.

—Eres débil. —Empezó a sollozar y le goteaba sangre de la boca.

Mis ojos buscaron su cuerpo y me di cuenta de que un trozo de hierro del vehículo le había atravesado el abdomen y sangraba profusamente, por muy duro que intentara parecer, no duraría mucho.

—¿Quién te envió? —Lo agarré del cuello.

No me dio ninguna respuesta, solo se rió hasta que cerró los ojos y me di cuenta de que estaba exhalando sus últimos suspiros.

—¡Maldito seas!

Quienquiera que intentara matarme tenía que estar muerto antes de alcanzar su objetivo.

—Señor, salgamos de aquí. —Un soldado me mostró el camino de vuelta al auto—. No es seguro para usted estar expuesto, puede haber más de ellos.

Asentí y volvimos al auto para dirigirnos a mi casa. Estaba furioso y ni siquiera me molesté en tomar el móvil y continuar la conversación con Perla. Mi prometida tendría que ser un tema para otra ocasión.

En cuanto puse un pie en casa, mi madre vino corriendo hacia mí y me abrazó.

—¡Ah, Luca!

—Estoy bien. —Le acaricié el brazo.

—Estaba desesperada y no me dejaron volver para ayudarte.

—Ellos hicieron lo correcto, solo serías otra presa. —Me liberé de su agarre y di unos pasos hacia un lado. En ese momento estaba demasiado enfadado incluso para los abrazos—. Quiero averiguar quién es ese cabrón.

—Quizá sea un Bellucci —sugirió mi hermano.

—¡No seas idiota, Mario!

—Ya han matado a nuestro padre. —Mi hermano apretó los dientes.

—En otras circunstancias.

Además, dudo que alguien enviado por los Bellucci me llamara puta de Roma, pensé para mis adentros.

—¿Sobrevivió alguno? —preguntó mi madre.

—Desgraciadamente, no.

—¡Entra! —Volvió a rodearme los hombros con sus brazos—. Date una ducha y refréscate para que puedas pensar racionalmente antes de empezar tu búsqueda.

Me limité a asentir, en ese momento estaba realmente enfadado. Quería la cabeza de alguien lo antes posible.



Perla

Capítulo once

—Tenemos que resolver el problema creado con los Lansky. —Oí la voz de mi padre procedente de la puerta entreabierta del pasillo y me detuve a mitad de camino hacia mi habitación.

Sabía que estaba mal escuchar a escondidas las conversaciones, sobre todo cuando tenían que ver con la mafia, pero mi curiosidad por el tema acabó siendo más fuerte que yo.

Mi hermana había dejado a un prometido al elegir casarse con otro, y yo no había imaginado que aquello se solucionaría con un simple: lo siento. Aunque no estuviera tan al tanto de los asuntos de mi familia, sabía que los Lansky eran poderosos aliados en Estados Unidos.

—Perla... —Cuando el tío Theo susurró mi nombre, me estremecí.

El ex prometido de mi hermana era un hombre joven y guapo, pero yo ya me veía con Luca y me había involucrado demasiado con él. Estaría muy jodida si mi padre decidía casarme con otra persona.

¿Cómo podría explicar que me había entregado a Luca? Mi familia, desde luego, no vería el sexo prohibido antes del matrimonio como yo lo veía.

—Perla está prometida a Mancini y hay que mantener ese matrimonio. Es siciliano y nuestra relación con ellos siempre ha sido muy frágil. No querrás ofender a la familia de tu mujer, ¿verdad, hermano mío?

Hubo un momento de silencio antes de que mi padre volviera a hablar.

—Romper ahora el compromiso de Perla sería causar un problema para resolver otro.

Respiré aliviada cuando me di cuenta de que mi padre no tenía intención de cambiar sus planes para mí.

—Tenemos que encontrarle a Steven Lansky otra esposa.

—Nina es solo una niña —dijo rápidamente el tío Mateo.

—Está esperando a que crezca —refutó el tío Theo.

—Manuela ya puede casarse.

—Marco... —Me di cuenta de la reticencia del *consigliere*—. Mi hija...

—¿Crees que me alegro de haber entregado la mía a esos bárbaros? —Mi padre levantó un poco la voz.

—Es diferente, Pietra eligió eso.

—Sabes mejor que nadie, hermano, que nunca es solo nuestra elección. Siempre tenemos que pensar en el bien mayor. Si no, nunca te habrías casado con la hermana del hombre que mató a nuestro padre. Puede parecer que he cedido a los caprichos de mi hija, pero no se ha involucrado con cualquier soldado. Es Mikhail Orlov, esta no era una guerra que debíamos empezar.

—Ahora mi hija corregirá tu error.

—Si quieres verlo así…

—Theo —la voz del tío Mateo era pacífica—, por la razón que sea, Pietra ha logrado una hazaña histórica. Nunca volveríamos a aliarnos con los rusos.

—¡Como quieras!

—Díselo a tu hija, Theo. —La imposición de mi padre era clara incluso en un tono neutro.

—De acuerdo.

—Perla.

Me sobresalté cuando mi madre apareció delante de mí. Me pasé las manos por el pelo y fruncí el ceño, mientras intentaba disimular que estaba escuchando desde detrás de la puerta.

—¿Está todo bien, niña?

—Sí —sonreí—. Me voy a mi habitación, he olvidado el móvil allí. —Pasé junto a ella y le besé la mejilla.

—Espera. —Me sujetó la muñeca.

—¿Qué pasa? —Tragué saliva por miedo a una reprimenda.

—Ese cuadro que estabas pintando en el jardín. ¿Cuándo crees que estará terminado?

—¡Ah, el cuadro!

—Sí, el cuadro. ¿Hay algo más de lo que quieras hablarme?

—No... Creo que terminaré de pintar el fin de semana, hay tantos detalles que quiero representar para que sea lo más parecido a la realidad.

—Estuve hablando con tu abuela y creemos que quedará perfecto en la biblioteca.

—Te avisaré cuando haya terminado. —Di otro paso hacia mi habitación, pero mi madre volvió a detenerme y me obligó a mirarla fijamente a los ojos castaños.

—Te ves extraña, niña.

—No, yo no...

—Perla.

—Es serio, mamá.

—¿Crees que no te conozco bien?

Me temblaban las piernas y tuve que contener el pavor, si se le pasaba por la cabeza lo que había estado haciendo con Luca estaría en un gran lío.

—Sé que me conoces, mamá, pero estoy igual que siempre.

—No estás igual.

Vaya...

No creía que hubiera nada diferente en mi cuerpo después de perder la virginidad, pero podía estar equivocada. Tal vez no era tan buena como Pietra ocultándolo.

—Sé que echas de menos a tu hermana. Todos la echamos de menos. No tenerla cerca será duro. Realmente pensé que tendríamos más tiempo...

—Sí...

Contuve un enorme suspiro de alivio cuando me di cuenta de que mi madre estaba

hablando de otra cosa.

—Pero no la hemos perdido, aún podremos verla.

—Sí, pero es difícil. —Me sumé al sentimiento.

—Ven aquí. —Mamá me ofreció sus brazos para que pudiera acurrucarme en ellos.

Apoyé la cabeza en su pecho y ella me besó la parte superior mientras me acariciaba la espalda.

—Al menos te tendré hasta que tengas veintiuno.

—Me tendrás...

No tenía ni idea de cómo iba a sobrevivir a ese año y medio y a todos mis posibles encuentros a escondidas para cumplir los deseos de mi prometido y, en consecuencia, los míos.

—Te quiero, mamá. —Besé su mejilla antes de escapar finalmente a mi habitación.

—Yo también te quiero, hija —dijo justo antes de que cerrara la puerta.

Tenía que controlar mis nervios o acabaría delatándome.

Me tiré en la cama y saqué el móvil de la mesa de luz, sonriendo al ver un mensaje de mi hermana.

Pietra:

¿Cómo están todos?

Perla:

Creo que lo mejor posible.

¿Ya escapaste de la luna de miel?

Pietra:

Mikhail está dormido. Admito que no es el único cansado.

Perla:

¿Puedo preguntar por qué?

Pietra:

Ahora que estoy casada ya no puedes regañarme, ¿verdad?

Perla:

¿Estuvieron teniendo sexo?

Pietra:

Toda la noche.

Perla:

Imagino que lo estás disfrutando.

Pietra:

No había nada que deseara más que estar con él. Te echo de menos, pero mi lugar está junto a Mikhail.

Solo lamento haber dejado a Steven. Sé que de alguna manera va a conducir a algún tipo de problema.

Perla:

Creo que se van a casar con Manuela en su lugar.

Pietra:

¿Tú crees?

Perla:

Escuché a nuestro padre hablando con nuestros tíos sobre ello. Parece que acaban de decidirlo, pero aún no han hablado con nadie. Ella debe ser la primera en saberlo.

Pietra:

No sé cómo será para ella.

Perla:

Imagino que eso no te importa mucho ahora.

Pietra:

Eres la mejor haciendo lo que papá quiere.

Perla:

Quizá no sea exactamente así.

Pietra:

¿Cómo no?

Aceptaste casarte con Luca y actuar exactamente como papá quiere.

Perla:

Ya no soy virgen.

Pietra:

¿Quéeeeee?

¿Tu corrector tuvo un problema?

Perla:

No.

Pietra:

¿Así que accediste a lo que Luca te pidió?

Perla:

Lo hice...

Pietra:

¿Te arrepientes?

Perla:

Será peor si digo que no.

Pietra:

Quién te ha visto y quién te ve, Perla Bellucci.

Perla:

Estoy muerta de miedo.

Pietra:

¿De qué?

Perla:

De que papá se entere.

Pietra:

No lo permitas.

Perla:

Suena fácil de decir.

Pietra:

No es como si estuviera escrito en tu cara que ya no eres virgen. Necesitas tener cuidado de no delatarte y sobre todo con la abuela.

Perla:

¿La abuela?

Pietra:

Ella fue la que me descubrió y supo lo que estaba pasando.

No lo creerás, pero es la que más atención presta a todos en la casa.

Perla:

Tendré cuidado.

Pietra:

Bien.

Perla:

Pero no es el fin del mundo, ¿verdad? Solo estamos anticipando lo que haremos cuando nos casemos.

Pietra:

No tienes que preocuparte por justificarte ante mí.

Perla:

Sí...

Pietra:

Si te gusta, está bien.

Perla:

Sí. Luca es... intenso.

Pietra:

No hace falta que me cuentes los detalles jaja.

Mikhail se despertó, hablaré contigo más tarde.

Perla:

Que tengan una buena luna de miel.

Pietra:

Gracias. Te quiero, hermana.

Perla:

Yo también te quiero.

Suspiré después de dejar de mensajear a mi hermana. Era bueno tener a alguien en quien confiar sobre este momento de locura que estaba viviendo, en el que todo parecía terriblemente mal y peligrosamente bien al mismo tiempo.

Temía que toda esa adrenalina acabara convirtiéndose también en adicción.



Luca

Capítulo doce

Sicilianos contra romanos era una vieja enemistad que se había recrudecido tras la muerte de mi padre y se había paliado con el matrimonio de mi tía con el *consigliere* Bellucci.

Se suponía que traer a Perla a mi casa como esposa reforzaría esos lazos, pero estaba claro que había alguien, o incluso un grupo, que se oponía a mis planes.

En pocos días, habían atentado contra mi vida más de lo que me gustaría contar. Cada vez estaba más seguro de que el motivo era el anuncio de mi compromiso. Uno de los cabrones me había llamado puta de Roma, lo que dejaba claro que no era un gran admirador de la familia que dirigía la mafia.

—Luca. —Oí que mi padre me llamaba cuando estábamos juntos en un viejo campo de tiro donde había empezado a enseñarme a manejar un arma.

—Hola —giré la cabeza y me encontré con sus ojos fijos en mí.

Mi padre me acarició los hombros y me dedicó una sonrisa.

—Lo estás haciendo muy bien. Serás un gran tirador cuando llegue tu hora. Ahora, mientras eres solo un niño, entrena duro.

—Lo haré.

—Buen chico. Hay muchas cosas buenas que deberías aprender pronto.

—Estoy esforzándome.

—Eso ya lo sé. Siempre tendrás que trabajar duro, tendrás que ser el mejor, el más letal y el más temido, porque te pondrán a prueba todo el tiempo para intentar derribarte como líder, pero no puedes permitírselo. No bajes la guardia, hijo. Jamás.

Me quedé mirándolo un momento hasta que volvió a hablar.

—Aprende que la guerra nunca aporta beneficios y puede costarnos nuestro poder. Hay

que mantener la paz a toda costa, incluso con el uso de la violencia. Muchos te dirán que los Bellucci no deberían estar donde están, que la mafia nació en Sicilia y que el poder debería volver a los Mancini. Ten mucho cuidado si piensas en actuar contra ellos, puede que incluso haya posibilidades de ganar, pero si pierdes te costará algo más que tu vida y la de toda la familia. Recuerda, la paz es importante porque la guerra puede costar demasiado.

—Tener cuidado con los Bellucci.

—Así es.

—Cuando algunos enemigos son demasiado fuertes, es mejor tenerlos como aliados.

Salí de mis recuerdos y me encontré de nuevo solo en el despacho que había pertenecido a mi padre y al otro Mancini antes que él. Me incliné sobre el escritorio y tomé un viejo portarretratos con una foto de mi familia. Yo era pequeño y mi madre sostenía en brazos a Mario cuando era un bebé.

Por muy ilegales que fueran nuestras vidas la mayor parte del tiempo, seguíamos teniendo alguien de quien preocuparnos y a quien cuidar.

Cuando mi padre tuvo aquella conversación conmigo, yo aún pensaba que lo tendría cerca durante muchos, muchos años para que me diera otros consejos y me preparara para ser el *capo* en el que me convertiría. Entonces llegaron los Bellucci y lo mataron.

Mario los odiaba y durante un tiempo yo actué exactamente igual, creyendo que merecían ser castigados. Luego mi tía tuvo que casarse con el asesino y mi madre me contó toda la historia.

Para proteger a los nuestros, mi padre se sacrificó.

Varias de sus acciones me mostraron el precio y la importancia de la familia.

Entre empezar una guerra, era mejor ser aliados, pero seguro que alguien en esa isla no estaba de acuerdo con mis condiciones.

Mantén la paz, aunque tengas que usar la violencia...

Eso es exactamente lo que pretendía hacer. Como líder, yo mandaba en Sicilia y todos tenían que aprender que mis decisiones eran las que contaban.

El enfrentamiento con Bellucci ya ha causado pérdidas en ambas partes y sería mejor que se detuvieran.

—¿Jefe? —Oí unos golpes en la puerta del despacho que me hicieron removerme en la silla.

—Pasa. —Me incliné sobre la mesa.

La puerta se abrió y entró mi jefe de seguridad, que analizó rápidamente su entorno antes de volverse hacia mí.

—¿Alguna novedad, Sebastian?

—Estamos buscando en Palermo y en el resto de Sicilia al responsable de los últimos incidentes. Aún no estamos seguros de que haya sido la misma persona, pero es muy probable.

—Quiero algo más que suposiciones.

—Sí, jefe, pero como no hemos conseguido capturar a ninguno vivo para interrogarlo, la situación se complica un poco. Estamos siguiendo pistas y recopilando información.

—Sé más rápido.

—Lo hacemos lo mejor que podemos.

Torcí los labios, mostrando que estaba furioso. Después de que alguien hubiera atentado contra mi vida, no podía dejarlo pasar como si nada.

Su teléfono empezó a sonar y extendió la mano, pidiéndome permiso para contestar. Asentí y Sebastian sacó el auricular del bolsillo.

—Listo.

Esperé mientras hablaba con alguien al otro lado. No podía oír lo que decían, pero por la expresión de mi soldado esperaba que fuera algo interesante.

—Se lo diré al jefe.

—¿Decirme qué? —pregunté cuando colgó.

—Parece que han encontrado la casa de uno de los tipos.

—¿Dónde?

—Conseguiré la dirección. ¿Quieres ir allí?

—Sí. —Abrí el cajón y saqué mi pistola.

Quería ponerle las manos encima al bastardo responsable de los intentos de asesinato. Si alguien pensaba que podía matarme solo por ser aliado de Bellucci, iba a demostrarle que se estaba metiendo con la persona equivocada.

Había algo en la mafia que era inmutable, el miedo subyugaba a la gente y yo necesitaba parecer cada vez más aterrador.

Bajé con Sebastián al garaje, donde los soldados se movieron para seguirnos, pero antes de que pudiera entrar en uno de los autos, Mario apareció en mi campo de visión y caminó hacia mí.

—¿Adónde vas?

—Detrás de las pistas.

Mi hermano frunció el ceño, sin entender muy bien a qué me refería.

—No te preocupes, cumple el horario y ve a cobrar los paquetes que entregamos la semana pasada.

—Puedo ir contigo.

—Ocúpate de lo que es más importante ahora. —Le di una palmada en el hombro a mi hermano y subí al auto sin decir nada más.

—¿No quieres llevártelo contigo? —preguntó Sebastián antes de irnos.

—Aún no tengo hijos, así que necesito proteger a mi hermano en caso de que me ocurra algo.

—Entiendo. —No discutió más.

Aunque no entraba en mis planes morir pronto, mi padre no era mucho mayor que yo

cuando se marchó. Con revólveres, bombas y otros tipos de armas, cada día vivíamos entre la vida y la muerte y nunca sabíamos exactamente lo que podía ocurrir, los riesgos eran muchos y no siempre podíamos confiar en que saldríamos indemnes.

Sin embargo, me pasara lo que me pasara, el legado de mi familia tenía que seguir vivo.

Me sorprendió la vibración de mi teléfono móvil y lo saqué del bolsillo, apartando los ojos de la carretera.

Perla:

Oí una conversación de mi padre. ¿Te encuentras bien?

Luca:

No sé exactamente qué habrán dicho los Bellucci, pero soy un tipo duro.

Perla:

Estaba preocupada.

Luca:

Sería una oportunidad para librarte del compromiso.

Perla:

No quiero deshacerme de ti. Así que trata de mantenerte con vida.

No me lo esperaba, me quedé mirando el móvil durante unos minutos sin saber exactamente cómo responder.

Teníamos que casarnos porque sería bueno para mi familia y para la suya. Reforzar una alianza que había empezado con nuestros tíos, pero no pensé mucho en cómo sería la boda en otros aspectos.

Tenía a mi madre y a mi hermano, estaba muy unido a ellos, pero pronto tendría también una esposa. Ya tenía a Perla en mi cama para satisfacer mis deseos sexuales, pero ¿hasta dónde

llegaría?

Perla:

¿Luca?

Luca:

Aquí estoy. Estoy bien, no te preocupes.

Perla:

De acuerdo.

Mi prometida dejó de mandarme mensajes y yo tampoco insistí.

Desde que era joven, solía acostarme con prostitutas, los soldados me las traían y me las entregaban como si fueran una especie de ofrenda. Me divertía, satisfacía y exploraba todos los deseos que albergaba, incluso los más oscuros.

Con el tiempo descubrí lo que más me gustaba, los objetos que podía utilizar y cómo prefería que se comportaran las mujeres. Sin embargo, nunca bajé la guardia, habían matado a mi padre y no quería que eso me ocurriera a mí en un momento de debilidad.

Por eso no me gustaban los ruidos, algunas prostitutas solían gritar demasiado y eso me dificultaba darme cuenta de los peligros que me rodeaban.

Especialmente cuando me perseguían, necesitaba estar más alerta que nunca.

El auto se detuvo frente a una pequeña casa suburbana a las afueras de Palermo, en la frontera con Mesina. A lo lejos se oía el sonido del mar y de algunos vehículos que circulaban por la autopista.

Dejé que mis soldados bajaran primero mientras sacaba mi pistola de la funda y me preparaba para seguirlos.

Debajo de mi saco llevaba un chaleco antibalas, pero no confiaría mi vida únicamente a él,

porque un tirador lo bastante bueno sería capaz de acertar en un punto desprotegido y matarme sin mucho esfuerzo.

Miré a un lado y a otro, buscando algún sonido o algo sospechoso en los alrededores. Mi pulgar se deslizó por el seguro de la pistola, dejándola lista para disparar en cualquier momento.

Mis padres me habían insistido en que hiciera todo lo posible por convertirme en el mejor tirador, pero hasta que no asumí mi puesto de *capo* no me di cuenta de lo importante que era para mí seguir vivo.

Unos pasos atrás, esperé a que mis hombres subieran al pequeño balcón de la entrada de la casa. El suelo crujió y cuando uno de ellos tocó el picaporte oímos un golpe.

El disparo sonó tan fuerte que me dejó momentáneamente sordo.

Vi a mi hombre volar y caer en medio de la carretera con los fragmentos del arma incrustados en el chaleco. Afortunadamente llevaba puesta la protección, de lo contrario el disparo le habría hecho un agujero en el pecho igual que el de la puerta.

—¡Ten cuidado! —advirtió Sebastián.

No me sorprendió darme cuenta de que podía ser una trampa. En aquel juego del gato y el ratón, probablemente trataban de empujarme a una trampa y acabar con mi vida para siempre.

De lo que no se daban cuenta era de que yo podía ser una presa mucho más astuta.

Hice un gesto a los hombres para que rodearan la casa y revisaran el lugar, era mejor asegurarse de que no encontráramos ninguna otra sorpresa antes de entrar.

Sebastian fue el primero en entrar en la habitación y pronto vi el rifle que apuntaba a la puerta, su gatillo estaba en una cuerda atada a la cerradura y se tiraba de él cuando el soldado intentaba abrirla.

—¿Señor? —Sebastian empezó a hablar.

—Silencio. —Le tapé la boca con la mano al oír su voz.

Se limitó a asentir con la cabeza. Nos acercamos a la sala mientras mirábamos atentamente cada paso, temerosos de activar la siguiente trampa que podría ser letal.

En la habitación había una pared con varias fotos mías y de mi madre, así como lugares en los que podría haber estado y el anuncio del periódico sobre mi compromiso con Perla. Quienquiera que fuese me estaba persiguiendo mucho.

Mientras analizaba la información que había reunido sobre mí, sentí un fuerte olor y oí un chillido muy bajo. Si Sebastian me hubiera estado hablando, probablemente no me habría dado cuenta...

—¡Fuera! —ordené y me di la vuelta, esta vez con menos cuidado en el camino de vuelta.

Confundido y sin entender, mi hombre simplemente aceptó, corriendo conmigo fuera de la casa. Otros soldados que se acercaban también salieron.

No tardó mucho en saltar todo por los aires. La explosión consumió toda la casa y envió parte del tejado y otras estructuras volando en todas direcciones.

—¿Cómo te diste cuenta? —Sebastian se quedó con los ojos muy abiertos después de escaparse de allí enfadado.

—Salía gas de la cocina. —Me acerqué al auto, girando la cabeza de un lado a otro para asegurarme de que no nos observaban.

—Estuvo cerca...

—Sí. —Apreté los dientes. —Está claro que fue una trampa—. Golpeé con la mano el lateral del auto, haciendo que se sobresaltara.

—He recibido información de una fuente fiable.

—Entonces asegúrate de descubrir quién fue esa fuente segura. —Levanté aún más la voz.

—Lo haré, señor.

—Eso espero. —Abrí la puerta del auto y entré, pensando que estar a la intemperie solo me pondría en mayor riesgo.

Alguien conspiraba contra mí y tenía que averiguar quién era lo antes posible.



Perla

Capítulo trece

Acababa de salir del estudio donde había pasado el día intentando terminar el cuadro que representaba el jardín que tanto deseaba mi madre, cuando me topé con Manuela que subía las escaleras.

Todavía tenía manchas de tinta por toda la cara y el cuerpo, e intenté limpiarme un poco más cuando me topé con ella, pero no estaba segura de haberlo conseguido.

—Manuela. —Esbocé una sonrisa forzada mientras murmuraba su nombre.

—Hola, Perla. —Mantuvo su tono neutro y sin demasiada euforia.

Ya se había anunciado que iba a casarse con Steven Lansky y no sabía exactamente cómo estaba reaccionando a todo aquello.

—Me he enterado —aventuré, arrepintiéndome de inmediato cuando ella cerró los ojos y adoptó una postura defensiva.

—Las noticias vuelan en esta casa —refunfuñó con dureza.

—Tal vez.

—Espero que seas feliz.

—Espero que tu hermana lo esté —dijo.

Tragué en seco ante el comentario punzante que había lanzado, sin duda, la mayor culpable de que mi prima se viera obligada a casarse era mi hermana, pero no debía castigarme por ello.

—Está donde quería estar.

—Al menos una de nosotras puede elegir. —Se rió, pero su expresión era completamente triste.

—No significa que estemos condenadas a una mala vida.

Manuela no era la única que iba a casarse con un hombre que habían elegido para ella,

pero no creía que tuviera que ser mala para las dos. Luca me daba escalofríos y a veces miedo, pero después de lo que me había hecho usando un látigo no podía dejar de pensar que había algo bueno en todo aquello.

—Espero que no. —Se encogió de hombros. —Si me disculpas, tengo que ducharme porque estoy empapada de sudor.

—¡Adelante! —Me hice a un lado y dejé pasar a mi prima. No era la única que necesitaba una ducha.

Quería decirle a Manuela que todo se arreglaría, pero ni siquiera yo estaba segura de mí misma. Sin embargo, una cosa era cierta: ambas tendríamos que aprender a vivir con una situación de la que ya no podríamos escapar.

Quizá escuchar a escondidas conversaciones ajenas fuera un mal defecto mío, pero no podía dejar de pensar en mi prometido cuando capté parte de la conversación de mi padre sobre un atentado contra su vida.

Después de todo lo que había pasado entre nosotros, Luca no tenía derecho a morir.

Nací en la cuna de la mafia y me crié en ese mundo desde el momento en que respiré por primera vez. Si a algo estaba acostumbrada era a ver a mi padre, a mis tíos e incluso a mi hermano cubiertos de sangre, pero solía creer que eran una especie de superhéroes, invulnerables y que nunca les pasaría nada, aunque estaba bastante claro que no era así.

Imaginaba que casada con Luca, esa preocupación constante no desaparecería, sino todo lo contrario.

—¿Te derramaste toda la paleta encima?

Salí de mis pensamientos y vi a Dante hablándome. Fue como si mi hermano hubiera aparecido de la nada y me sobresalté al verlo.

—¿Qué haces aquí? —Me pasé la mano por el pelo e imagino que me manché aún más de pintura.

—Vine a buscar algo a mi habitación. —Pasó su mano por el dorso de la otra y me di cuenta de lo lastimados que tenía los dedos.

—¿Qué ha pasado?

—Será mejor que no lo sepas.

—¿Por qué? ¿No es cosa de mujeres?

—Así es. —Se encogió de hombros.

—Idiota —refunfuñé.

—Solo fui a ajustar cuentas con un tipo que pensó que podía engañarme.

—¿Sigue vivo? —Tragué saliva, pensando en lo que mi hermano podría haberle hecho a alguien.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Asentí.

—Imagino que en este momento tiene la boca llena de hormigas.

Dante solía ser amable cuando no nos estaba gastando bromas a Pietra y a mí. Era extraño imaginarlo como un asesino letal que trabajaba para la mafia y esperaba su momento para asumir el poder.

—Ah, todavía me debes un bombón. —Sonreí mientras cambiaba de tema.

—¿Y tu dieta?

—Dame el bombón y deja que yo me preocupe de la dieta.

—Cuando tenga tiempo te compraré una caja.

—Gracias. —Me puse de puntillas y lo besé en la mejilla.

—¡Oye, me mancharás de tinta mi traje!

—¡Descarado! —Apreté un dedo contra su hombro, dejando una mancha verde.

—¡Perla!

—Luego te manchas con la sangre de alguien y lo mandas a la tintorería. —Se suponía que era una broma, pero sonó como una verdad.

—Ve a darte una ducha. —Señaló el cuarto de baño.

Le saqué la lengua y entré en la habitación.

Quería a mi familia, por muy peligrosa que fuera.



Luca

Capítulo catorce

—No me gusta esto. —Levanté la cabeza, miré a mi madre a los ojos y vi que me devolvía la mirada.

—No se trata de que te guste o no, hijo.

—Son solo trampas y me siento como un ratón corriendo de un lado a otro.

—Sabes que eres mucho más poderoso que eso.

—Los que me persiguen parecen pensar lo contrario. —Miré hacia abajo, vi una hormiga caminando por mi escritorio y la golpeé con la mano, aplastándola con la palma y haciendo que los ojos de mi madre se abrieran de par en par por el ruido—. Tengo que destruir a quienquiera que sea lo antes posible.

—No es tan sencillo. —Se apartó de la ventana y caminó hacia mí, agarrando la silla que estaba frente a mi escritorio y acomodándose en ella—. Quieren desestabilizarte y eso ocurrirá siempre. Recuerda, hijo mío, que si lo consiguen y caes, nos llevarán a todos contigo.

—Lo entiendes muy bien.

—Me he enfrentado a muchos retos, pero ahora te toca a ti. No te culpes, lo has estado haciendo muy bien durante años. Eras un niño cuando te hiciste cargo de la mafia, mira en lo que te has convertido.

—¿Qué ha cambiado desde entonces?

—¿Aparte de ti mismo?

Sacudí la cabeza.

—Tu compromiso con Perla.

—Mientras controlabas la mafia, los Bellucci eran tus principales aliados. ¿Por qué antes eran aceptados y ahora actúan contra mi matrimonio?

—Yo no era la verdadera líder y todos lo sabían, me toleraban esperando que tú tomaras el

mando lo antes posible. Consiguieron lo que querían cuando cumpliste dieciocho, un verdadero Mancini controlando Sicilia. Al casarte con una Bellucci significa que el próximo *capo* también será uno de ellos.

—Pensé que me apoyarías.

—Y te apoyo, pero no todo el mundo comparte la misma opinión que yo.

—¿Quiénes? ¿Cuáles son los nombres por los que debo preocuparme? Podría estar buscando en el lugar equivocado.

—¿Aparte del propio Salvatore Donato? Nasco Savoia de Catania. Sé que ambos siempre han estado en contra de los Bellucci y esperan el momento en que Sicilia vuelva a ser el centro de la mafia en Italia.

—¿Creen que matándome pueden convertirse en la familia más importante?

—Quizá no sean tan ambiciosos, pero tu hermano no empatiza con los Bellucci tanto como tú.

—En algún momento Mario lo entenderá.

—Eso espero... —dijo mi madre pensativa, y me di cuenta de que ella misma podría haber intentado hacer cambiar de opinión a su hijo menor.

Por mucho que no me gustara admitirlo, eso podía ser exactamente lo que pensaban los *capos* sicilianos que no estaban de acuerdo conmigo. Quitarme el poder y dárselo a otro podía ser una forma de iniciar otra era, pero no creía que pudiera ser tan beneficioso para Italia.

—Tengo previsto volver a Roma dentro de unos días.

—¿Quieres llevar este asunto a los Bellucci? —Ella arqueó las cejas, algo sorprendida.

—No exactamente. Quiero ver a Perla.

—Estuvimos allí hace menos de un mes.

—¿Hay algún problema con ello?

—Me asombra tu deseo.

—¿No puedo querer pasar tiempo con mi prometida?

—Sí, de hecho, apoyo tu decisión. Será mucho más fácil mantener este matrimonio si estás cerca de tu prometida.

—Ella es interesante...

—He visto algunos de sus cuadros. Perla es una verdadera artista.

Mi madre no tenía ni idea de que mis intereses con mi prometida eran mucho menos nobles, pero era mejor que lo mantuviera así.



Perla

Capítulo quince

Con los preparativos de la boda de mi prima, mi familia estaba concentrada en eso. Yo, en cambio, no podía dejar de pensar en cuándo volvería a ver a Luca. Ese insano escalofrío en el estómago que debía darme miedo no hacía más que aumentar aún más mi ansiedad.

Pietra tenía razón, era más fácil extrañar algo cuando no lo habías experimentado. No había entrado en detalles sobre cómo era la relación con Mikhail, pero con Luca, aunque parecía peligroso, me bañaba en un adictivo subidón de adrenalina.

Esa mañana, apenas me desperté, le envié un mensaje.

Perla:

¿Vienes?

Luca:

Tomaré el avión en unas horas.

Perla:

De acuerdo.

Ese día había un *vernissage* en Roma con uno de los artistas que más admiraba. Inspirado en los clásicos del Renacimiento, pintaba obras dignas de Miguel Ángel. No sabía cómo, pero Luca convenció a mi padre para que lo dejara llevarme al evento.

Sería increíble.

Me sobresalté cuando oí que llamaban a la puerta. La abrí para ver quién era y me sorprendió ver a una de las criadas con una caja.

—¿Qué es eso?

—Un regalo de tu prometido.

—Gracias. —exclamé con sorpresa y alegría, tomándolo de sus manos y encerrándome de nuevo en mi habitación.

Entré en la habitación y lo puse sobre la cama. Abrí la enorme caja y vi un precioso vestido de color crema. Era delicado, con encajes y pedrería que parecían dignos de una auténtica princesa, pero era recatado, sin mucho escote.

No era exactamente el perfil de mi prometido y esperaba algo más sensual, por mucho que me hubiera avergonzado al principio. Sin embargo, el vestido no era el único objeto del regalo, dentro de una bolsa había algo formado por varias correas de cuero.

Estaba un poco insegura de lo que podía ser, y junto con ello estaba la instrucción de llevarlo en lugar de la lencería.

Debería haberlo pensado mejor antes de creer que Luca no me sorprendería con esa caja.

La ansiedad no hizo más que aumentar hasta que, a última hora de la tarde, fui a arreglarme y descubrí cómo ponerme aquel extraño traje que me había enviado, que me cruzaba todo el cuerpo con correas de cuero.

Pensaba que el *vernissage* era solo una excusa y que probablemente tendríamos sexo en la parte trasera del auto como la primera vez, pero no tenía ni idea de lo que Luca tenía realmente planeado para mí.



Luca

Capítulo dieciséis

Me arreglé el moño al bajar del auto frente a la mansión Bellucci. Algunos dirían que era desafiante lo que estaba haciendo delante de las narices del Don de Italia, pero yo ya defendía demasiado a Marco como para creer que no podía disfrutar de lo que él me ofrecía.

Perla era mía y no iba a esperar a un intercambio de anillos para tenerla.

Caminé por el interior de la mansión, siendo observado por algunos de los soldados Bellucci hasta que llegué al salón, donde Marco estaba sentado en un sofá y se levantó en cuanto me vio, dando unos modestos pasos hacia mí.

—Luca.

—Bellucci.

—Toma asiento. —Me indicó un sillón.

—He venido a buscar a Perla. —Miré la hora en el reloj de oro que llevaba en la muñeca —. Imagino que ella no querrá llegar tarde al evento.

—A mi hija le gusta mucho ese pintor —dijo Laís con una amplia sonrisa.

—Lo sé, lo sé. —Solo asentí.

—Me alegra oír que estás dispuesto a hacer lo que ella quiere —me comentó Marco—. Espero que sigas así después de la boda.

—Pretendo complacerla, *si ella también me* complace *a mí,* añadí en mis pensamientos.

Contuve una sonrisa al recordar la imagen de mi prometida atada a la cama a merced de mi voluntad.

—Perla debe estar bajando.

—Estupendo.

—Dados los últimos acontecimientos, enviaré algunos hombres para reforzar a los tuyos, pero espero que estés dispuesto a proteger a mi hija.

—Con mi vida.

—Muy bien.

En cuanto Marco terminó de hablar, me volví hacia la escalera y la vi bajar. Perla llevaba el modesto vestido que le había comprado. Su padre no habría puesto objeciones, pero me pregunté si llevaba puesto exactamente TODO lo que le había enviado.

—¡Luca! —Sonrió cuando sus ojos se encontraron con los míos.

—Hola, novia.

Perla terminó de bajar los escalones y yo me acerqué a ella, tomándole la mano y besándole el dorso cuando estuvimos lo suficientemente cerca.

—Estás precioso con tu smoking.

—Puedo decir lo mismo. El vestido te sienta muy bien.

—Me encantó el regalo.

—¿Podemos irnos? —Tomé su delicada mano y la puse sobre mi brazo para conducirla fuera de la mansión.

Saludó a sus padres y sentí el peso de la mirada de Marco sobre mis hombros. No estaba seguro de que confiara lo suficiente en mí, pero dejarme salir con ella era todo lo que necesitaba.

—Diviértete, niña —oí la voz de Laís.

—Seguro, mamá.

—Oh, sí, lo hará —susurré, sonriendo en un ángulo que no podían ver.

Llevé a Perla conmigo al auto y la ayudé a acomodarse en el asiento trasero antes de ponerme a su lado.

Cuando el conductor arrancó, acerqué mi boca a su cuello y la hice suspirar.

Echaba de menos tocarla y mordí su suave piel, clavándole los dientes y haciéndola retorcerse.

Me di cuenta de que apretaba los labios y se contenía para no gemir mientras mi mano

subía por la falda de su vestido y le apretaba el muslo. Perla se acercó más a mí y la besé.

Confiaba lo suficiente en mi conductor y en el guardia de seguridad que estaba a su lado como para saber que no dirían nada de lo que ocurría en el asiento trasero.

Introduje mi lengua en la boca de Perla y ella se entregó por completo a mi beso. Me di cuenta de que estaba disfrutando de nuestros momentos más íntimos. Su cabeza se movió y yo intensifiqué aún más el contacto. Para compensar los días de ausencia, quería sacarle el máximo partido y me tragué sus labios y su aliento hasta dejarla completamente sin respiración.

Perla jadeó un poco mientras me alejaba.

—¿De verdad quieres llevarme al *vernissage*? —Había una mirada traviesa en sus ojos que me encantó.

—Los hombres de tu padre nos vigilan.

—¿Tiene que ser delante de ellos? —Entrecerró los ojos mirando a los soldados que nos acompañaban en el auto y me di cuenta de que estaba tensa.

—¿No quieres?

—Es que... —Se mordió el labio inferior y se puso aún más incómoda e inquieta.

—No será delante de ellos.

—¡Qué bien! —Se sintió aliviada.

—Si salen del auto, me siento mejor.

—Tampoco será en el auto.

—¿Vamos a un hotel o algo así?

Le tomé la mano y volvió a mirarme.

—Ten paciencia.

Perla asintió.

El vehículo en el que íbamos siguió avanzando hasta detenerse frente a la galería, a pocas manzanas del coliseo, lo suficientemente cerca como para que pudiéramos verla en el horizonte.

Cuando bajamos del vehículo, vimos a otras personas vestidas de gala entrando en el recinto. Los autos con los guardias de seguridad se detuvieron cerca del nuestro y yo hice un gesto a los hombres de Marco para que se quedaran fuera y Perla y yo entramos con otras tres personas de mi confianza.

Vi cómo se le iluminaban los ojos cuando vio los primeros cuadros.

Reconozco que nunca me ha interesado mucho el arte, pero he investigado un poco desde el principio de nuestra relación.

—Mira qué delicadas son las pinceladas y cómo consigue captar cada matiz. —Mi prometida me tomó del brazo y me arrastró delante de uno de los cuadros.

Era la imagen de una mujer con un bebé en brazos. Casi parecía una fotografía, pero tenía una carga dramática mucho mayor. Reconocí que hacía falta una gran habilidad para conseguir algo así.

Tomé una copa de champán de una de las bandejas de los camareros y dejé que Perla me arrastrara por unos cuantos cuadros más.

Estaba emocionada y dejé que se distrajera un poco.



Perla

Capítulo diecisiete

—¡Ya basta! —Me estremecí cuando Luca acercó su boca a mi oreja—. Ya no vamos a ver más cuadros.

—¿Nos vamos ya? —Moví la cabeza de un lado a otro, notando que el lugar seguía lleno de invitados.

—Ven conmigo. —Me ofreció la mano para que lo acompañara.

Ni siquiera pensé en objetar. La mirada de Luca ya me calentaba y hacía volar mi imaginación. Mi vergüenza contrastaba con un deseo cada vez más latente.

Como no íbamos a ir a un hotel ni a dejar que los soldados se quedaran fuera mientras Luca me llevaba de nuevo al auto, me pregunté qué pasaría, hasta que me condujo a una escalera que daba a un pasillo. Supuse que la entrada estaba restringida, pero nadie parecía impedirnos el paso.

Los soldados que habían entrado con nosotros nos siguieron de cerca y no dijeron ni una palabra.

Nos detuvimos ante una puerta y Luca la abrió. Los guardias de seguridad se quedaron fuera y entramos.

Contuve la respiración y pensé que encontraría un dormitorio, pero cuando encendió la luz me quedé completamente sorprendida.

Era como un pequeño cobertizo o sótano. Probablemente era un espacio donde almacenaban obras o materias primas.

Mirando más de cerca el lugar, solo vi una mesa con una maleta negra parecida a la que había usado la última vez y algo colgado del techo.

—¿Llevas lo que te pedí? —Luca acercó su boca a mi oído y mi corazón se aceleró de inmediato.

Me limité a asentir con la cabeza.

—Entonces quítate el vestido.

—¿Ahora?

—Sí.

Luca me pasó la mano por la espalda y me dio una palmada en el culo que me hizo moverme hacia delante.

Se me secó la boca y me invadió una inmensa vergüenza y un torbellino de deseo que me dejó las piernas temblando.

—Quítate el vestido, Perla —me ordenó en tono más firme y me inquieté aún más.

—Desabróchalo por mí.

—Como quieras.

Luca se colocó detrás de mí y sentí la presión de sus dedos cuando deslizó la cremallera hasta la base de mi espalda y empujó el vestido hacia delante. Dejé que cayera al suelo y me quedé solo con la extraña prenda de cuero y mis tacones.

Había tirantes por todas partes, pero al mismo tiempo no cubrían nada. Iban alrededor de mis pechos y solo animaban a mis pezones a ponerse más erectos y mi sexo estaba completamente expuesto y solo más sensible.

—Te queda perfecto. —Luca giró la cabeza para morderme el hombro y me dio otra bofetada que me dejó la nalga palpitante.

Me sentía expuesta y, al mismo tiempo, me gustaba cómo me recorrían sus ojos.

—Ven aquí. —Luca me guió hasta el centro del espacio y me di cuenta de que había ataduras sujetas a una viga.

Mi prometido me levantó los brazos y me los ató, dejándome con las muñecas inmovilizadas, una vez más rehén de su voluntad.

Intenté mover los brazos, pero estaban fuertemente atados y, mientras no me soltara, me quedaría allí atrapada. Se me revolvía el estómago y podía haber algo de tensión, pero ninguno de los cien sentimientos que me retorcían en ese momento era de miedo o temor. Mientras

miraba fijamente a Luca, sabía quién era él, suponía todo lo que ya había hecho, incluso imaginaba las vidas que había quitado, debería haber bastado para aterrorizarme, pero su mirada me infundía confianza.

En el fondo, me sentía segura con él y eso me relajaba.

—¡Ay! —grité cuando su mano me golpeó el trasero, haciéndolo palpitar y arder.

—Silencio.

Fruncí los labios al oír su voz firme y su mirada decidida.

Luca se acomodó detrás de mí y me tomó del pelo hacia un lado, colocándolo sobre mi hombro. Su aliento rozándome la nuca me hizo estremecerme entera al mismo tiempo que mi cuerpo se calentaba. Sabía manejar la situación de tal manera que incluso ser su rehén me excitaba por completo.

Giré la cabeza cuando vi que se movía y sacaba algo de la maleta negra. No me sorprendió que lo primero que sacara fuera una mordaza. Levanté la cabeza, mirando fijamente a un punto frente a mí mientras dejaba que me la metiera en la boca.

Mordí la barra e incliné el cuerpo hacia delante mientras recibía otra bofetada en el trasero. El ardor despertó aún más necesidad entre mis piernas y las froté una contra la otra mientras el deseo empezaba a palpitar salvajemente.

Mi respiración se volvió un poco más descontrolada y los movimientos de mi pecho me hicieron sentir más intensamente las correas de cuero alrededor de mi cuerpo. No estaban apretadas, pero ejercían la presión necesaria para que no las olvidara.

Luca se inclinó, me besó el hombro izquierdo y luego subió la boca por el cuello para mordisquearme la oreja. Se me pusieron los ojos en blanco y gemí, pero la mordaza amortiguó el sonido.

Sus manos rodearon mi cintura y me estrecharon contra él. Su cuerpo pegado al mío y su presencia dominante me hicieron sentir aún más deseo por él. Intenté liberar mis brazos para poder tocarlo y chillé cuando no pude.

Quería liberarme, pero al mismo tiempo, estar atada aumentaba aún más mi deseo.

Luca...

Retrocedió hacia la mesa y no pude evitar que se alejara de mí. Luca tomó algo de su bolso que no reconocí y se dio la vuelta, deteniéndose frente a mí.

Lo miré fijamente a los ojos marrones y me dedicó una sonrisa sombría que me hizo estremecerme aún más. Recordé lo que había hecho con un látigo y todo mi cuerpo vibró de expectación.

—¡Abre las piernas!

Intenté decir algo, pero solo me salió un leve murmullo.

—¡Ábrelas! —Acercó el objeto a la unión de mis muslos y yo deslicé los talones hacia un lado, dejando mi sexo desprotegido, y la oleada de deseo que palpitaba en él se hizo aún más intensa.

Lo que sostenía parecía un palo con una punta suave y redondeada, que se deslizó desde mi rodilla, subiendo por el interior de mi muslo hasta llegar a mi ingle. Cuando tocó mi sexo y encendió el objeto, eché la cabeza hacia atrás por reflejo mientras todo mi cuerpo empezaba a vibrar con la estimulación procedente del objeto.

Mi instinto me hizo gemir y frotarme con más fuerza contra él.

Las olas que subían y se extendían por todo mi cuerpo eran intensas y deliciosas. Solo podía pensar en lo mucho que deseaba más.

Cuando apagó el objeto y cesó la estimulación, de no ser por la mordaza le habría gruñido. Froté los muslos uno contra el otro, el deseo latente me volvía loca.

Luca...

—¿Lo quieres? —Volvió a acercarme el vibrador.

Incapaz de hablar, lo único que pude hacer fue sacudir la cabeza y, finalmente, volvió a encenderlo y las vibraciones volvieron a poner a prueba la fuerza de las ataduras que me sujetaban los brazos. Sentía que se acercaba el orgasmo y me entregaba por completo a él cuando Luca detuvo de nuevo la estimulación.

Jadeaba y sentí que me salía sudor en la frente. ¿Qué clase de tortura era ésa?

Pensé que iba a ponerme algo más entre las piernas, pero esta vez su atención se centró en mis pechos. Sentí cómo se volvían aún más sensibles al ser saboreados por su lengua. Mi prometido los acarició, estimuló y jugó con ellos antes de apartarse de nuevo. Solo entonces me di cuenta de lo que tenía en la mano. Eran dos tachuelas negras sujetas a una cadena de metal.

Volví a apretar los dientes sobre la mordaza cuando me puso las pinzas en los pezones. Sentí un ligero dolor y su sensibilidad parecía aún mayor.

Ante todo lo que estaba pasando, no quería que parara, solo que me hiciera acabar.

Luca... Quería gritar su nombre, pero no podía.

Podía sentir cómo mi excitación crecía demencialmente. Estaba cada vez más mojada y lista para recibirlo.

Volvió a acercarse a mí y sus manos recorrieron mi cuerpo, bordeando mis curvas y apretándome el culo. Luego volvieron a mi sexo y sentí cómo su dedo se deslizaba en mi canal, provocando que más líquido resbalara por mi muslo.

El vaivén de su dedo dentro de mí me volvió loca y me hizo empezar a revolcarme en su mano, suplicando locamente por más. No podía parar, tenía que satisfacer todos los deseos de mi cuerpo.

Cuando su dedo salió y tocó directamente mi clítoris, incliné la cabeza hacia atrás y me dejé llevar por el clímax, rindiéndome a la oleada de cosquilleos que me invadió.

Todavía jadeaba cuando acercó de nuevo su boca a la mía.

—No hagas ruido.

Asentí y Luca me quitó la mordaza. Respiré con más fuerza, como si me hubiera quedado sin aire, mientras él me soltaba las muñecas, que cayeron por su propio peso.

—¿Nos vamos? —pregunté un poco sorprendida cuando me soltó.

—Por supuesto que no. —Me sujetó el mentón y acercó mi boca a la suya.

Sus labios estaban secos y era como si hubieran succionado los míos, porque yo estaba

completamente sedienta. Mientras me besaba era como si el agua de mi cuerpo se fuera, pero yo no quería que parara.

Me agarré a su hombro y me apretó contra su pecho, haciéndome soltar un pequeño gemido debido a las pinzas que aún tenía en los pezones.

Entonces Luca dejó de besarme y volvió a mirarme fijamente con su imponente mirada.

—Arrodíllate.

No sabía exactamente lo que quería, pero no me importó cumplir la orden. Levantando la vista, me arrodillé frente a él, buscando su rostro y la forma en que me miraba. Luca me acarició la mejilla, dándome a entender que iba por buen camino, y esperé con impaciencia lo que vendría después.

Mi prometido me tomó las manos y las puso sobre el bulto de sus pantalones. Podía sentirlo palpitar bajo la tela.

—Ábrelo.

Asentí mientras bajaba la cremallera y tocaba el slip negro. Luca lo bajó y puso su pene en mi mano, dejándome con una expresión de asombro.

Me fijé en la gotita que brillaba en la punta y me di cuenta de que no era la única que estaba excitadísima. Mientras contemplaba su miembro, sintiendo la textura, las venas y las pulsaciones, Luca me pasó las manos por el pelo y me lo sujetó en una coleta.

Empujó un poco mi cabeza hacia delante y mis labios tocaron su glande.

—¡Chupa!

Al principio abrí los ojos y sentí una punzada de temor, pero luego empecé a salivar mientras lo pensaba. Me incliné un poco hacia delante y lo rodeé con las manos antes de llevármelo a la boca. Sentía curiosidad al tocarlo así, al saborearlo y descubrir lo que mi boca podía hacer con él.

Cuando Luca soltó un gemido bajo, me di cuenta de que iba por buen camino y empecé a mover la boca un poco más fuerte.

Me soltó el pelo y me masajeó el cuero cabelludo, animándome a continuar.

No paré hasta que me apartó y me obligó a mirarlo de nuevo.

—¿He hecho algo mal?

—No. —Luca me tomó de los brazos y me hizo levantarme.

Mi prometido me indicó que me tumbara sobre la mesa metálica, provocándome escalofríos justo antes de colocarse detrás de mí. Mis manos aplastaron la superficie al mismo tiempo que él hacía lo mismo con mis nalgas antes de agarrarme de nuevo el pelo en una coleta y tirar de mí hacia atrás.

Su miembro se deslizó en mi interior y tuve que morderme el labio inferior para no soltar un profundo grito de éxtasis. Esta vez no sentí dolor ni incomodidad durante la penetración, solo un intenso placer.

Luca me llevó la cabeza hacia atrás, aún sujetándome el pelo, mientras se movía cada vez más fuerte dentro de mí. Con cada impacto de su cuerpo contra el mío, me sentía vibrar.

Me quedé embelesada cuando llegué al clímax por segunda vez y poco después sentí el suyo. Mi mayor reto fue no gritar ni gemir cuando todos mis impulsos me llevaban a hacerlo.

Luca puso las manos sobre la mesa y nos inclinamos sobre ella mientras nos recuperábamos.

Jugueteó con algo en su maleta y puso una de sus manos entre mis piernas mientras salía de mí. Pronto me di cuenta de que me estaba limpiando con un pañuelo.

—Gracias —susurré en un tono casi inaudible.

—Allí hay un baño. —Indicó una puerta mientras se alejaba de mí. Puedes asearte ahí.

Asentí con la cabeza mientras me quitaba las pinzas de los pezones, recogía el vestido del suelo y caminaba hacia la puerta, todavía un poco inestable sobre mis pies.

Había sido una locura muy intensa y no podía dejar de pensar en cuándo volveríamos a hacerlo.



Luca

Capítulo dieciocho

Junté mis cosas, las volví a meter en la maleta y esperé a que Perla saliera del baño para volver al *vernissage*.

Había una mirada traviesa en sus ojos que me gustó bastante. Ya no era la niña con la que me había comprometido, sino la mujer que me gustaría tener a mi lado y someter a mis deseos para que ambos encontráramos el placer.

Salimos del pequeño cobertizo y entregué la maleta a uno de los soldados que nos acompañó en el camino de vuelta.

—¿Cuál de los cuadros te ha gustado más? —le pregunté, poniéndole la mano en la cintura mientras caminábamos de vuelta entre los invitados al evento.

—Aquél. —Señaló una que representaba el coliseo al atardecer.

Era un cuadro precioso que representaba muy bien a Roma.

—Es bonito. Nos lo llevaremos.

—¿Vas a comprarlo? —Se volvió hacia mí con cara de sorpresa.

—Lo haré. Me lo llevaré a Palermo, podrás admirarlo cuando te mudes conmigo.

—¿Es un estímulo para que me apresure a mudarme contigo?

—Por supuesto. —Le guiñé un ojo y Perla se rió.

Hablé con uno de los organizadores sobre mi interés en comprar la obra y tomaron mis datos para tramitar el pago y enviarme el cuadro. Aunque la obra era una analogía directa con Roma, también me recordaba a Perla.

El evento ya había terminado cuando la llevé de vuelta al auto. Aunque no era exactamente lo que quería hacer en ese momento, tenía que devolvérsela a su padre.

Marco Bellucci podría haberse tragado mi historia, pero desde luego no habría aprobado que desapareciera con la chica.

—Gracias. —Puso su mano sobre la mía y atrajo mi mirada hacia la suya mientras poníamos el auto en marcha.

—¿Por qué? —enarqué una ceja.

—Por una noche increíble. No sé cómo te las arreglaste para hacer todo eso.

—Cuando se tiene poder e influencia, solo hay que contactar a las personas adecuadas.

—Imagino que ya están acostumbrados a eso.

—Soy el *capo* más joven en años. Así que aprendí hace mucho tiempo.

—Siento lo que le pasó a tu padre. —Bajó los ojos y movió la cabeza en otra dirección, demostrando que sus palabras eran ciertas.

—Son aguas pasadas.

—Sí. —Volvió a mirarme y me dedicó una breve sonrisa.

A diferencia de Mario, yo no lloré la muerte de mi padre. Había aprendido desde pequeño que cada acción que realizábamos tenía consecuencias. Mi padre había tomado una decisión y eso lo había llevado a la tumba, así que cada vez que podía, intentaba actuar de otra manera.

Incluso antes de morir, él sabía que los Bellucci vendrían a matarlo. En la mafia, la sangre siempre se pagaba con sangre. Mis padres me habían preparado bien para que nunca lo olvidara.

—¡Luca! —Oí el grito de Perla, que me alarmó cuando algo se estrelló con fuerza contra la ventanilla del auto, golpeando la ventana donde yo estaba.

El vehículo traqueteó y me incliné hacia un lado.

Si el auto en el que viajábamos no hubiera sido a prueba de balas, el cristal se habría hecho añicos y todo se habría convertido en humo.

—Abre la guantera —ordené al guardia de seguridad que nos acompañaba.

El tomó un chaleco antibalas que estaba tirado y me lo dio.

—Agáchate. —Incliné mi cuerpo sobre el de Perla y la cubrí con mi chaqueta.

—¿Por qué? —No podía entender lo que estaba pasando.

—Solo quédate agachada.

Tomé mi pistola cuando otro objeto chocó contra el cristal, provocando grietas que indicaban que pronto se resquebrajaría.

Estábamos en una avenida muy transitada y varios autos circulaban a nuestro lado.

No me di cuenta de que quien intentaba matarme me seguiría hasta Roma, pero bajar la guardia siempre fue una mala elección.

El conductor intentaba acelerar, sorteando en zigzag a otros autos de la carretera, pero aún parecía lejos de perder al que nos pisaba los talones.

—¡Más rápido!

—¿Qué pasa? —Perla se levantó la chaqueta para mirarme.

—No te levantes.

Me preocupé más, porque esta vez no estaba solo y no quería que ella sufriera ningún rasguño.

El tercer impacto contra el cristal hizo que este se hiciera añicos. Los fragmentos volaron en todas direcciones y cayeron sobre mí y sobre la chaqueta que cubría a mi prometida.

Una bala pasó a milímetros de mí e impactó en el otro cristal, cayendo sobre Perla.

Desbloqueé la pistola y apunté hacia afuera, oyendo el sonido que hacía al rebotar contra el lateral metálico de uno de los vehículos.

Disparé unos cuantos tiros más e hice retroceder a quien intentaba dispararme.

Sentí el impacto del lateral del otro auto en el que íbamos y me di cuenta de que circulaba codo con codo con el nuestro.

Me agaché, con la carrocería blindada como protección. Oí el sonido de otros disparos y supe que los hombres de los otros autos también intentaban hacer frente a nuestros perseguidores.

Una mano se introdujo en el auto y jalé al tipo, dejando su cuerpo entre los dos vehículos.

El tiró de la chaqueta que cubría a Perla, pero antes de que pudiera hacer nada, le disparé a quemarropa en la cabeza y lo empujé hacia atrás.

Podía sentir la sangre que se había extendido por mi ropa y mi cara, pero mi preocupación era mantener a Perla protegida.

—Luca... —lloriqueó mi nombre.

—Quédate quieta, no dejaré que te hagan daño.

—¿Qué es lo que quieren?

—Matarme.

El auto volvió a traquetear y mi conductor luchó por mantenerlo en la pista.

Era difícil disparar, porque cualquier movimiento que hiciera me ponía en el camino de nuevas balas.

Miré por el parabrisas trasero y vi a los hombres de Marco disparando al vehículo que nos perseguía. Mis hombres, en un tercer auto, dispararon a los neumáticos y nos apartamos mientras veía cómo nuestros perseguidores volcaban y se estrellaban contra la barrera de protección.

—¿Volvemos? —me preguntó el conductor.

—Ve a la mansión de los Bellucci.

—Sí, jefe. —Aceleró aún más.

Aunque quería atrapar a uno de esos matones y sacarles la verdad yo mismo, con Perla conmigo no me arriesgaría. Iría tras mis respuestas cuando la pusiera a salvo.

Si me perseguían por mi alianza con los Bellucci era muy probable que también quisieran matarla a ella.



Perla

Capítulo diecinueve

Todavía sentía el corazón a punto de salírseme por la boca cuando aparcaron en mi entrada. Aparté la chaqueta que estaba sobre mi cabeza. Había evitado que viera y fuera víctima de los ruidos, pero solo aumentó mi angustia.

—¡Luca! —Cuando lo miré, se me heló aún más el corazón.

Su cara y su ropa estaban cubiertas de sangre.

—Tú... —Mis dedos temblaron cuando intenté tocar su mejilla.

—No es mía.

Su respuesta me alivió y me impulsó a lanzarme a sus brazos, envolviéndolo en un fuerte abrazo que mi prometido tardó en corresponder.

—¿Te encuentras bien? —Me acarició el pelo.

—Solo estoy asustada. —Rodeé su cuello con más fuerza.

—Todo estará bien.

Luca abrió la puerta del auto y me sacó con él afuera. Parte de la sangre que llevaba encima se transfirió a mí, pero no me importó. Solo quería asegurarme de que mi prometido no estaba herido.

Sabía que mi familia tenía más enemigos de los que podía contar con los dedos de las manos, pero ésta era la primera vez que comprobaba de lo que eran capaces.

Entramos en el salón y no me sorprendió ver a mi padre corriendo hacia mí.

—¡Perla!

—Estoy bien. —Aún estaba temblando por la conmoción, pero hice lo posible por transmitir un poco de confianza en mi voz.

—Perla. —Luca me tocó y volví a mirarlo—. Sube a tu habitación y date una ducha.

—¿Y tú?

—Yo lo solucionaré. —La firmeza de su voz debería haberme hecho sentir confiada, pero solo me aterrorizó un poco más.

—No quiero que te hagan daño.

—Confía en mí.

Asentí y lo solté, dejando que mi padre me guiara escaleras arriba. Por la forma en que él miraba a mi prometido, estaba claro que no le gustaban mucho las consecuencias de nuestro paseo.



Luca

Capítulo veinte

—Deberías protegerla. —Marco apretó los dientes, fulminándome con la mirada mientras su hija subía corriendo las escaleras.

—Y la protegí. —Lo fulminé con la mirada—. A pesar del susto, Perla está ilesa.

—Si hubiera sabido que iban a intentar atacarte, no te habría dejado ir.

—¿Crees que quería que le hicieran daño? —Mi pregunta lo hizo pensar.

—Resuelve este asunto, Mancini —dijo entre dientes.

—A mí tampoco me interesa que me disparen asesinos.

Antes de que pudiéramos continuar nuestra conversación en un tono alterado, sonó mi móvil y lo saqué para contestar.

—¿Qué ocurre?

—Los tenemos, jefe.

—¡Genial! ¿Dónde están?

—Los llevamos a una casa abandonada junto con los hombres de los Bellucci.

—Allí estaré. Envía la dirección. —Ni siquiera lo dejé hablar antes de colgar. Una oportunidad de obtener las respuestas que necesitaba era todo lo que quería.

—¿Vienes? —Volví a mirar a Bellucci.

—Llamaré a Theo.

Se me revolvió el estómago cuando oí el nombre del hombre que había matado a mi padre, pero había que dejar de lado cualquier mal sentimiento, por el bien de mi propia supervivencia. El marido de mi tía era el asesino más letal de la familia y el mejor rastreador. Su ayuda me sería útil.

Tardamos unos minutos en salir de la mansión y dirigirnos a la dirección que me habían

enviado mis hombres.

Yo iba en otro auto, porque no era seguro ir en uno con los cristales rotos, y los hombres de Bellucci nos seguían en otro. Cuando llegamos allí, acompañados por más hombres, entramos en una precaria habitación que había sufrido los estragos del tiempo y el abandono, como demostraba el crujido de la madera al pasar.

Marco y Theo Bellucci avanzaron hacia mí y también adoptaron una posición defensiva.

Después de todas las trampas que ya me habían tendido, mi instinto de alerta estaba al máximo y sentía que no podía bajar la guardia de ninguna manera.

—Jefe —dijo uno de mis hombres en cuanto los vi.

Los soldados estaban de pie, mis hombres y los de Bellucci, mientras que dos hombres capturados estaban atados a sillas. Uno de ellos tenía un rastro de sangre que le corría por la sien y no sabía si había sido causado por el golpe o por otra cosa.

—¿Solo eran estos dos? —pregunté.

—Eran cinco. —respondió uno de mis soldados mientras se adelantaba—. Los otros tres están muertos.

—¿Quién te envió? —mi pregunta salió en un gruñido feroz. Estaba cansado de todo eso.

—Puta de Roma. —El tipo calvo con la sangre chorreándole por las mejillas se burló de mí.

—Yo que tú no bromearía con eso —murmuró Theo detrás de mí.

—Deberían estar todos muertos.

—Pero tú estás muy cerca de ello.

—Habrá otros y luego otros hasta que caigan todos.

—¿Por orden de quién? —Lo agarré por el cuello.

Se limitó a sonreír como si no me tuviera ningún miedo y le di un puñetazo en la cara, tan fuerte que me dolieron las falanges.

—Tu padre debe de estar muy avergonzado de ti —dijo el otro tipo—. No mereces usar el apellido Mancini.

Tocó un tema que no debía y me dejó resoplando.

Avergonzar a mi padre no era algo que quisiera y creía que estaba actuando exactamente como él esperaba que lo hiciera.

—Piénsatelo dos veces antes de mencionar el nombre de mi padre. —Avancé hacia él y mi postura le hizo dar un paso atrás—. ¿Quién está dando las órdenes?

—Alguien que sabe que no eres digno.

—Se acabaron las preguntas. —Theo me puso la mano en el hombro y me hizo volverme hacia él.

—Déjeme hacerlo a mí. —Intercambié miradas con mis hombres y uno de ellos me entregó un pequeño alicate.

Agarré al más delgado de pelo rizado por el cuello y le obligué a abrir la boca. Metí las tenazas y le arranqué sin miramientos una de las muelas del juicio, haciendo que su grito de dolor resonara en la vieja y polvorienta habitación en la que nos encontrábamos.

—¿Quién da las órdenes?

Siguió mirándome mientras su boca se llenaba de más sangre y empezaba a ahogarse con su propio fluido vital.

—Podemos seguir así toda la noche.

A pesar del dolor, el cabrón aguantaba bien y le había arrancado unos cinco dientes antes de que perdiera el conocimiento y me volviera hacia el calvo.

—Me vas a matar de todas formas —me dijo.

—Pero tú decides si quieres ir rápido o despacio. —Yo resoplaba y resoplaba, cada vez más enfadado.

No eran solo los delitos y los constantes intentos de asesinato, sino que esta vez se habían acercado lo suficiente a mi futura esposa como para que quisiera destruirlos a todos.

Después de arrancarles todos los dientes, cedí, con la esperanza de que se despertaran y Theo continuara la tortura, pero los dos hombres resistieron valientemente el dolor hasta que la hemorragia acabó con ellos.

No tener una respuesta solo me frustraba aún más.



Perla

Capítulo veintiuno

Después de lo que nos había pasado, estaba muy preocupada por Luca. Sabía que buscaría al responsable, pero al mismo tiempo temía que lo lastimaran. Llegué a verlo antes de que regresara a Palermo y pude sentir su tensión y la del resto de los hombres de mi familia.

Froté el pincel contra el lienzo y acabé dejándolo caer sobre el caballete. Retrocedí unos pasos y solté un profundo suspiro. Aquel día me dolía tanto la cabeza que me hacía sentir mal, e imaginé que era por la preocupación.

—Perla, ¿qué pasa? —Mi profesora giró hacia mí, tratando de analizarme.

—Hoy no estoy bien.

—¿Quieres parar?

—Por favor. Nos vemos mañana. —No le di mucha oportunidad antes de quitarme el delantal y salir del estudio hacia mi habitación.

Entré en la habitación, cerré la puerta y me encerré.

Tomé el móvil antes de tirarme en la cama.

Perla:

¿Cómo estás?

Luca:

Ocupado con asuntos de negocios.

Perla:

No puedo dejar de pensar en lo que pasó.

Luca:

Ya han pasado unos días.

Perla:

¿Significa eso que ya no irán por ti?

Luca:

Lo más probable es que no se hayan rendido.

Perla:

Entonces, ¿Cómo quieres que no me preocupe?

Luca:

Lo solucionaré, solo tienes que confiar en mí.

Perla:

Quiero verte.

Luca:

No es tan simple, especialmente después de lo que pasó. Tu padre está preocupado y yo también.

Perla:

Por favor...

Luca:

Haré algo al respecto.

Perla:

Mantente a salvo.

Luca:

Lo haré.

Abracé mi teléfono móvil, sintiendo un sabor amargo en la boca. Sabía que en la mafia,

sobre todo los hombres, lidiaban con la muerte todos los días. La sangre que me había manchado aquella noche también la había visto en mi padre, mi hermano, mis tíos y mis primos, pero experimentarla me mostró el verdadero peligro.



Luca

Capítulo veintidos

Me incliné sobre el lavabo del baño, lavándome la sangre que se había acumulado en mis manos y brazos. Desde lo ocurrido en Roma, había emprendido una búsqueda incesante. Necesitaba atrapar al cabrón que se creía con derecho a decidir por mí y descubrir si era aliado de los Bellucci o no, pero lo único que estaba consiguiendo era frustrarme y crear un reguero de cadáveres.

Matar peón tras peón no me hizo sentir más cerca de las otras piezas poderosas de la partida.

—Luca.

Me di la vuelta al oír mi nombre y vi que mi hermano se acercaba y me miraba.

Saqué la toalla y me sequé los dedos antes de volver a enfrentarme a él.

—¿Qué pasa, Mario?

—¿No estás harto de esta caza de brujas? —Se metió las manos en los bolsillos con un aire ligeramente burlón que me hizo apretar los dientes.

—Solo pararé cuando ellos paren.

—Quizá sea más fácil darles lo que quieren.

—¿A qué te refieres? —Fruncí el ceño, incapaz de entender lo que quería decir.

—¿De verdad vas a casarte con esa puta?

Agarré a mi hermano por el cuello y le golpeé la cabeza contra la pared azulejada del cuarto de baño. Más le valía pensárselo dos veces antes de ofenderla.

—Ten cuidado con lo que dices.

—Te has cegado, hermano. —Me empujó los hombros para que lo soltara.

—No. —Di unos pasos atrás.

—Deberíamos estar en contra de los Bellucci y no aliarnos con ellos.

—Es por discursos como el tuyo que actúan contra nosotros.

—Nuestro padre... —Ni siquiera lo dejé terminar.

—Nuestro padre no quería una guerra. Solo mató a Lorenzo Bellucci para proteger a nuestra tía. Acabó pagando un alto precio por ello.

—Todo es culpa de Bellucci.

—Buscar un culpable no resuelve nuestros problemas. —Le empujé por el hombro—. Si no me apoyas, ¿cómo quieres que me apoye el *capi*?

—Estoy intentando abrirte los ojos. —Resopló.

—Nuestra madre es mi consejera, estuvo allí mucho antes que nosotros y gracias a ella nuestra familia no ha perdido el poder en Palermo.

—Ella es solo una mujer —murmuró.

—Piensa muy bien todo lo que ha hecho antes de decir que SOLO es una mujer. Tú eras solo un niño cuando todo ocurrió, pero yo lo recuerdo muy bien. Ten mucho cuidado de que el deseo de venganza no te impida ver lo que es mejor para todos.

—De acuerdo. —Mario dio un paso atrás.

Pasé junto a él y salí de la habitación. Tenía asuntos más importantes que discutir con mi hermano menor sobre las decisiones que estaba tomando.

Mi matrimonio con Perla, así como la alianza con la familia Bellucci, se mantendrían.



Perla

Capítulo veintitrés

Habían pasado muchas cosas en los últimos meses, desde la boda de mi hermana con uno de los mayores enemigos de mi familia hasta la boda de mi prima con un capo americano, pasando por mi relación con Luca. Esperaba para verlo cada vez que podía y tener sexo secretamente se había convertido en una costumbre.

A escondidas, seguí a mi prometido y a mi familia a la caza de cualquiera que pudiera estar actuando contra nuestro matrimonio y la alianza que representaba.

Después de aquellos tiempos turbulentos, el único momento de paz que tuve fue cuando vino mi hermana los meses siguientes a la boda, era la primera vez que volvía a pisar Roma. Al mismo tiempo que reconocía a la Pietra que había compartido el vientre conmigo, era como si fuera una mujer diferente, más fuerte, sin miedos.

Aunque a ninguna de las dos nos gustara admitirlo, el matrimonio con el ruso había sido bueno para ella, pero eso no era todo. La llegada de mi hermana también trajo el anuncio de su embarazo.

La sangre de Bellucci corría por las venas del futuro *pakhan* de Rusia.

Es una pena que no se quedara mucho tiempo, pero aproveché al máximo su estancia y pude confiarle un poco lo que me pasaba.

Salí de mi ensoñación cuando empezó a sonar el despertador.

Llevaba un tiempo sufriendo dolores de cabeza, pero esa mañana parecían peores y cuando me levanté de la cama todo me dio vueltas. Volví a sentarme. Si seguía así, tendría que hablar con mis padres y ver a un médico.

Cuando se me pasó el mareo, me invadieron unas fuertes náuseas y corrí al baño, vomitando lo que quedaba de la cena de la noche anterior.

Volví a mi habitación abatida y me encerré en ella.

Saqué el móvil y consulté la fecha, masajeándome las sienes con la esperanza de que se

me pasara el dolor de cabeza.

Vi qué día era y pensé un poco más en mi retraso. Sabía que debería haber tenido la regla hacía tres, tal vez cinco días, pero mi flujo nunca ha sido muy regular y el estrés causado por el miedo a que le hubiera pasado algo a Luca debía de estar afectando.

Pero ese vómito más mi dolor de cabeza probablemente significaban algo más.

—Oh, ¡estoy en problemas! —pensé en voz alta.

Le envié un mensaje a mi hermana.

Perla:

¿Estás ahí?

Pietra:

Estoy intentando concentrarme en el tema de un examen.

Perla:

¿Puedo molestarte un poco?

Pietra:

¡Claro, dime! Sé que estás preocupada por Luca y lo entiendo. Me aterrorizo cada vez que Mikhail se va y cuento los minutos que faltan para que vuelva.

Perla:

Eso no es exactamente de lo que quiero hablar.

Pietra:

Entonces, ¿qué pasa?

Perla:

¿Cómo supiste que estabas embarazada?

Pietra:

¿Embarazada?

Perla:

Sí...

Pietra:

¿No estás tomando pastillas anticonceptivas ni usaron condón?

Perla:

No.

Pietra:

Deberías haberme avisado, pero como siempre has sido la más responsable, no me preocupé.

Perla:

Sabía que estaba haciendo algo mal desde el principio, pero solo podía pensar en lanzarme de cabeza.

Pietra:

Entiendo.

¿Tienes un atraso?

Perla:

Al menos de tres días. Tengo dolor de cabeza desde hace un par de semanas y tuve náuseas esta mañana.

Pietra:

Creo que no necesitas mi opinión.

Perla:

Quiero estar segura antes de asustarme.

Pietra:

Tienes que hacerte una prueba.

Perla:

Persiguen a Luca, así que no creo que papá me deje ir a una farmacia con media docena de soldados. Ni siquiera puedo esconderlo de ellos.

Pietra:

Necesitarás ayuda.

Perla:

¿Qué tipo de ayuda?

Si le digo a mamá que estoy embarazada, no podrá ocultárselo a nuestro padre. Me matará antes de que nazca el bebé.

Pietra:

Mamá no. Estoy pensando en la abuela.

Perla:

¿Y decirle que creo que estoy embarazada?

¡Pietra!

Pietra:

Ella fue quien me daba anticonceptivos. Así que no se me ocurre nadie más que pueda ayudarte.

Me quedé mirando el mensaje y pensé en el lío en el que me había metido. Había disfrutado de cada polvo con Luca, pero simplemente no me preocupé por las consecuencias.

Ese embarazo habría sido perfecto si estuviéramos casados, pero no lo estábamos.

Pietra:

¿Sigues ahí?

Perla:

Sí.

Pietra:

¿Qué harás si realmente estás embarazada?

Perla:

No lo sé.

Pietra:

No entres en pánico. Se van a casar.

Perla:

Pero para entonces el bebé ya habrá nacido.

Pietra:

Encontrarán una solución.

Perla:

Eso espero.

Hablaré con la abuela.

Pietra:

Manténme informada.

Perla:

De acuerdo.

Bloqueé el móvil y lo dejé sobre la cama antes de respirar hondo y armarme de valor para salir de la habitación.

Estaba muerta de miedo y muy tensa, pero al mismo tiempo había una extraña felicidad que me impedía volverme completamente loca.

Si realmente había un bebé de Luca creciendo dentro de mí, sentía que lo quería, aunque me había saltado muchas etapas.

Mi padre se enfadaría, gritaría, enloquecería, pero todo iría bien, ¿no?

Sentí una punzada en el pecho cuando llamé a la puerta de la biblioteca antes de abrirla y encontrar a mi abuela leyendo uno de los muchos libros que componían el lugar.

—Hola —saludé torpemente.

—Perla, mi nieta. —Cerró el libro y giró hacia mí, con los ojos entrecerrados y una mirada observadora.

—¿Puedo pasar?

—Por supuesto. —dio unos golpecitos en el espacio vacío que había a su lado en el sofá y esperó a que me acomodara.

Miré hacia atrás y cerré la puerta antes de entrar en la habitación y situarme junto a mi abuela. Estaba tensa y se notaba en cada movimiento que hacía.

—¿Ha pasado algo, Perla? —Se dio cuenta enseguida.

Asentí con la cabeza y dejé caer mi cuerpo sobre el sofá, bajando la mirada y fingiendo distraerme con el dobladillo de mis pantalones cortos.

—¿Qué has estado haciendo?

Estaba segura de que cada una de mis actitudes me delataba, pero cuando oí su interrogatorio, tragué saliva y me puse aún más pálida.

—Yo... es...

—Perla. —La abuela me miró y yo jugueteé con mi pelo, metiéndome un mechón detrás

de la oreja y dedicándole una sonrisa forzada.

—Estoy en problemas.

—Ah, estos jóvenes. —Se rió torpemente—. No fueron solo a apreciar el arte, ¿verdad?

Abrí los ojos al oír su pregunta. Mi abuela estaba mucho más en lo cierto de lo que hubiera imaginado. De repente lo que decía Pietra me pareció la más pura verdad, nuestra abuela siempre estaba pendiente de todos nosotros.

Me limité a negar con la cabeza.

—Ah, Perla, deberías haber venido a verme antes de quedarte embarazada.

Abrí la boca varias veces completamente conmocionada, pero no pude emitir ningún sonido durante varios minutos.

—¿Cómo lo sabes?

—Tenía mis sospechas, pero tu reacción las confirmó. Las hormonas, el deseo, nunca fueron muy fáciles de controlar, ni siquiera en mi época, cuando las normas eran muy estrictas.

—Tengo miedo... —Me froté las rodillas con angustia.

—Solo asegúrate de que sea de Luca.

—¡Claro que sí! —casi grité por lo que había dicho. ¿De quién iba a ser si no?

—La última vez eligieron a alguien que no era el prometido.

—Sí... —Tragué saliva al recordar la historia de mi hermana—. Si estoy embarazada, es de Luca.

—¿Lo estás? —soltó una risita.

—No estoy segura.

—¿Dolores de cabeza, náuseas y retrasos?

Asentí con la cabeza.

—Voy a comprar una prueba para poder confirmarlo, pero es poco probable que no lo sea.

Volví a tragar saliva.

La situación era una locura, pero al mismo tiempo la reacción de la señora Rosi fue mucho más serena de lo que yo hubiera esperado. Podría haberse peleado conmigo, o simplemente haberse puesto como una fiera, pero actuó con una tranquilidad sorprendente. Era casi como si mi abuela no conociera a sus hijos, o los conociera tan bien que supiera controlarlos para no parecer la mala de la historia.

—Sí... —Murmuré otros sonidos inconexos.

Las manos me sudaban aún más y no dejaba de frotármelas contra las piernas. El bebé me habría parecido una gran noticia si Luca y yo ya estuviéramos casados, pero en estas circunstancias era mucho más complicado.

—Voy a una farmacia. —Mi abuela se levantó del sofá.

—¿Así? ¿Ahora? —Me moví de lado a lado.

—¿Quieres estar segura o no?

—Quiero.

—¿Pero salir así no despertará sospechas?

—Soy una anciana, cariño, siempre necesito medicamentos, y la visita a la farmacia es más frecuente de lo que crees. Es más, nunca me prestan la suficiente atención como para fijarse en lo que compro o dejo de comprar.

—De acuerdo.

—¿Quieres esperar aquí o ir a tu habitación?

—¿Puedo quedarme?

Ella asintió.

En cuanto mi abuela salió de la biblioteca, fue como si mi mente volviera a agitarse. Recordaba todas y cada una de las veces que había estado en brazos de Luca, los momentos, la sensación de ser su rehén y el placer inconmensurable que me producía.

Caminé por la biblioteca, inquieta. Deslizando los dedos por los lomos de los muchos libros que abarrotaban las estanterías.

Aquella habitación desprendía el estilo y el olor de la abuela y yo sabía que era su lugar favorito de la casa. Nunca llegué a conocer a mi abuelo. Había muerto más de una década antes de que yo naciera, pero sabía que él había construido aquel lugar para ella e imaginaba que allí había grandes recuerdos que ella quería atesorar para siempre.

No sé cuánto tardó en volver mi abuela, pero me pareció una eternidad. Sin móvil, estaba a punto de volver a mi habitación a buscarlo cuando ella entró cargada con unas bolsas.

—A veces me dan pereza estos soldados. Se tarda una eternidad solo para maniobrar un auto.

Me acerqué a mi abuela y me detuve frente a ella, balanceándome por la fuerza de la inercia de haberme detenido tan bruscamente.

—¿Conseguiste comprarlo? —Crucé los brazos detrás de mí, aún tensa.

—Sí. —Abrió una bolsa que contenía otros productos y sacó un sobre de papel que estaba cuadrado debido a algo que contenía—. Puedes ir al baño.

—Gracias, abuela.

—Ve pronto. —Asintió con la cabeza.

Me dirigí al pasillo y entré en el primer baño de invitados. Rápidamente cerré la puerta y abrí el sobre, sacando una rápida prueba de embarazo. Se me secó aún más la garganta y me di cuenta de la falta de fuerza de mis manos cuando empezaron a temblar mientras sostenía la cajita.

—Respira hondo... —murmuré para mis adentros.

No sabía exactamente qué podía pasar con un resultado positivo. Mi padre se pondría furioso, eso era un hecho, pero las consecuencias podrían ir mucho más lejos.

Lo que no podía hacer era enfrentarme a la posibilidad que me estaba torturando. Seguí todas las instrucciones y, antes de que pasaran los tres minutos indicados, ya había aparecido el signo positivo en el dial.

No había nada más que discutir, estaba embarazada.

Luca y yo íbamos a tener un bebé, el problema era que sería antes de la boda.

Maldición...

Tomé todos los restos de la prueba y los tiré por el retrete, tirando de la cadena para que nadie lo supiera.

Tenía que decírselo a mi familia, pero primero tenía que pensar cómo hacerlo, y desde luego no podía ser un primo, y mucho menos un empleado que hubiera sacado la basura.

Abrí la puerta del baño, mirando a un lado y a otro antes de armarme de valor y volver a entrar en la biblioteca, con la esperanza de que nadie me viera.

En cuanto entré, cerrando la puerta tras de mí, la mirada de mi abuela se dirigió directamente hacia mí y me consumió el pánico. Me temblaron las piernas y casi caigo de rodillas.

—Mi padre querrá matarme.

—¡Shi! —La abuela me puso la mano en el hombro y me tapó la boca con el dedo para hacerme callar—. No se lo dirás a tu padre ni a nadie.

—Pero, ¿y el bebé?

—Pertenece a tu prometido y será criado por él como debe ser.

—¿Crees que no notarán mi barriga?

—Tenemos un rato antes de que empiece a aparecer. Ahora vas a escucharme y a hacer exactamente lo que te pida.

Miré fijamente a mi abuela y moví la cabeza afirmativamente.

Puede que no supiera cómo resolver el lío en el que me había metido, pero me di cuenta de que si confiaba en ella podría encontrar una solución.



Luca

Capítulo veinticuatro

—Estoy harto de no tener respuestas y de que me sigan atacando. Necesito algo más que pistas que no llevan a ninguna parte. —Furioso, fulminé con la mirada a mi madre y a mi hermano, que estaban en mi despacho.

—Ya sabemos que es muy posible que se trate de uno de los *capos* de la isla, frustrado por nuestra alianza con Roma.

—No podemos promover una caza de brujas sin nombres ni pruebas. —Mi madre era muy prudente en su enunciado —. Si ya tenemos a uno o varios en contra, cualquier paso en falso puede perjudicarnos a todos.

Tenía razón, por mucho que me enfadara. Estaba cansado de no llegar a ninguna parte. Además de tener que preocuparme por todo, incluso por mi propia sombra. Yo era uno de los hombres más poderosos de Italia, tenía que acabar con esos intentos de asesinato que llevaban meses produciéndose.

Mi teléfono móvil vibró sobre la mesa y lo ignoré porque estaba concentrado en otra cosa, pero quienquiera que fuese insistía en enviar mensajes.

—Permanezcan atentos y ayúdenme a encontrar una respuesta lo antes posible. —Volví a dirigirme a ellos.

—Es nuestra prioridad, hijo —dijo mi madre.

Mario se limitó a asentir con la cabeza y los dos salieron de la habitación cuando se dieron cuenta de que yo quería estar solo.

Bajé la cabeza, apartándome los mechones de pelo y dejé escapar un largo y profundo suspiro. No había nada más frustrante que la incapacidad de encontrar las respuestas que necesitaba.

Recibí otro mensaje, saqué el móvil y me di cuenta de que era de mi prometida. Aparte de mi propia seguridad, otra razón por la que estaba tan empeñado en encontrar al culpable de los ataques contra mí era garantizar la seguridad de Perla. Después de la vez que casi le pegan un

tiro, no podía dejar de pensar en que podrían actuar contra ella y eso me inquietaba.

Realmente no era el momento para una inquisición en Sicilia, pero si le hacían daño, estaba dispuesto a enfrentarme a todos los líderes locales para atrapar al culpable.

Perla:

¡Luca!

¡Hola, Luca!

¿Estás ahí?

Sé que debes estar ocupado, pero tenemos que hablar.

Ponte en contacto conmigo lo antes posible.

Luca:

¿Qué ocurre?

Perla:

Necesito hablar contigo.

Luca:

Dime.

Perla:

¿Puedes llamarme?

No contesté al mensaje, llamé enseguida mientras me preguntaba qué podía estar pasando para ponerla así. Habían pasado varias semanas desde la última vez que nos vimos y sinceramente no me gustaba pasar tanto tiempo sin su contacto, pero ir a Roma no era tan sencillo como me gustaría, sobre todo con alguien persiguiéndome a toda costa.

—Perla, ¿qué pasa?

Tragó saliva al otro lado de la línea y pareció contener las lágrimas.

—¿Te ha hecho daño alguien? —La posibilidad me hizo apretar los dientes y partir por la mitad el bolígrafo que sostenía. Si alguien se atrevía a tocarle un pelo, tendría que enfrentarse a mi furia de la forma más despiadada.

Perla era mía y, aparte de mí, nadie más tenía derecho a tocarla.

—Yo... —Volvió a contener la respiración, lo que me puso aún más tenso.

—Mataré a cualquier...

—Estoy bien. —Me interrumpió antes de que pudiera terminar de gritar amenazas.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

Definitivamente ella no parecía tan bien y yo iba a sacarle la verdad para poder recuperar mi propia paz.

—Habla —insistí.

—Yo... —Volvió a contener la respiración.

—¡Perla! —levanté la voz, me estaba impacientando.

—Luca... Luca, estoy embarazada.

Cuando dijo esas palabras, me quedé sin habla. Era obvio que yo conocía la probabilidad de dejarla embarazada, ya que no me había molestado en utilizar preservativos con Perla desde la primera vez. A diferencia de las otras mujeres con las que tenía sexo y satisfacía mis deseos, Perla era solo mía y no existían los mismos riesgos. Aun así, no pensé en el embarazo.

—¿Está segura? —mi voz era firme y distante, lo que le hizo tragar saliva al otro lado de la línea.

—Sí... Me hice una prueba de farmacia y dio positivo.

Había varias prioridades en la vida de un hombre, entre ellas: el dinero y el poder, que a mí me sobraban, pero ¿la familia? Sin duda, siempre ha sido una de las cosas más importantes para nosotros, los italianos.

Sabía que iba a tener hijos con Perla, pero como faltaba mucho para la boda, no pensaba mucho en ello.

—Luca, ¿sigues ahí? —preguntó Perla tras muchos minutos de silencio.

—¿Lo sabe tu padre?

—No. Solo mi abuela, pero es de confianza, no se lo dirá a nadie. Luca...

Aunque la noticia me conmocionó, también me alegró mientras la asimilaba poco a poco.

—¿Qué dijo ella?

—Que hay opciones, mi padre no necesita enterarse...

—Ni se te ocurra la posibilidad de abortar a mi hijo. —Fui grosero hasta el punto de parecer agresivo.

Estaba de acuerdo en que no era el mejor momento para ese embarazo, pero si se había producido y mi heredero ya estaba en camino, me alegraba saberlo.

—No... —tartamudeó al otro lado de la línea—. No es eso.

—Muy bien.

—Tenemos que casarnos.

—Y lo haremos.

Ese no era un punto de discusión, aunque las constantes amenazas contra mi vida se debían precisamente a eso.

—Tiene que ser antes de que mi barriga empiece a crecer.

—¿De qué estás hablando, Perla?

—Si nos casamos ahora, nadie sabrá que me quedé embarazada antes. Mi padre no se enojará y evitamos cualquier problema...

—Te escucho —murmuré para que pudiera continuar.

Estaba acostumbrado a la tradición de esperar a que una mujer tuviera veintiún años para

casarse, pero la idea de tener a Perla conmigo antes me atraía. Si fuera posible, lo haría.

—Mi hermana está casada. Ese es el argumento que puedes utilizar para convencer a mi padre.

—¿Es eso lo que quieres?

—Sí...

—Perfecto.

—¿Vas a hablar con mi padre? —Su voz seguía tensa y temerosa al otro lado de la línea.

—Lo haré.

—¡Qué bien! —Dejó escapar un largo suspiro de alivio.

—Te mantendré informada.

—De acuerdo.

—¿Cómo te encuentras? —Mostré un poco de preocupación tras dejar que desapareciera mi tono hostil.

—Solo un poco mareada.

—Relájate y cuida de ese bebé.

—Voy a cuidar de nuestro bebé.

—Hablaremos más tarde. —Colgué la llamada, todavía un poco conmocionado por la noticia que había recibido.

De todos los momentos de la vida de un hombre, quizá ése fuera el más memorable. Me preocupaba por mi familia, sobre todo por haber perdido a mi padre a una edad temprana. Mi vínculo, especialmente con mi madre, siempre había sido muy fuerte. Sin embargo, ante esa noticia, fue como si otra versión de mí estuviera a punto de nacer.



Perla

Capítulo veinticinco

Al mismo tiempo que estaba desesperada, temerosa de que mi padre se enterara del embarazo, sentía que este había llegado para poder estar aún más cerca de Luca. Después de escucharlo, supe que deseaba al bebé tanto como yo. Si realmente conseguía adelantar la boda como esperaba mi abuela, pronto estaríamos juntos para cuidarlo.

Aquella mañana di vueltas en la cama después de no poder dormir por la noche, también a causa de las náuseas. Luché contra los mareos para no correr al baño y arriesgarme a llamar la atención.

Extendí la mano y saqué el móvil de la mesa de luz.

Pietra:

¿Cómo estás?

Perla:

Con más náuseas que ayer.

Pietra:

El médico dijo que disminuyen al final del primer trimestre.

Perla:

Parece que durarán una eternidad.

Pietra:

El tiempo pasa rápidamente.

Perla:

Tienes razón.

Pietra:

¿Has pensado alguna vez que nuestros bebés tendrán una edad cercana? ¿Solo con uno o dos meses de diferencia?

Perla:

Eso suena bien.

Pietra:

Casi gemelos. Jajaja.

Perla:

Tampoco para tanto.

Pietra:

¿Ha hablado ya Luca con nuestro padre?

Perla:

Todavía no. Llegará esta tarde temprano.

Pietra:

¿Estás nerviosa?

Perla:

¿Cómo no estarlo?

Pietra:

Todo saldrá bien.

Perla:

Espero que así sea.

Pietra:

Si hay algo que pueda hacer por ti, dímelo.

Perla:

Por supuesto.

Me levanté de la cama todavía un poco adormilada cuando me di cuenta de que mi profesora de pintura llegaría pronto y yo seguía con cara de resaca, a pesar de no haber bebido.

La abuela ya sabía lo de mi embarazo, pero mientras Luca y yo no hubiéramos intercambiado los anillos, era mejor que nadie más lo supiera, sobre todo mis padres.



Luca

Capítulo veintiséis

No le dije a nadie, ni siquiera a mi madre y a mi hermano, que me iba a Roma ese día, y mucho menos les comenté los motivos. Si me preguntaban, solo sería otro de los muchos encuentros para ver a mi prometida y disfrutar del arte a su lado, como había sido durante los últimos meses, sin ningún otro propósito, al menos hasta que la boda se adelantara.

Pensé que tenía un buen argumento, solo me culpé por no haberlo pensado antes. Si Marco había entregado a su hija al ruso antes de que cumpliera veintiún años, tendría que hacer lo mismo conmigo.

Además, el hecho de adelantar la boda reforzaría ante todos mi deseo de mantener esa alianza, por mucho que intentaran atacarme.

No conté nuestro viaje a mi gente de seguridad de mayor confianza hasta que estuvimos en el hangar del aeropuerto. Después de haber perdido un cargamento importante, seguía sospechando que quien me perseguía tenía los ojos muy cerca de mí.

Para lo que yo pretendía hacer, era mejor que no se produjera un nuevo intento de asesinato, aunque no iba a descansar hasta averiguar quién era el responsable.

Tras aterrizar, nos dirigimos por las calles de Roma hacia la mansión Bellucci. Giré la cabeza y empecé a mirar los monumentos, en su mayoría edificios centenarios de épocas que ni siquiera sabía exactamente cuáles eran.

Recordé la conversación que había tenido con Perla y la revelación de que estaba embarazada. No creía que nada fuera a cambiarme a ese nivel, pero aun así me estremecí. Era como si en ese momento pudiera hacer cualquier cosa por tenerla a mi lado cuanto antes.

No sabía exactamente cómo reaccionaría si Marco no me la entregaba lo antes posible.

Más que nunca, Perla era mía.

Atravesamos las puertas metálicas y mis hombres salieron del auto antes que yo.

Me alisé la chaqueta y me dirigí a la puerta principal. Como muestra de confianza, mis

hombres se quedaron fuera.

Apenas pasé al salón, tras cruzar el vestíbulo, oí la voz de mi tía, que llamó mi atención.

—Luca, ¡qué agradable sorpresa! —Se levantó del sofá, donde parecía estar hablando con la madre de mi futura esposa, y vino hacia mí, rodeándome el cuello con los brazos y dándome un fuerte abrazo.

—Hola, tía. —Devolví el saludo con mucho menos entusiasmo.

—¿Cómo está tu madre?

—Bien.

—Envíale un abrazo de mi parte y dile que me alegraré de verla. Sería estupendo que nos acompañara en tu próxima visita.

—Se lo diré.

—Luca. —La madre de Perla me hizo un gesto con la cabeza acompañado de una sutil sonrisa, que le devolví.

—Hola, Laís.

—¿Has venido a ver a mi hija?

—En realidad, ha venido a verme a mí. —Antes de que tuviera tiempo de replicar, Marco salió de uno de los pasillos, acompañado de su hermano, y vino hacia mí.

Mis ojos se cruzaron con los de Theo, pero ninguno de los dos nos atrevimos a decir nada, Bellucci sabía que de ninguna manera yo era uno de sus mayores admiradores por razones obvias y tampoco insistió en el tema, ni siquiera en las ocasiones en las que fue a Palermo en compañía de su mujer y sus hijos para que pudieran visitar a mi familia.

—¡Ah! —Laís esbozó una sonrisa forzada.

—¿Vamos a tu despacho? —Señalé con la cabeza, apuntando al pasillo.

—Puedes seguirme. —Marco se adelantó y yo lo seguí de cerca, acompañado por el principal asesino de la familia. Solo esperaba que ninguno de ellos entorpeciera lo que pretendía

hacer allí.

Marco esperó a que pasara y entró en la habitación antes de cerrar la puerta y acomodarse en el sillón de cuero detrás del escritorio.

—Imagino que si has venido desde Palermo para tratar conmigo personalmente, tendrás buenas o terribles noticias sobre el enemigo al que te enfrentas.

—En realidad, no tengo nada nuevo.

—¿No? —Enarcó una ceja gris y yo me limité a negar.

—Quería hablarte personalmente de otra cosa.

—¿Tenemos que preocuparnos por alguien más? —Theo se impuso en la conversación, pero la mirada que le lancé lo hizo recapacitar.

—No estoy aquí para hablar de conflictos, sino de la alianza que firmamos cuando me comprometí con Perla.

—¿Estás pensando en reconsiderarlo? —Marco apretó los dientes.

—De hecho, quiero que tú lo reconsideres.

—¿Adónde quieres llegar, muchacho? —Puso las dos manos sobre la mesa y me di cuenta de que quizá se había irritado un poco.

—Le tengo un cariño a Perla que habrás notado por mis frecuentes visitas a verla. Este hecho, unido a nuestra alianza, que no pienso romper, son factores que quiero que tengas en cuenta para entregármela ahora.

—¿Ahora? —Ensanchó sus ojos azules. Tal vez no era exactamente lo que esperaba, pero tenía razones de peso para negociar mi punto de vista.

—No hiciste esperar al ruso y quieres que lo haga yo.

—Luca, son circunstancias diferentes.

—¿Por qué tengo que esperar a que tenga veintiuno?

—Ese es nuestro acuerdo.

—Quiero casarme con Perla ahora. He asumido riesgos y me he enfrentado a otros líderes de la isla gracias a esta alianza. No veo razón para esperar más para conseguir lo que me han prometido.

—Mi hija no es un objeto...

—No voy a entrar en eso, Bellucci. Solo digo que la quiero ahora y creo que tengo derecho a ello.

—Ten cuidado con cómo le hablas a mi hermano, muchacho. —Theo me miró con una postura ligeramente más amenazadora, pero haría falta mucho más que un ceño fruncido para hacerme retroceder.

Si Marco siquiera supiera que ya había tomado a su hija mucho antes, no estaría oponiéndose al matrimonio.

—Después de todo lo que ocurrió tras la muerte de mi padre, mi tía, mi madre y yo nos mantuvimos fieles al pacto. He contenido a mi gente con el mismo propósito, pero no es que seamos meros peones en su juego. Me gusta pensar en nosotros como socios. Una guerra contra Sicilia no es buena para los Mancini, pero tampoco para los Bellucci.

—Lo que le pasó a Pietra fue un caso excepcional. Perla tendría que casarse a los veintiún años, no me gustaría que tuviera que lidiar con eso antes. Además, mientras resuelvo este conflicto, aún puedo protegerla.

—Tengo suficientes recursos para mantenerla protegida a mi lado. Además, no creo que ella se oponga al matrimonio.

—¿Cómo lo sabes?

—Simplemente lo sé.

Era evidente que a Marco se le pasaban por la cabeza varias posibilidades, entre ellas que yo debería haber hablado con su hija antes de enfrentarme a él. Sin embargo, no creía posible que estuviera considerando el embarazo como la razón de mi comportamiento.

—Hablaré con ella.

—Como desees, pero espero salir de aquí con una fecha y los preparativos en marcha.

Cuanto antes me case con Perla, menos podrán desafiar nuestra alianza.

Theo se removió, pero Marco le agarró del brazo antes de que su hermano pudiera decir nada para enfrentarse a mí.

El jefe de los Bellucci no podía estar muy contento con la forma en que yo había llegado hasta allí, exigiéndole que le entregara a su hija, pero no hacerlo podía poner en peligro un matrimonio que quería mantener.



Perla

Capítulo veintisiete

Todos los cuadros que había empezado a pintar aquella tarde eran un completo desastre. No podía concentrarme, sobre todo cuando me enteré por los susurros de los soldados de que Luca había llegado a la casa.

Me moría de ganas de ver a mi prometido, de lanzarme a sus brazos y sentirlo, sobre todo después de descubrir que estaba embarazada, pero no podía correr hacia él, principalmente porque no queríamos levantar sospechas. Si la conversación que había tenido con mi padre era lo que esperábamos, pronto nos casaríamos y la noticia del embarazo sería tan bien recibida como lo había sido la de mi hermana.

Dejé las pinturas a un lado y fui a darme una ducha. Estaba cubierta de pintura y no quería que Luca me viera así.

Cuando salí del baño secándome el pelo con una toalla y entré en mi dormitorio, me sobresalté al encontrar a mi padre sentado en mi cama, mirándome fijamente.

Durante unos segundos, intenté adivinar lo que podría estar pasando por su cabeza, pero me pareció imposible.

—Pa... ¡Hola, papá! —Esbocé una sonrisa falsa, completamente incómoda.

—¿Has estado hablando con tu prometido? —Fue directo al grano, con una voz firme que me atravesó como si me hubieran disparado directamente al pecho y me hizo tambalearme hacia atrás.

—Yo... Es... ¿Hablar?

—¿Te ha hablado de su interés en casarse contigo ahora?

Sacudí la cabeza, asintiendo.

—¿Y qué te parece?

—Quiero casarme con él. —La firme respuesta me sorprendió incluso a mí, que estaba completamente aterrorizada, sobre todo por miedo a que mi padre descubriera lo del embarazo.

—¿Quieres? —repitió para estar seguro.

—Quiero. —Coloqué la toalla sobre el pomo de la puerta y me crucé de brazos.

—En menos de dos semanas cumplirás veinte. Puedes esperar otro año y quedarte aquí con nosotros. Con tu familia.

—Pero tengo que irme, ¿no? ¿Ahora o dentro de un año tendré que convertirme en la mujer de Luca Mancini?

Mi padre guardó silencio durante unos minutos antes de responder por fin:

—Sí.

—Serán tres bodas en un año. —Sonreí, intentando parecer un poco más divertida.

—Si Pietra se...

—Papá, es inútil —interrumpí—. Lo que le pasó a Pietra nos afectó a todos y tenemos que asumirlo, pero ella es feliz.

—Eso espero de verdad. —Apretó los puños y me di cuenta de que mi padre seguía teniendo miedo de lo que pudiera pasarle a mi hermana, pero si Pietra confiaba en su marido, yo confiaba en ella—. Tendrás que ir a Palermo.

—Sí, lo sé. —Esbocé una media sonrisa—. Ya no necesitamos más conflictos, ¿verdad, papá? Luca me quiere porque cree que tiene derecho, porque Pietra y yo tenemos la misma edad y ella ya está casada. Los Mancini son importantes.

La verdad era que estaba desesperada por casarme pronto, pero mi padre no podía conocer mis verdaderos motivos, así que intenté llevar el asunto lo mejor que pude.

—Realmente te preocupas por el bien de esta familia, Perla.

¿Era cierto? Ya no estaba tan segura de ser tan perfecta como había intentado serlo al principio, pero no me correspondía discutirlo con mi padre en ese momento.

—Gracias.

—Le haré saber a tu prometido que la boda se celebrará pronto, como él desea.

Asentí y lo vi alejarse por el pasillo y darme la espalda.

—¿Papá?

—¿Qué pasa? —Se volvió para mirarme.

—¿Puedo verlo?

—¿A tu prometido?

Afirmé con la cabeza.

—Termina de prepararte y ven conmigo.

Asentí y me apresuré a peinarme y a ponerme lo más presentable posible.

Sabía que en el fondo mi padre podría sospechar que tenía un interés personal en ese matrimonio, pero pensé que podía ser un punto a mi favor. Por mucho que la mafia fuera siempre nuestra prioridad, él también quería verme feliz.

Sabía que al lado de Luca yo estaría feliz.



Luca

Capítulo veintiocho

Marco aceptó mis argumentos y accedió a adelantar casi un año mi boda con su hija. Aun así, me costó controlarme cuando vi a Perla aquel día. No estábamos solos, así que ni siquiera pude tocarle la barriga ni hablarle de nuestro hijo.

Por muy incisivo que hubiera sido con los Bellucci, había un límite que no podía cruzar. No podría sacar a Perla de allí hasta que estuviéramos casados, y para eso tendría que esperar un poco más.

Mientras durasen los preparativos de la boda, intentaría atrapar al maldito que conspiraba contra mí, para garantizar la seguridad de Perla y la de mi hijo en su vientre.

En cuanto entré en casa, vi a mi madre en el salón hablando con alguien por teléfono. Parecía una conversación amistosa, pero la interrumpió en cuanto sus ojos se cruzaron con los míos.

—Necesito hablar contigo y con mi hermano —dije firme.

—Luego hablamos. —Ella cortó la llamada antes de volverse hacia mí—. No sé si está en casa.

—Sácalo de la alcantarilla en la que esté atascado y que venga cuanto antes.

—¿Debería preocuparme? —Frunció el ceño, con la frente ya marcada por los signos de la edad.

—Todavía no. Esperaré en la oficina. No tardes.

Subí las escaleras en completo silencio y entré en la habitación. Me acerqué a la puerta y me asomé a la ventana, observando el mar en calma que reflejaba la luna llena en el cielo. Siempre ocupado, o pendiente de que no me dispararan, era difícil permitirme esos momentos de simple contemplación.

La brisa fresca me tocó la cara, pero antes de que pudiera oler su aroma, oí pasos y me di la vuelta, mirando a mi madre y luego a mi hermano.

—¿Qué quieres a estas horas? —murmuró Mario.

—Anunciar que me voy a casar.

—Eso ya lo sé. —Puso los ojos marrones en blanco.

—En quince días.

—¿Qué? —Mi hermano casi se atraganta con su propia saliva—. ¿Has decidido casarte con otra mujer?

—La novia sigue siendo Perla Bellucci.

—Pero no es lo suficientemente mayor. —Mi madre apretó los ojos, reflexiva.

—La quiero aquí y ahora.

—¿Por qué, hijo mío?

—Su hermana ya lleva meses en Rusia y no quiero tener que esperar más que Orlov para tener a mi mujer.

—¿No crees que podría ser una decisión precipitada?

—¿Casarme con una mujer que ya está prometida a mí de todos modos?

Mi madre permaneció en silencio.

—Quiero la parte de este trato que me beneficia a mí, mamá. Una joven y hermosa esposa en mi cama.

—Y serle fiel hasta la muerte —murmuró Mario.

—¿No es así cómo debería ser? —Me encogí de hombros sin preocuparme por las reticencias de mi hermano. Desde que Perla se había entregado a mí y había aceptado mis condiciones, no me había acostado con otra mujer y estaba dispuesto a seguir haciéndolo durante los años que durara nuestro matrimonio.

—Solo estás adelantando nuestra sumisión.

—Nada cambia, Mario.

—¿Cómo crees que reaccionará el *capo* siciliano ante esto?

—Tendrán que aceptarlo.

—Puedes estar poniéndote en un lío, hermano.

—O simplemente puedo estar demostrándoles que no cambiaré de opinión sobre este matrimonio. Perla Bellucci será mi esposa y se acabó.

Mario asintió y salió de mi despacho sin decir una palabra más, estaba claro que no le gustaba la familia responsable del asesinato de nuestro padre. Sin embargo, mi hermano menor no entendía las circunstancias tan bien como yo.

En cuanto se perdió de vista, mi madre se me acercó y me puso la mano en el hombro, obligándome a mirarla.

—Me alegro de que la quieras. Un matrimonio es mucho más fácil cuando hay amor.

Permanecí en silencio mientras mi madre salía de mi despacho y me dejaba solo.

No sabía manejar muy bien la definición de amor, me habían forjado para ser un líder, un *capo*, pero solo tenía claro que quería a Perla y a mi hijo cerca de mí y donde pudiera protegerlos, haría cualquier cosa por eso.



Perla

Capítulo veintinueve

Oí el ruido de la puerta al abrirse y fui hacia ella.

Una enorme sonrisa apareció en mis labios al ver a mi hermana gemela. Pietra estaba guapísima con un vestido marsala ajustado que resaltaba la ligera curva de su barriga, que ya había empezado a crecer.

—Me alegro mucho de que hayas venido.

Pietra se apartó para mirarme más de cerca y seguimos mirándonos fijamente, sonriendo. Después de que se hubiera mudado a miles de kilómetros de distancia, la echaba de menos constantemente, aunque sabía que mi hermana estaba exactamente donde quería estar.

—No me perdería tu boda por nada del mundo.

—¡Gracias! —La abracé de nuevo—. ¿Cómo está el bebé? —Me agaché para tocarle la barriga.

—Creciendo. —Puso su mano sobre la mía—. Y tu... ¿Y tú? —Se apresuró a corregir su discurso y a no preguntar cómo estaba mi hijo.

Nuestra madre, nuestra abuela y las encargadas de prepararme estaban en la habitación y era mejor no hablar de mi embarazo.

También estaba ansiosa por saber cómo estaba mi bebé y tendría una atención médica adecuada cuando me trasladara a Palermo. Sentía cierta angustia al pensar en dejar la casa donde había pasado toda mi vida, pero sabía que podría visitarla siempre que quisiera.

Le echaría de menos, pero podría empezar una nueva etapa en mi vida.

Perla Bellucci se convertiría en Perla Mancini.

—¡Qué guapa estás! —Mamá me sonrió mientras me miraba y luego soltó un largo suspiro.

No dijo nada, pero en el fondo sabía que lamentaba que yo también me fuera de casa. Aunque supiera que ese momento llegaría pronto, no lo hacía más fácil.

—Gracias, mamá. —Alargué la mano para tocar la suya y la sonrisa de mi madre se hizo aún más grande.

Oímos que llamaban a la puerta y la abuela fue a abrir para ver quién era. Mi padre no tardó en entrar en la habitación, impecable con su traje de raya diplomática confeccionado por uno de los mejores sastres de Roma. Incluso con el pelo cada vez más canoso, era como si nada hubiera cambiado de la postura firme y amenazadora que tenía cuando yo nací. A pesar de ser mi padre, seguía siendo el jefe de la mafia.

—Los autos las esperan abajo —dijo a las mujeres.

—Que tengas una buena boda, cariño. —Mi abuela me dio un suave beso en la mejilla antes de salir de la habitación, llevándoselas con ella.

—¿Estás preparada? —Mi padre me miró fijamente y yo asentí.

—Sí.

Estaba más que preparada, aunque el estómago se me revolvía en una extraña agonía y el corazón me latía como si se me fuera a salir del pecho. Sabía que ese momento llegaría, ya fuera en ese mismo instante o un año después. Los matrimonios eran habituales en la mafia y el mío sería uno más, pero me hacía ilusión y creía que, a pesar de ser un matrimonio de intereses, Luca y yo seríamos felices.

—Mis hijas han crecido —soltó mi padre con un aire nostálgico que me hizo ponerme de puntillas y abrazarlo.

—Ya somos adultas, pero seguimos siendo tus hijas. —Le rodeé el cuello con los brazos y lo acerqué más, sin importarme que me estuviera arrugando el vestido.

—Sí, lo son. —Me devolvió el abrazo—. Perla...

—Sí, papá.

—Pase lo que pase, siempre serás una Bellucci y ésta siempre será tu casa.

—Lo sé.

Se apartó y sujetó mis pequeñas manos entre las suyas, grandes y gruesas, con algunas

venas sobresaliendo.

—No lo olvides nunca.

Asentí con la cabeza.

Aunque me casara con Luca y adoptara su apellido, sabía que la esencia de mi familia y el amor que sentía por ella nunca me abandonarían.

—Es hora de irse.

—Estoy preparada. —Hinché el pecho con confianza y volví a tomarle del brazo.

Quería casarme con Luca. A pesar de la gran diferencia de edad, disfrutaba de su compañía y aún más cuando estábamos físicamente juntos como pareja.

Mi padre atravesó primero la puerta y me guió a través de ella. Atravesamos el salón, donde algunos de mis primos seguían preparándose para ir a la iglesia, y llegamos al garaje, donde una limusina blanca esperaba para llevarnos.

Uno de los soldados abrió la puerta y esperó a que me agarrara el enorme vestido que me hacía parecer una princesa y me acomodara en el asiento antes de entrar y sentarse frente a mí.

Mi padre se sentó a mi lado mientras otro soldado se unía al anterior para acompañarnos a la iglesia.

Cuando era niña, no entendía muy bien por qué teníamos que tener a esos hombres con nosotras todo el tiempo, pero a medida que crecí y comprendí mejor el mundo en el que había nacido, me di cuenta de que los enemigos nos vigilaban día y noche y toda precaución era más que necesaria.

El conductor arrancó el auto y se dirigió a la salida de nuestro garaje. Contemplé los edificios a través de la ventanilla mientras pensaba que la próxima vez que volviera allí, sería solo de pasada, como ocurrió con mi hermana.

Recordé que solo había estado una vez en Palermo y que pronto sería mi casa, pero estaba segura de que lo que más echaría de menos sería a la gente, a la abuela comentando mis cuadros o enseñándome otras manualidades, a mi hermano robándome el postre y, sobre todo, a mis padres.

Pero así es la vida, creces y te vas de casa. Pronto tendría la mía propia y esperaba llevarme bien con la madre de Luca, al menos cuando nos conocimos fue muy amable conmigo. Además, la tía Tati hablaba muy bien de su cuñada. De hecho, lo que más admiraba de ella era que era *capo* en un mundo gobernado por hombres. Se hizo valer y aseguró el territorio de su hijo. Tenía una fuerza admirable.

Estaba completamente perdida en mis pensamientos cuando sentí un ruido en el lateral del auto que me hizo abrir mucho los ojos.

—¿Qué fue eso? —Me volví hacia mi padre, recordando al instante la vez que nos atacaron a Luca y a mí cuando volvíamos del *vernissage*.

—Nos dispararon. —La expresión de mi padre también era de pura sorpresa.

—¿Por qué? —pregunté, pero no obtuve respuesta, solo vi cómo desenfundaba su pistola y los otros hombres del auto hacían lo mismo.

Me giré en el vehículo, intentando ver lo que ocurría a través del parabrisas trasero, pero mi padre me tomó del hombro y me hizo retroceder.

—¡Agáchate!

—¿Podrían ser enemigos de Luca? —Una vez más mi pregunta se perdió en el viento.

Noté los movimientos mientras el conductor de la limusina intentaba zafarse de los autos que nos perseguían, pero el vehículo en el que íbamos era demasiado grande, lo que hacía casi imposible esa misión.

Oí el sonido de más disparos que rebotaban contra la carrocería y mi corazón se aceleró aún más. Intenté no asustarme, pero me parecía imposible.

Me fijé en mi padre y en los otros hombres del auto, ellos también estaban en alerta máxima.

Un frenazo repentino resonó en mi cabeza justo después del chirrido de los neumáticos. Me moví para ver mejor y me di cuenta de que un auto grande, como los vehículos militares que había visto en televisión, se había cruzado delante de la limusina, impidiéndonos continuar el viaje.

Estábamos en una autopista y los demás autos intentaban alejarse lo más posible.

Vi pasar una bala por el interior del auto y atravesarlo de una ventanilla a otra, pasando a escasos centímetros de nosotros, lo que aceleró aún más mi corazón.

—Están utilizando armas perforantes —advirtió uno de los soldados a mi padre.

—Ten cuidado.

Mi desconocimiento de las armas me bastó para comprender que eran capaces de matarnos incluso cuando íbamos en un vehículo blindado.

Por reflejo, me acurruqué en posición fetal y me rodeé el vientre con los brazos para proteger al niño que crecía en mi interior. No quería perder a mi bebé y la posibilidad me desesperaba.

—¡Papá!

—Todo estará bien.

Normalmente creía todo lo que decía, pero esta vez no fue suficiente para calmarme.

Sentí que el auto bajaba e imaginé que habían disparado a los neumáticos para que no pudiéramos salir.

—Agáchate. —Mi padre me empujó hacia abajo hasta que me acurruqué en el suelo del auto.

Vi a uno de los sodados abrir la puerta para intentar enfrentarse a nuestros enemigos, pero fue ametrallado antes de que pudiera hacer nada y mi padre volvió a cerrar la puerta.

No quería morir de camino a mi boda...

Sentía la boca amarga y los ojos llenos de lágrimas que intentaba contener. Sabía que asustarme y echarme a llorar solo empeoraría las cosas, pero me costaba demasiado controlarme.

Alguien se acercó a la puerta de la limusina y mi padre aprovechó el agujero del cristal para golpearlo en la cabeza. El chorro de sangre corría por la superficie, lo que nos dificultaba un poco ver lo que ocurría fuera.

Disparó en cuanto se abrió la puerta, pero no fue el único que disparó.

Oí un chirrido y me di la vuelta.

—¡Papá!

—Estoy bien. —Me puso la mano en el hombro y me di cuenta de que le habían disparado.

Mi impulso fue acercarme para ver qué le pasaba, pero antes de que pudiera, la puerta de al lado se abrió de golpe y alguien me agarró por el pelo.

—¡Perla! —gritó mi padre.

—¡Suéltame! —Intenté forcejear mientras me arrastraban fuera del vehículo.

—Puta, cállate.

El bastardo había sido lo bastante listo como para utilizar mi cuerpo como escudo para que ni mi padre ni ninguno de los otros soldados se atrevieran a dispararle.

Forcejeé, intenté morderlo, patearlo, pero era mucho más fuerte que yo y, antes de que pudiera hacer nada, recibí un golpe que me hizo perder el conocimiento.



Luca

Capítulo treinta

Me ajusté la corbata al cuello, inquieto ante el altar mientras esperaba a que mi prometida atravesara las puertas de aquella iglesia y se convirtiera por fin en mi esposa. Me moría de ganas de llevarme a Perla a casa conmigo y poder tenerla todas las veces que quisiera, sin necesidad de utilizar trucos para ocultarnos como si fuéramos dos adolescentes.

Moví la cabeza de un lado a otro del altar y vi a mi madre, a la madre de Perla y a los invitados sentados en los bancos. Había algunas caras conocidas y otras no tanto. Todos interesados en la boda que uniría de nuevo a los Bellucci y los Mancini.

Las familias más poderosas de Italia necesitaban vivir en un constante cese de armas, porque eso era lo mejor para todos.

Miré la hora en el reloj de oro que llevaba en la muñeca. Perla llegaba tarde. Por muy habitual que fuera, empezaba a impacientarme.

Cambié el peso de una pierna a otra mientras esperaba en el altar. Incluso el oficiante pareció notar mi malestar, pero no dijo nada.

Por fin se abrieron las puertas y mi mirada, como la de todos los presentes, giró hacia allí. Esperaba ver a las damas de honor y, por fin, a mi prometida, pero lo único que vi fue a un soldado que entraba tambaleándose y caía de rodillas sobre la alfombra roja. Parecía agotado, como si hubiera corrido una maratón para llegar hasta allí.

—Perla... —Cuando murmuré el nombre de mi prometida, atraje todas las miradas hacia mí.

Ver a aquel hombre activó todas mis alertas mentales y puso en marcha mi intuición. Algo le había pasado.

—¡Perla! —Hice caso omiso del sentido común, bajándome del altar y acercándome al tipo, agarrándolo por el cuello y levantándolo hasta que sus pies dejaron de tocar el suelo—. ¿Dónde está mi prometida?

—Se la llevaron.

—¿Quiénes?

—No lo sé. —Sacudió la cabeza, algo desconcertado.

—¿Quiénes? —rugí como un león furioso, haciendo vibrar las paredes de la iglesia con mi timbre y haciéndolas temblar, así como a la gente que me observaba.

—La limusina ha sido atacada y el jefe está herido.

Cuando terminó de hablar, vi al hermano de Perla y a otros hombres salir de la iglesia e ir tras Marco.

Estaba a punto de hacer lo mismo cuando sentí la mano de mi madre apoyada en mi hombro.

—¡Cálmate!

—Se han llevado a Perla. —Me volví hacia ella con los ojos encendidos de ira.

Si hacían daño a mi prometida o al bebé que esperaba, no respondería de mis actos.

—Te quieren a ti. Ella es solo un cebo.

—Pero... —Temblaba de furia y quería degollar a alguien. Con los dedos cada vez más apretados, tiré al suelo al hombre que sujetaba, o lo habría matado solo con la fuerza de mis puños.

Perla...


Marco

Capítulo treinta y uno

Ni siquiera el traje antibalas de Mateo fue suficiente para detener la perforante bala, pero mi adrenalina y mi furia mantuvieron mi dolor a raya. Habían capturado a mi hija bajo mi cuidado y eso no era algo que fuera a admitir.

Pronto vi unos autos que se detenían y vi a mi hijo bajar de ellos en compañía de unos soldados. Dante corrió hacia mí y se agachó para mirarme.

—¡Papá! —Abrió los ojos tanto como los míos—. ¿Te encuentras bien?

—Estoy bien. —Apreté los dientes cuando la herida empezó a dolerme.

—Te han disparado.

—Olvídalo. —Aparté las manos de Dante cuando intentó tocarme—. Solo fue un roce. —Agarré el cuello de su camisa y lo obligué a mirarme—. Ve por tu hermana.

Dante asintió y se apartó de mí, dirigiéndose de nuevo hacia los autos y saliendo en la misma dirección que el vehículo con mi hija.

Si esos bastardos sicilianos le hacían daño, no habría alianza que me impidiera destrozar esa isla para que nunca olvidaran que no deben meterse con una Bellucci.

Saqué el pañuelo del bolsillo y me lo até alrededor del hombro para hacer un torniquete y detener la sangre. Hacía mucho tiempo que no me disparaban, pero aún recordaba cuánto dolía.

Salí de la limusina y miré a mi alrededor, cuatro de mis hombres estaban muertos y el conductor seguía mirándome con cara de pánico. Quienquiera que hubiera venido por mí sabía exactamente lo que tenía que hacer, pero no iba a dejarlo pasar.

Pronto vi que se acercaban otros autos, aún no era la policía, pero no tardarían en llegar.

—¡Marco! —Mis hermanos caminaron hacia mí, pero antes de que pudieran alcanzarme, Luca se adelantó y me agarró por los hombros, sin darse cuenta siquiera de mi herida.

Apreté los dientes y contuve el dolor.

—¿Dónde está ella? —Jadeaba y el sudor le caía por la frente.

—¿Crees que si supiera, no la habría traído de vuelta?

—¡Luca! —Mateo le sujetó el hombro, intentando que el siciliano se apartara de mí—. Mi hermano está herido.

Mi futuro yerno apartó la mano de mi hombro y se dio cuenta de que estaba manchada de sangre, pero no se molestó en disculparse. Habiendo dirigido la mafia durante tantos años, no era algo que esperara.

—Todos queremos lo mismo, que vuelva Perla, y vamos a trabajar por ello continuó mi hermano menor en tono racional.

—Envié a Dante tras ella —dije mientras los miraba fijamente.

—Si lastiman a Perla... Si le hacen daño a mi hijo... —Luca tartamudeó, pero su tono era lo bastante alto como para que le oyéramos.

Antes de que pudiera verbalizar la pregunta, Mateo comentó por mí.

—¿Hijo?

—Perla está embarazada —dijo Luca, sin miedo a decírmelo a la cara.

Mi impulso fue atacarlo por llevarse a mi hija antes de tiempo, pero Theo me detuvo.

—Ahora todo tiene sentido. —Mateo se rió entre dientes—. Por eso querías adelantar tanto la boda. Tenía que...

—Mateo, ¡cállate! —le gruñí a mi hermano antes de que se le ocurriera alguna broma tonta.

Definitivamente no era el momento de que hiciera bromas sobre la virginidad de mi hija.

Ese cabrón de Luca se había llevado a mi hija a la cama antes de que yo se la entregara, pero por mucho que me enfureciera, me preocupaba más que la secuestraran.

No solo tenía que rescatarla a ella, sino también a mi nieto.



Luca

Capítulo treinta y dos

Mi padre me había formado, me había guiado para ser un buen líder, para aprender a tomar decisiones difíciles y, sobre todo, para mantener la cabeza fría en situaciones complicadas. Sin embargo, nunca había sido tan difícil actuar racionalmente como en aquel momento.

Habían capturado a Perla y cada vez tenía más miedo de perderla.

No era mi intención que los Bellucci se enteraran del embarazo antes de la boda, pero como la situación había salido tan mal, simplemente no pude contener mi reacción.

Necesitaba que estuviera conmigo, que estuviera a salvo, igual que nuestro bebé en su vientre.

Planeaba ser padre, formaba parte de mi deber como *capo* de Palermo, pero sucedió de forma inesperada y rápidamente se convirtió en lo que más deseaba. Perderlos a ambos no era algo que estuviera dispuesto a dejar que ocurriera.

Mirar la limusina baleada, al jefe de la mafia herido y oír las sirenas de la policía que se acercaban no me tranquilizó.

Tenía que pensar cómo reaccionar, pero solo quería correr tras ella, aunque no supiera adónde ir. Me sudaban las manos, nunca había sentido el corazón tan apretado y acelerado. Toda aquella falta de control me perturbaba y hacía que me palpitara la cabeza.

—¿Reconociste a alguno de ellos? —pregunté a Marco, sabiendo que cuanto más tardáramos en encontrar a Perla, mayor sería el peligro que correría.

—No.

—¿Hacia dónde han ido?

—Envié a mi hijo tras ellos.

—Voy a la oficina —dijo Mateo—. Desde allí rastrearé el paradero de Perla y te enviaré la dirección lo antes posible.

—Hazlo —animó Marco a su hermano.

El más joven fue al auto y algunos hombres lo acompañaron.

Con cada segundo que pasaba mirando a la nada, mi desesperación crecía. Podían intentar hacerme lo que quisieran, pero si le hacían daño a ella experimentarían mi lado más monstruoso.



Perla

Capítulo treinta y tres

La cabeza me palpitaba mientras mis ojos se abrían poco a poco. Oí el sonido de un goteo no muy lejos de donde me encontraba, lo que aumentó aún más el palpitar de mis sienes.

El fuerte olor a pescado me indicó que podría haber algún almacén no muy lejos, que imaginé en las cajas en el horizonte cuando por fin conseguí enfocar los elementos que me rodeaban.

Sonaba como un viejo almacén en algún lugar costero por el ruido que podía oír de fondo. Quizá en Ostia, o quizá me habían llevado fuera de los límites de Roma.

Intenté levantarme y fue entonces cuando me di cuenta de que tenía los brazos atados a la silla. Alguien me los había atado con cinta adhesiva gruesa.

Bajé la cabeza y me di cuenta de que mi vestido estaba sucio y se había rasgado por algunos sitios.

Gruñí, intentando soltarme, pero fue completamente inútil.

—Puedes seguir toda la tarde si quieres, pero solo agotarás tus fuerzas.

Noté que se acercaban un par de zapatos de cuero, impecables y demasiado brillantes para el suelo polvoriento y golpeado del lugar. Cuando levanté la cabeza para ver de quién se trataba, me encontré de frente con un hombre de pelo canoso que debía de rondar la edad de mi padre.

No lo reconocí enseguida, había varios *capos* por toda Italia.

—¡Suéltame! —Mostré los dientes como un perro feroz.

—No pienso soltarte y tampoco voy a alimentarte, así que yo que tú ahorraría fuerzas.

—Cuando mi prometido y mi familia vengan por ti, te matarán y te arrepentirás de haberme puesto las manos encima.

—Vendrán. —El tipo se rió de una manera que me confundió—. Estoy esperando exactamente eso. Cuando lleguen, verán lo que les he preparado.

—No puedes vencer a los Bellucci.

—Se creen muy especiales, pero en el fondo son solo arrogantes.

—Somos el poder en Italia —grité con convicción. Si ese idiota creía que podía enfrentarse a mi familia, estaba muy equivocado.

—No por mucho tiempo, cariño. —Me sujetó el mentón, haciéndome mirarlo, y yo apreté los dientes y luego escupí en su traje a medida.

—Valiente, pero veremos cuánto dura.

—¿Quién eres tú?

—¿No sabes quién soy? —Soltó una carcajada que resonó en toda la habitación, pero no fue suficiente para aterrorizarme.

—Un bastardo cualquiera. —Seguí apretando los dientes.

—Los bastardos son los Bellucci, princesita. —Me gruñó, pero yo había tratado con hombres temibles toda mi vida, así que no tuve miedo.

Estaba segura de que mi prometido y toda mi familia vendrían a por mí y solo tenía que aguantar hasta que me rescataran. Mientras aquel hombre solo me amenazara con palabras, todo estaría bien.

—Soy Salvatore Donato.

—Uno de los *capos* de Sicilia.

—Eres más lista de lo que pareces —se burló de mí, pero no me importó.

—Deberías respetar a Luca y no actuar en su contra.

—Luca es débil.

—No es débil.

—Podría tener toda Italia como en los viejos tiempos, cuando la mafia se controlaba desde Sicilia, pero elige someterse como su padre.

—Solo está actuando de manera prudente.

—Claro que dirías eso, ¿no?

—Con nuestro matrimonio se convertirá en parte de mi familia.

—Tonterías, solo demuestra lo perras que son las Bellucci, al menos tendrá a una de ellas. — Se rió burlonamente mientras me sujetaba el mentón. —Estás buenísima.

—¡Quítame la mano de encima! —Moví la cara ágilmente para apartarla de su alcance.

Cuando estaba con Luca me había acostumbrado a que me ataran y me tocaran, pero esta vez era completamente diferente, no era consentido y el hombre que tenía delante me daba asco.

Quería correr y deshacerme de aquel tipo lo antes posible, pero tenía que tener cuidado para protegerme a mí misma y, sobre todo, a mi hijo. Si no le gustaba la idea de que estuviera casada con Luca, probablemente tampoco aprobaría mi embarazo y no podía permitir que intentara hacerle daño a mi bebé.



Luca

Capítulo treinta y cuatro

La suspensión de la boda no era la peor noticia del día. Los minutos pasaban en mi reloj y la espera se estaba volviendo angustiosa. Necesitaba hacer algo al mismo tiempo que no tenía ni idea de adónde ir.

—No quiero ni pensar lo que le pueden estar haciendo ahora —murmuró Mario a mi lado, pero gimió cuando recibió un codazo de nuestra madre.

—Cállate, no eres de ayuda —le gruñó ella.

Mi madre sabía lo que yo sentía al pensar en cualquier atrocidad que pudiera cometerse contra mi prometida. Perla era mía y decapitaría a cualquier hombre que se atreviera a tocarla de una forma que solo yo podía hacer.

—Tengo que ir tras ella. —Di un paso adelante, pero mi madre me detuvo una vez más.

—Mantén la calma.

—No puedo quedarme aquí y esperar. —Apreté los dientes, dejando que aumentara mi ira.

—Mateo Bellucci tiene que hacer su trabajo. Él es bueno, solo tienes que esperar.

Mi madre podría haberme pedido que hiciera cualquier cosa en ese momento, excepto esperar. Cada segundo parecía demasiado valioso.

Al mismo tiempo que mis impulsos y sentimientos me consumían, mi racionalidad aún conseguía actuar y hacerme ser un poco prudente.

El hermano de Perla había vuelto con las manos vacías, incapaz de encontrar a los que la habían secuestrado y, sin dirección, yo probablemente tendría el mismo resultado. En Italia y en todo el mundo sabían acerca de Mateo y las habilidades de su equipo, y por más que yo no lo admitiera, lo necesitaba.

Estábamos en el salón de la mansión Bellucci y lo único que podía hacer era moverme de un lado a otro, cada vez más inquieto.

—¿Quieres un vaso de agua?

Me sorprendió mirar hacia abajo y ver a la matriarca de los Bellucci ofreciéndome una bandeja.

—No.

—Perla necesita que estés bajo control. —No era la primera que me lo decía y me di cuenta de que quizá estaba mostrando más de lo debido el pavor que me consumía ante el temor de que pudiera ocurrirle algo.

—Lo sé, lo sé.

—Toma el agua.

—De acuerdo. —Tomé el vaso y bebí unos sorbos.

Miré a los hombres de la sala, incluido Marco, que se había vendado y cambiado de chaqueta. Por mucho que todos allí parecieran compartir el mismo sentimiento, era como si nadie pudiera entender lo que me consumía, porque ni siquiera yo parecía ser capaz de hacerlo.

Bebí un poco más de agua cuando se me amargó la boca y devolví el recipiente a la bandeja de la abuela de Perla.

¿Cuánto tiempo necesitaría Mateo para darme la ubicación de mi prometida?

La espera fue sin duda una sensación terrible.

—Tenemos una dirección —anunció Marco y todos en la sala se movieron.

—¿Adónde es? —Avancé hacia él.

—Vámos. —Theo asintió para que lo siguiera.

No solía llamarle tío a ese hombre, principalmente porque tenía las manos manchadas con la sangre de mi padre, pero en aquel momento quería al hombre más sanguinario a mi lado, porque necesitaba destruir a quienquiera que se hubiera atrevido a secuestrar a mi prometida.

Subí a uno de los autos Bellucci en compañía de Theo y de mi primo llamado como mi padre, Thiago. Nos veíamos a menudo, pero no hablábamos mucho. Sin embargo, los rumores que corrían por la mafia decían que era un asesino tan letal o más que su padre.

—Se arrepentirán de haberse llevado a mi prima. —Me sonrió y vi que sus ojos se iluminaban con sed de sangre.

—¿Dónde está Lorenzo? —preguntó Theo a su hijo mientras salíamos del garaje rumbo a la dirección.

—En el auto con Dante.

—De acuerdo.

—¡Vamos! —Apuré al conductor mientras sacaba mi pistola de la funda y la preparaba para disparar.

—¿Es cierto que está embarazada? —Mi primo giró hacia mí, curioso.

—¡Thiago! —Theo lo detuvo.

—Sí —respondí sin rodeos.

Se limitó a reír, pero no hizo más preguntas para no provocar la ira de su padre.

Sí, le había quitado la virginidad a Perla antes de casarnos y no me arrepentía de ello. Ella ya era mía desde el momento en que Marco me había dado la mano.

¡Es mía!

Esa fue otra de las razones por las que me enfurecí tanto cuando me di cuenta de que la habían capturado. La osadía de meterse con algo tan importante para mí debía pagarse con la vida.

No sé cuánto tiempo recorrió el auto las calles de Roma, pero me pareció una eternidad. Mi corazón latía deprisa y la necesidad de encontrarla se hacía cada vez más fuerte.

En cuanto el vehículo se detuvo, Theo giró hacia su hijo.

—Ten cuidado, usaron armas perforantes contra Marco y nuestra ropa antibalas no funciona.

—No te preocupes, papá. No me matarán si no pueden pegarme—. Thiago sonrió antes de abrir la puerta.

Por extraño que pareciera, vi algo de mi padre en él.

Oí algunos disparos mientras mi primo avanzaba por el campo, otros soldados también salieron de sus autos y yo los seguí.

Quería correr hacia Perla, pero sabía que tenía que tener cuidado porque no podría salvarla estando muerto. El tipo de munición que estaban utilizando me obligaba a ser doblemente cuidadoso, ya que podía atravesar diversas superficies y, sobre todo, mi ropa antibalas.

Vi a un soldado en lo alto del galpón y le disparé, haciéndolo caer antes de que pudiera alcanzar a cualquiera de abajo.

Nos dispararon varias veces, lo que nos hizo avanzar lentamente.

Me acerqué a mi primo y los dos entramos en el galpón. Me dio instrucciones con la mirada y nos cubrimos mutuamente.

Había muchos soldados, casi un pequeño ejército, y estaba seguro de que nos estaban esperando. Algunos fueron alcanzados, pero la mayoría estaban bien entrenados e incluso con la munición especial del enemigo conseguimos avanzar.

Thiago hizo un gesto, haciéndose a un lado, y yo disparé en la cabeza al soldado que venía detrás de él.

—Nada mal, Mancini.

—No me extraña que tú también seas bueno en esto.

—Tienes razón. —Mi primo sonrió.

—Perla. —No podía dejar de pensar en por qué estábamos allí.

—Tiene que estar ahí.

Seguimos caminando y se fue formando una pila de cadáveres. De todas mis misiones en la mafia, en ninguna había tantos enemigos, pero también estaba decidido. Todos venían hacia mí con sed de sangre. Sabía que estaban allí para intentar matarme, pero su distracción fue el momento oportuno para que Thiago los matara.

Llegamos a un espacio abierto del galpón que apestaba a pescado y vi a mi prometida

atada a una silla delante del maldito Salvatore Donato. Debí imaginar que aquel capo, que nunca había estado a favor de la alianza de los Mancini con los Bellucci, se atrevería a interrumpir mi boda.

—Deberías estar muerto, Luca.

—Para eso necesitarás algo más que armamento militar. —Apunté el arma en su dirección mientras Tiago se aseguraba de que no nos disparen por sorpresa.

Por el rabillo del ojo, vi a su padre y a otros hombres rodeando el lugar.

—Deberías haberme respetado, pero en lugar de eso elegiste traicionarme. —Me quedé mirando al hombre, esperando sus últimas palabras.

—Avergüenzas el legado de tu padre.

—Si piensas eso, es que no conocías a mi padre. —Lo miré con furia. Ese tipo de ofensa ya no me molestaba.

Estaba seguro de que estaba cumpliendo los planes que mi padre tenía para mí y también de que hacía lo mejor para mi familia.

—Ciertamente no conoces a la gente que está a tu lado. No soy el único traidor... —Salvatore dejó de hablar cuando una bala le atravesó la cabeza y acabó con su vida de una vez por todas, haciéndolo caer de rodillas.

Moví la cabeza para buscar al tirador y encontré a mi hermano con la pistola aún apuntando y humo de pólvora saliendo del cañón.

—¿Por qué seguir escuchando a ese cabrón? —dijo Mario entre dientes y yo no le discutí .

—¡Luca!

Cuando Perla gritó mi nombre, mi corazón dejó de latir durante unos instantes, para volver a hacerlo inmediatamente después. Extrañamente, sentí como si una parte de mí renaciera. No me gustaban los ruidos, los gemidos ni los gritos, había aprendido a estar siempre en guardia, pero en aquel momento no había nada que deseara más que oír su voz.

—¡Perla! —Guardé la pistola y corrí hacia ella.

—¡Luca! —Temblaba y sollozaba cuando me arrodillé frente a ella y saqué una navaja del bolsillo para liberarla de la silla.

La atraje hacia mi pecho y la acurruqué contra mí.

—¿Te encuentras bien?

Ella solo asintió con la cabeza y volvió a esconderla en mi pecho.

—¿Y mi padre? Le dispararon.

—Fue solo un roce.

—Ah, Luca... —Me abrazó mientras seguía sollozando.

—¿Te ha hecho daño?

—No...

—¿Y el bebé? —No tuve miedo de bajar la mano y colocarla sobre el vientre de Perla.

—Creo que está bien. —Ella me agarró la mano, tratando de disimular.

—Ya lo saben.

—¿Ah, sí? —Enarcó las cejas oscuras y me miró.

—Todo el mundo sabe ya que estás embarazada.

—¡Ay Dios mío! —Volvió a esconder la cara.

—Vámonos de aquí. —Me agaché para levantarla y Perla me rodeó el cuello con los brazos, apoyándose en mí mientras la llevaba de vuelta al auto.

Tenerla cerca, oír su voz, su respiración y sentir su piel me fue calmando poco a poco, pero aún tardaría en dejar de pensar en los peligros que había corrido.



Perla

Capítulo treinta y cinco

Todavía estaba envuelta en los brazos de Luca cuando el auto se detuvo en el garage de mi casa. Había una parte de mí que estaba desesperada, pero poco a poco pude respirar más tranquila por tenerlo cerca. El día de mi boda no había sido para nada como esperaba, pero al menos estábamos juntos.

—¿Te ha hecho daño? —me preguntó Luca por millonésima vez.

Negué con la cabeza.

—Perla, háblame. —Nunca lo había visto tan desesperado por oír mi voz.

—Sabía que vendrías por mí.

—Siempre. —Me besó la frente.

—Ah, ellos saben lo del bebé. —Volví a acurrucarme en el pecho de mi prometido al recordar lo que había dicho.

Tenía tanto miedo de que mi padre se enterara, pero iba a tener que encontrar la fuerza para enfrentarme a él y lidiar con la frustración en su cara.

Pietra no se había casado virgen, pero al menos no se casó estando embarazada.

—Ellos...

—Tendrán que pasar por delante de mí. —Luca me interrumpió con voz autoritaria—. Eres mía, Perla, y también el bebé que vamos a tener.

—Lo soy. —Exhalé un suspiro de alivio mientras sonreía.

Bajé las escaleras con Luca y nos dirigimos a la entrada de la casa. En cuanto vi a mi madre y a mi hermana, me aparté de él para correr hacia ellas.

—¡Mamá! ¡Pietra!

—¡Ah, cariño! —Me envolvieron en brazos maternales.

—¿Estás bien? —me preguntó mi hermana.

—Fue solo un susto.

—¡Qué miedo! —Mi madre torció los labios.

—Lo importante es que ha vuelto a casa. —Oí la voz de mi padre y mi corazón dejó de latir.

¡Lo sabía!

Me quedé torpemente mirando a mi madre hasta que mi curiosidad por ver cómo estaba me hizo darme la vuelta.

—¿Y tu hombro? —Me froté las manos, tensa.

—Pronto estará bien.

Respiré hondo y estaba a punto de decir su nombre cuando mi abuela me tomó de la mano y me apartó.

—He llamado a una médica para que te vea.

—¿Una médica? —Fruncí el ceño.

—Tenemos que asegurarnos de que todo esté bien. —Me sacó a rastras y mi padre, mi madre y Luca me siguieron.

La doctora estaba en mi habitación cuando entramos y me di cuenta de que había traído varios equipos.

—Tú debes ser Perla.

—Lo soy. —Esbocé una sonrisa incómoda.

—Pasa.

—Ustedes pueden quedarse aquí. —Mi abuela detuvo al resto.

—Mamá... —Mi padre trató de imponerse.

—Lo sabremos más tarde.

—Voy a quedarme con ella. —Luca intentó pasar a mi abuela, pensé que no lo permitiría, pero ella dio un paso a un lado.

Mi padre intentó hacer lo mismo, pero fue detenido.

—Van a tener un bebé.

—Claro que lo sabes —resopló.

—¿Perla está embarazada? —Mi madre abrió mucho los ojos, pues era la única que no estaba al tanto.

—Esperemos abajo. —Mi abuela los empujó hacia las escaleras.

—Pero...

—Abajo, Laís.

Dejé de mirarlos cuando Luca cerró la puerta y giró hacia la médica

—¿Cómo están ellos?

—Voy a examinarla a ella y también al bebé. He traído un ecógrafo portátil para que podamos ver cómo va el embarazo.

—Estupendo.

—Toma asiento. —Ajustó su bata blanca y me indicó la cama para que me acomodara.

Asentí mientras Luca seguía de pie, mirándome.

—¿Te has caído? —me preguntó mientras colocaba un tensiómetro en mi muñeca.

Negué con la cabeza.

—¿Algún golpe en el vientre?

—No. Solo un golpe en la cabeza.

—¿Solo en la cabeza?

Asentí.

—Los golpes deben evitarse a toda costa, ya que pueden poner en peligro el embarazo e incluso provocar un aborto, sobre todo en los primeros meses.

¿Aborto? Me estremecí al pensarlo y me llevé las manos al vientre. No quería perder a mi bebé.

—Dime si está bien —gemí con algunas lágrimas en los ojos.

—Voy a hacerle una prueba, pero primero déjame tomarte la presión.

Me quedé quieta y esperé a que el dispositivo apretara mi muñeca y luego la soltara.

—Doce por ocho, no está mal. Ahora puedes tumbarte en la cama. ¿Puedes ayudarme con el vestido? —Se volvió hacia Luca.

—¿Qué tengo que hacer?

—Mantenlo levantado.

Luca obedeció la orden sin ninguna ceremonia, y yo me sentí un poco avergonzada cuando la médica me quitó las bragas y me introdujo un dispositivo.

—¡Ay!

—¿Estás bien? —Luca me miró, preocupado.

—Solo es un poco molesto.

—No será por mucho tiempo. —La médica me sonrió.

Luca ya me había introducido otros objetos antes, pero no me habían causado la misma incomodidad y la situación no me avergonzaba.

—El bebé. —La médica señaló la pantalla del aparato, permitiéndome ver.

—Es tan pequeño...

—Tiene unas seis semanas. Es bastante pequeño, pero está bien.

—¡Qué bien! —Luca parecía aliviado.

—Pueden escucharlo.

—¿Escucharlo? —Me moví y el aparato me molestó un poco más.

—El corazón.

Cuando la médica habló, yo permanecí en silencio, luego oí los latidos del corazón de mi bebé. La emoción fue indescriptible.

Miré a los ojos de mi prometido y me di cuenta de que brillaban. Los ojos marrones de un mafioso, siempre fríos y distantes, mostraban emoción. Nunca había visto a Luca así y no sabía si volvería a hacerlo.

Mi sonrisa se ensanchó y me imaginé sosteniendo a mi hijo o hija en brazos, esperando ansiosamente que llegara ese momento.

—¿Qué tengo que hacer para asegurarme que estén bien? —preguntó Luca a la médica.

—Acompañarla, cuidarla bien y asegurarse de que no se produzca ningún otro susto como este. Voy a recetarle algunos medicamentos habituales en el embarazo y a recomendarle a Perla que se haga un análisis de sangre para comprobar si tiene alguna carencia de minerales o vitaminas.

Luca asintió y su postura volvió a ser seria, pero cuando nuestras miradas se volvieron a cruzar vi que sonreía ligeramente.

No fui la única que se alegró de saber que todo iba bien con nuestro bebé.

Finalmente, la médica me quitó el aparato y me dijo que podía levantarme.

Luca me ayudó a levantarme y me puse de pie junto a la cama.

Me había asustado el secuestro, pero me alegré de poder volver a casa. Nunca dudé de que él y mi familia vendrían a buscarme.

—¿Y ahora qué? —Contuve la respiración mientras lo miraba fijamente.

—¿Ahora?

—Todo el mundo lo sabe y aún no estamos casados.

—Pero nos vamos a casar. Solo hemos tenido un breve descanso, pero eso no ha cambiado

—dijo en un tono decidido, muy alejado de los temores que yo sentía.

—¿Cuándo?

—Hoy.

—Pero, Luca...

—Los invitados deben estar aún en Roma y el salón de baile nos espera.

—Unas cuantas horas tarde. —Me mordí el labio inferior con torpeza.

—Les pagan bien por ser pacientes y esperar.

—De acuerdo.

Estaba despeinada y mi vestido estaba sucio, pero por la postura de Luca, no le habría importado.

Lo vería todo como una broma cuando mirara las fotos de la boda años después. Era mejor ver el vaso medio lleno.

Cuando Luca puso la mano en el picaporte y abrió la puerta, mi corazón dejó de latir de nuevo, porque sabía que mis padres estaban esperando y tendría que enfrentarme a ellos con la verdad sobre mi embarazo. No quería decepcionarlos, pero al mismo tiempo no podía arrepentirme de los momentos que había pasado con Luca.

—¿Cómo estás? —Mamá me rodeó el cuello con los brazos y me dio un abrazo maternal en cuanto me vio.

—Bien...

—¿Y el bebé?

—También...

Por encima de su hombro, noté que mi padre me miraba serio y con poca expresión. La sensación de que estaba frustrado y decepcionado conmigo era aún mayor por el hecho de que no había dicho nada. Finalmente, Pietra no había sido la única en meterse en líos y convertir la boda en un verdadero escándalo.

Siguió mirándome hasta que su ceño fruncido se convirtió en una sutil sonrisa.

—Me alivia saber que ustedes están bien.

¿Ustedes? ¿Se refería a mí y al bebé?

—Gracias, papá.

—Marco —Luca giró hacia él y el ambiente volvió a tensarse—, espero que podamos volver a la iglesia y celebrar la boda.

—¿Hoy? —dijo mi madre sorprendida—. Acaban de secuestrar a Perla. Está embarazada, necesita comer, beber agua y descansar. Podemos reprogramar la boda para otro día.

—¡Mamá! —Le toqué el brazo, atrayendo su atención—. Quiero casarme y tenemos una razón más para hacerlo.

—La boda debe celebrarse —convino mi padre.

—Tu vestido está todo sucio, cariño. —Mi madre se desanimó. Sabía que estaba preocupada, pero en ese momento había otras prioridades que un vestido impecable.

—Podemos encontrar otra cosa que ponerme.

—¡De acuerdo! —ella asintió.

Mi padre hizo un gesto con la cabeza y Luca se marchó, siguiéndolo escaleras abajo.

—¡Vamos! —Mi madre me puso la mano en el centro de la espalda y me llevó a su habitación—. Pediré que te traigan algo de comer mientras te preparas. Tienes que comer bien.

—Gracias, mamá.

—Todavía tengo el vestido que usé cuando me casé con tu padre. Bueno... El segundo vestido. —Ella soltó una risita—. Puedes ponértelo.

Sabía bastante de la historia de mis padres y que, por miedo, ella lo había abandonado en el altar. Al parecer, las hijas también repetían la confusión.

Solo esperaba poder entrar por fin en la iglesia y casarme con Luca.



Luca

Capítulo treinta y seis

Fue difícil no quedarme con Perla e ir a la iglesia en compañía de mi familia. Por mucho que Salvatore estuviera muerto, yo seguía temiendo que pudiera pasarle algo y no estar cerca para protegerla me volvía loco.

Arreglé el cuello de la camisa, que me estaba ahogando, y respiré hondo. Estaba tenso, sudoroso y cada vez más angustiado.

¿Por qué tardaba tanto?

Los invitados que habían regresado a la iglesia estaban sentados en largos bancos de madera y también miraban de un lado a otro, mostrando su impaciencia.

Las bodas pasaban siempre sin demasiado estrés, pero conmigo no sería tan fácil. Mientras no tuviera a Perla delante, con mis manos entre las suyas, seguiría sin poder librarme de aquella extraña aflicción.

Entonces se abrieron las puertas de la iglesia y fue como si el tiempo se hubiera detenido. En mi mente reviví la escena del soldado entrando y diciéndole que se la habían llevado. Se me cerró la garganta, me costó respirar.

Fue cuando por fin la vi que solté un fuerte suspiro y tomé aire de golpe, como si pudiera volver a respirar después de pasar horas bajo el agua.

Me miró con sus ojos castaños y me dedicó una sonrisa suave y delicada que me reconfortó y bastó para disolver la capa de tensión que me consumía. Perla llevaba un ramo de lirios y rosas blancas, tan delicado como ella. Sus pasos eran tranquilos mientras caminaba junto a su padre, que disimulaba que le habían disparado en el hombro.

Mi prometida tenía un aspecto diferente de cuando la había visto antes. El vestido era distinto, bonito, pero más casto y antiguo. No sabía cómo había conseguido otro tan rápidamente, pero lo importante era que estaba preciosa y desprendía una felicidad contagiosa.

En cuanto se acercaron, bajé los escalones del pasillo y extendí la mano para tocar la suya, pero antes de que pudiera tocar a mi prometida, Marco me dio un golpecito en el hombro y me

obligó a mirarlo.

—Haz todo lo posible por protegerla.

—Lo haré. —Lo que dije era algo más que palabras vacías, sabía que cuidaría de Perla, y que haría mi mejor esfuerzo por protegerla.

Esto era algo más que un matrimonio concertado. Entre las gemelas Bellucci, yo la había elegido para estar a mi lado y estaba dispuesto a convertirla en mi prioridad y honrarla según las tradiciones italianas.

Más que una alianza entre Mancini y Bellucci, era mi familia y la madre de mi hijo. No tenía ni idea de lo importante que era esto hasta que me enteré del embarazo y, sobre todo, cuando vi a mi hijo en una pantalla en blanco y negro en la que no era más que un puntito.

Pensar en el sonido del corazón del niño hizo que el mío latiera más rápido.

Tenía varios propósitos en la vida, entre ellos ser el mejor *capo* que Sicilia pudiera tener y honrar el legado de mi padre, pero estaba descubriendo algo que me hacía aún más feliz.

Tomé la mano de Perla y ella levantó la vista, encontrándose con la mía y sonriendo suavemente. Quería atraerla hacia mí y besarla delante de todos, pero tendría que esperar al momento adecuado.

Se despidió de su padre, que se acercó a su mujer, subió conmigo al altar y nos pusimos delante del oficiante.

—¿Ahora sí se va a celebrar la boda? —nos dijo entre dientes con una mirada burlona.

No era un buen momento para bromas.

Entrecerré los ojos y apreté los dientes, haciendo que diera un paso atrás y se arrepintiera de sus palabras. Entonces, sin demora, comenzó la ceremonia, hablando vagamente de mí y de Perla, era obvio que no nos conocía y decía cosas genéricas, pero no me importaba, lo único que quería era salir de allí sabiendo que ella sería mía para siempre.



Perla

Capítulo treinta y siete

Mientras nos acomodábamos en la parte trasera de la limusina, miré mi mano izquierda y observé el brillante anillo de boda. Me había convertido en esposa. Después de todo el caos y la confusión de aquel día, por fin me había convertido en la mujer de Luca.

Había experimentado sentimientos intensos y muy contradictorios en poco tiempo. Desde la angustia, pasando por la tensión, el miedo y la vergüenza, hasta finalmente sentirme completamente llena de felicidad.

Giré la cabeza y me encontré con los profundos ojos marrones de Luca mirándome fijamente. Se quedó en silencio, pero me devolvió la mirada.

—Casados... —murmuré en voz baja.

—Sí.

Estiré la mano y me atreví a tocarle la cara, rodeando sus pómulos y su bien cuidada barba. No se apartó y fue un incentivo para que siguiera tocándolo. Era como si extrañamente estuviera viviendo un sueño. La felicidad palpitaba más rápido y mi adrenalina se hizo más intensa.

Lo agarré del mentón y lo traje hacia mí. Luca se movió en el asiento del auto, ajeno a los guardias de seguridad que nos observaban, y cubrió mi cuerpo con el suyo, uniendo nuestros labios en un beso nada recatado comparado con el que nos dimos en la iglesia. Puso una de sus manos en mi cintura mientras su lengua se zambullía en mi boca, explorando cada rincón y haciendo que mi sangre se calentara aún más.

Le pasé las manos por el cuello, por la nuca, hasta que enredé los dedos en su suave y corto pelo negro. Inclinó la cabeza, intensificando el beso, y no me aparté ni siquiera cuando empecé a sentir que me faltaba el aire. Tenía sed y cuanto más me besaba, más deseaba que continuara.

Se apartó y movió su boca por mi cuello. Cerré los ojos, seducida por la sensación. Estaba tan desesperada por sentirlo que no me importaba el posible público. No había imaginado que tendríamos sexo allí, pero estaba tan ansiosa que me encontré dispuesta.

Luca me apretó la cintura y me pasó las manos por los muslos, pero las faldas del vestido le impedían tocarme directamente.

Pensé que iba a subirme a su regazo, pero me sorprendió cuando se apartó como si se hubiera sobresaltado.

—¿Luca?

—Escuché un auto. —Movió la mano y la puso sobre el arma, alerta.

—Solo era una señora que frenó antes de chocar contra la parte trasera de otro auto —explicó uno de los soldados que miraba atentamente hacia el exterior.

Luca se movió un poco, dejando caer el arma, pero estaba claro que seguía en alerta. No podía juzgarlo por eso, yo casi muero unas horas antes y mi padre también.

—Todo va a salir bien. —Le tomé la mano y sonreí.

—No dejaré que te hagan daño.

—Salvatore está muerto. Tu hermano lo mató y todos lo vimos.

—Espero que nadie más se atreva a actuar como él. —Luca apretó los dientes, mostrando que seguía enfurecido.

—No lo harán. Los *capos* no son tan estúpidos. Si actúan contra nosotros, tendrán que enfrentarse a los Mancini y los Bellucci.

—Tienes razón. —Me acarició la mejilla y sonrió.

Sabía que Luca tardaría un tiempo en dejar de preocuparse, pero realmente esperaba que la persona responsable de los atentados contra la vida de mi marido estuviera muerta y no tuviéramos que preocuparnos más.

—Ya hemos llegado —anunció el chófer al aparcar delante del Palacio de Poli.

El lugar había acogido las bodas de mi familia durante años y ya era una tradición. Mis padres, mis tíos, mi hermana y, en ese momento, yo. Era una parte importante de nuestra historia y creo que nos sorprendería que alguien eligiera un lugar diferente.

Salimos del vehículo y entramos en el recinto.

Luca me tomó de la mano y una coordinadora nos dirigió para que recibiéramos los saludos de los invitados.

Mis padres llegaron primero y mi madre me dio un vaso de agua. Sabía que ella ya había dado a luz a otros tres niños, y quería asegurarse de que yo estaría bien.

—¡Ah, cariño! —Ángela me tendió los brazos después de que le devolviera el recipiente a mi madre.

—Hola. —Correspondí su cariño.

—Bienvenida a la familia.

—Muchas gracias. —Le sonreí mientras nos alejábamos.

Ángela era amable conmigo y esperaba que nos lleváramos tan bien como mi madre se llevaba con mi abuela.

Nos sentamos en un rincón de la sala, bellamente decorada, con muchas flores naturales, lámparas de araña y velas. Ya era de noche, lo que daba al lugar un encanto especial.

Cuando Luca y yo nos libramos por fin de los abrazos y las felicitaciones, lo tomé de la mano y lo acerqué hasta donde podíamos ver la Fontana de Trevi.

Era precioso y el agua que fluía reflejaba la iluminación a su alrededor, dando la impresión de que las gotas eran diminutos cristales.

—Es precioso —comentó Luca.

—Muy bonito —suspiré, apoyando la cabeza en su hombro.

Nos quedamos así unos segundos, contemplando, hasta que interrumpí el silencio.

—¿Tienes una moneda?

—¿Para qué? —Mi marido frunció el ceño.

—Pidamos un deseo.

Luca me miró sin comprender realmente, pero rebuscó en sus bolsillos hasta que encontró

su cartera, sacó una moneda y me la entregó.

—Toma.

—Gracias.

Tomé su mano, la abrí con la palma hacia arriba, puse la moneda en el centro y la cubrí con la mía. Cerré los ojos y pedí un deseo desde el fondo de mi corazón. Quería que pudiéramos encontrar el amor todos los días y que siempre fuéramos felices el uno con el otro.

Moví su brazo con el mío y lanzamos la moneda juntos.

—Vamos. —Me arrastró—. Vamos a comer algo.

—Suenas como mi madre.

—Creo que ambos estamos de acuerdo en que queremos que tú y el bebé estén sanos.

—Sí, claro. —Le sonreí y dejé que me arrastrara.

Después de la tensión a la que nos habíamos enfrentado ese día, creo que todos intentábamos relajarnos y disfrutar de la fiesta de bodas.



Luca

Capítulo treinta y ocho

La azafata me sirvió un trago de whisky después de que mi avión despegara de un aeropuerto privado de Roma.

Perla estaba sentada a mi lado. Antes de salir de su pueblo, se había cambiado de ropa y llevaba un vestido más cómodo y menos abultado. Pero me di cuenta de que debía de tener frío por la piel de gallina que tenía en el brazo.

Puse el vaso en la mesa frente a mí y me desabroché el cinturón para quitarme la chaqueta y ponérsela encima a ella.

—Gracias. —Perla me sonrió y se acurrucó debajo, usando la prenda como manta.

Apoyó la cabeza en mi hombro y cerró los ojos, que parecían pesados. Mi mujer estaba agotada y no era la única.

Un día que debía ser la celebración de una alianza se había convertido en un momento de agonía. Quería asegurarme de que nunca volviera a pasar por eso. No era solo por la promesa que le había hecho a Marco de que la protegería.

Tomé unos sorbos más de mi bebida mientras observaba a mi madre, a mi hermano y a los demás soldados dentro del avión. Todos estaban en silencio, sumidos en sus propios pensamientos.

Todos teníamos que hacer un esfuerzo para que un episodio así no volviera a repetirse. Éramos los Mancini y debíamos ser respetados como tales. Quizá hubiera que derramar un poco más de sangre para que los sicilianos estuvieran seguros de ello. No perdonaría a nadie que actuara contra mí.

Giré la cabeza para mirar a Perla y me di cuenta de que se había quedado dormida y estaba inclinada, apoyada en mí. Volví a dejar el vaso y la levanté. Mi mujer no se despertó mientras atravesaba el avión con ella y la colocaba en un sofá para que pudiera dormir un poco más cómoda.

Le acaricié la cara, trazando sus delicados rasgos. No se despertó, solo se removió para

ponerse más cómoda.

—Perla es muy guapa. —Oí la voz de mi madre, que me hizo girarme para mirarla y darme cuenta de que estaba detrás de mí.

—Sí, lo es.

—¿Por qué no me contaste lo del embarazo? —Se cruzó de brazos y me miró un poco más interrogante.

—No se lo dije a nadie. No quería que la noticia se difundiera antes de la boda.

—Soy tu madre.

—Si Salvatore hubiera sabido que Perla estaba embarazada, podría haber sido peor. Si la hubiera golpeado, podría haber perdido a mi hijo.

—Afortunadamente, no ocurrió lo peor. —Mi madre me dio unas palmaditas en el hombro.

—Sí...

—Cuidémosla.

—Lo haremos.

Mi madre sonrió y el gesto me pareció extraño.

—¿Qué pasa? —Alcé las cejas en una postura confusa y más distante.

—Te enamoraste de ella.

—No es un tema que debamos tratar ahora. —A la defensiva, metí las manos en los bolsillos e hinché el pecho.

—Eso es lo que hace que el matrimonio sea mejor.

—No quiero que ella sea un objetivo por eso.

—Es tu mujer y una Bellucci, siempre será un objetivo, pero lo que estés dispuesto a hacer por ella es lo que hará que todo merezca la pena.

—Siento que mi padre ya no esté aquí.

—Yo también. —Mi madre apretó los labios con pesar—. Pero fuimos felices mientras él estuvo. También entiendo el sacrificio que Tiago hizo por su familia.

—Estoy seguro de que no sería el mismo hombre sin ti.

—Estás aprendiendo. —Se rió antes de alejarse hacia donde estaba mi hermano, dejándome con Perla dormida.

Tenía poder, tenía lujo y era temido, pero ahora tenía una familia y el significado de eso era aún más importante.



Perla

Capítulo treinta y nueve

Estaba tan agotada que dormí durante todo el viaje. Me desperté sintiendo cómo mi cuerpo se balanceaba y abrí los ojos lentamente, notando la pista a mi alrededor y sintiendo los brazos de Luca rodeándome. El olor de su chaqueta aún me embriagaba mientras me sacaba del avión en brazos.

—Hola... —dije con voz somnolienta, acurrucándome junto a él.

—No quería despertarte.

Por un momento pensé en decirle que podía continuar el viaje caminando con mis piernas, pero la sensación de estar en su regazo era tan buena que preferí seguir. Mi marido era lo bastante fuerte como para soportar mi peso y no parecía importarle hacerlo.

Uno de los soldados abrió la puerta de un todoterreno negro y Luca me acomodó en el asiento trasero antes de sentarse a mi lado. En cuanto cerró la puerta, volví a acurrucarme contra él, apoyando la cabeza en su hombro.

Extrañamente, todo parecía haber valido la pena para que yo tuviera ese momento.

El conductor condujo unos minutos hasta la mansión Mancini. A pesar de que Roma tenía una zona costera, el clima de Palermo era completamente distinto. A través de la ventanilla, bajo los rayos del alba, podía ver el mar que seguía de lado a lado la autopista. La arena parecía blanca y cristalina, mientras que el océano era de un azul intenso.

Seguí observando hasta que llegamos a la casa, que estaba al borde de la playa. Era preciosa, un poco más pequeña que aquella en la que me había criado, pero igual de lujosa.

Me puse la chaqueta de Luca y acepté su mano para que pudiéramos salir del auto cuando este entró en el garaje.

Vi a su familia y los saludé con una inclinación de cabeza antes de entrar en el vestíbulo y dirigirnos al salón, que tenía sofás grandes y luminosos, una alfombra peluda y ventanas de cristal con vistas al mar.

Luca entrelazó sus dedos con los míos y no dijo nada antes de llevarme escaleras arriba. Sentí que se me secaba la boca y se me aceleraban los latidos al darme cuenta de que por fin estaríamos juntos sin tener que escondernos.

Mis instintos se despertaron y ni siquiera tenía sueño cuando me di cuenta de que estaba ansiosa por lo que me iba a hacer.

Entramos en su habitación y Luca empujó la puerta, cerrándola con llave. Lo que habíamos empezado en el asiento del auto el día anterior por fin podía hacerse realidad.

Las palpitaciones entre mis muslos empezaron a hervir. Me di cuenta de que quería más de sus caricias y de ese loco dominio que ejercía sobre mí, lo que me ponía extremadamente cachonda.

—¿Quieres...

—Bésame. —Ni siquiera le dejé terminar la frase y eso pareció bastar para poner fin a cualquier pregunta que se le pasara por la cabeza.

Hacía mucho tiempo que no nos veíamos y tenía muchas ganas.

Ahora que Luca era mi marido, no necesitábamos excusas para disfrutar de nuestra mutua compañía.

Cuando él respondió a mi pedido, agarrándome la nuca y acercándome a él, jadeé con la oleada deliciosa de sensaciones provocada por la forma en que me agarró y su lengua se adentró en mi boca.

Respondí al beso con la misma intensidad, moviendo mi cabeza al ritmo de la suya para que encontráramos el mejor ajuste mientras frotaba mi cuerpo contra el suyo. Sus manos firmes y pesadas recorrieron mi espalda, rodearon mi trasero y se introdujeron en mi vestido para poder tocarme directamente las nalgas y, cuando las apretó, luché contra el impulso irrefrenable de gemir, intensificando aún más el beso.

Puso una de sus piernas entre las mías y la fricción en mi sexo hizo que palpitara aún más. Lo deseaba tanto y apenas habíamos empezado.

Me mordisqueó el labio inferior y movió su boca por mi cuello, dejando chupones y

mordiscos que me provocaron escalofríos. Me derretí bajo el peso de sus manos y la humedad de sus labios.

Me rozó la mejilla con los labios y acercó su boca a mi oreja. Me la mordió y clavé las uñas en sus hombros. No sabía por qué no me había amordazado aún, pero me estaba resultando casi imposible no gemir.

Sus manos pasaron de mi trasero a la cremallera de mi vestido, tirando de él hacia abajo y haciendo que resbalara hasta mis pies. Me desabrochó el sujetador y lo tiró a un rincón de la habitación.

Me eché hacia atrás y cerré los ojos cuando me chupó un pezón. Le pasé las uñas por los hombros mientras mi interior se llenaba cada vez más de sensaciones de placer y deseo.

Sus manos bajaron por los costados de mi cuerpo y me bajaron las bragas. Moví los pies, para apartarla junto con el vestido, mientras por fin me quedaba desnuda en sus brazos como yo quería.

Esperé a que me atara y me amordazara, pero no hizo nada de eso, solo me levantó y me llevó a la cama, tumbándome sobre las almohadas.

—Luca... —su nombre se escapó como un gemido que no pude contener—. Yo... —Jadeé y sollocé mientras intentaba hablar—. Ah... —Me arqueé sobre la cama cuando acercó su mano al interior de mis muslos—. No... no puedo evitarlo...

Me movió sobre la cama y me sujetó el mentón, obligándome a mirarlo.

—¡Mírame! —exigió en tono firme.

Asentí con la cabeza.

—¡Gime!

—Pero, Luca...

—Quiero oírte gemir.

—Pero no te gustaba.

—Sí, me gusta escucharte.

No supe exactamente cómo reaccionar ante aquello, pero tampoco tuve la oportunidad, porque metió su mano entre mis piernas y tocó directamente mi sexo. Cuando su dedo me invadió, mojándome aún más en un movimiento de vaivén que sacaba mi líquido, fue imposible no gemir.

Apreté los dedos en la sábana, retorciéndola mientras el dedo de Luca entraba y salía de mí sin darme tregua.

Tenía los ojos en blanco y solo quería rendirme a las maravillosas sensaciones que me invadían cada vez con más intensidad.

Me apartó la mano y solté un chillido de protesta.

—Luca...

—Quiero hacerte algo que nunca he hecho antes.

—¿Qué? —Me di la vuelta con expectativa y curiosidad.

—Deja las piernas abiertas.

No tuvo que pedírmelo dos veces.

Lo seguí con la mirada mientras Luca se acomodaba. Me agarró las nalgas, hundiendo sus dedos en mi carne mientras su cabeza se acurrucaba entre mis muslos. Aluciné con la sensación de su aliento y me volví loca con la posibilidad de lo que pudiera hacer hasta que sentí su lengua rozándome. Empecé a menearme, cediendo al impulso de darme la vuelta, pero Luca me agarró el culo con más fuerza y me mantuvo quieta, rehén de su voluntad como las otras veces que había tenido sexo conmigo.

Mis gemidos se escapaban a medida que la estimulación de su boca sobre mí se hacía más intensa. Me lamía, me chupaba y me penetraba con la lengua, haciendo que mi placer fuera cada vez más latente hasta el punto en que no pude controlarlo más y me entregué por completo al orgasmo.

La tensión estalló en mi vientre, bañando todas mis venas y dejándome hormigueante, exhausta y extasiada.

Mientras yo gemía descontroladamente, Luca se arrodilló en la cama y empezó a

desnudarse. Corbata, camisa, cinturón... pronto toda su ropa estaba en el suelo, ni siquiera los pantalones.

Contemplé su miembro rígido y palpitante mientras él volvía a colocarse encima de mí y separaba aún más mis piernas, rodeando mi cintura mientras me penetraba. Le rodeé el cuello con los brazos y acerqué mi oreja a su boca.

Cuando empezó a moverse, mis gemidos siguieron el ritmo de sus movimientos, haciéndose más enfáticos a medida que aumentaba el ritmo. Aunque ya me hubiera hecho acabar, era delicioso tenerlo dentro de mí.

Una de sus manos sujetaba mi muslo mientras la otra lo apoyaba en la cama. Luca me miraba fijamente con cada embestida y yo estaba a punto de alcanzar de nuevo el clímax cuando sentí su líquido vertiéndose dentro de mí.

No se detuvo, guiándose por mis gemidos hasta llevarme de nuevo al clímax.

—Te amo, Perla.

No esperaba oír eso, aunque él sintiera eso por mí, pero oírle verbalizarlo me hizo aún más feliz.

—Yo también te amo, Luca. —Le toqué la cara y lo atraje para que me besara.



Luca

Capítulo cuarenta

Yo también estaba agotado y después del sexo me quedé dormido junto a mi mujer. Me desperté unas horas más tarde, notando el fuerte sol que intentaba colarse por los huecos de la cortina.

Me levanté para ir al baño y Perla no se movió en absoluto. Quería que descansara y tuve cuidado de no despertarla.

Me cambié de ropa en el vestidor y salí del dormitorio, abrochándome el saco mientras caminaba hacia el comedor.

—Buenos días, hijo. —Mi madre me sonrió cuando entré en la habitación.

—Buenos días. —Acerqué una silla y me senté a su lado.

—¿Pudiste dormir?

—Seguro que solo le preocupaba tener sexo con la Bellucci —refunfuñó mi hermano, clavando el tenedor en un trozo de pan.

—¡Mario! —reprendió mi madre.

Puse la mano sobre la mesa y me volví hacia mi hermano apretando los dientes.

—Más respeto con mi mujer.

Se encogió de hombros, pero no dijo nada más. Más le valía tener mucho cuidado con cómo se refería a ella. No toleraría que la ofendieran en la casa que también le pertenecía a ella, ni siquiera si se trataba de mi hermano.

Me serví una taza de café antes de volverme hacia mi madre, atrayendo su atención.

—Quiero que convoques a todos los *capos.* Pídeles que se reúnan conmigo en el mismo lugar de siempre.

—¿Por qué quieres encontrarte con ellos? —me preguntó Mario.

—Para recordarles las consecuencias de actuar como Salvatore.

—Lo haré —asintió mi madre, levantándose de la mesa.

Yo me concentré en comer un poco. Necesitaba toda la energía posible para lo que estaba a punto de afrontar.

En cuanto regresó, asintiendo con la cabeza, me levanté, haciendo un gesto a Mario para que se uniera a mí.

—Cuídala —le dije a mi madre antes de marcharme.

—No hay problema. La mantendré a salvo.

Asentí una vez más y salí de la mansión en dirección al garaje. En silencio, Mario vino conmigo y nos repartimos en dos autos junto con los soldados, los hombres de confianza que necesitaba tener cerca por mi propia seguridad.

—¿Adónde, jefe? —me preguntó el conductor.

—A encontrarnos con los *capos*.

Arrancó el auto y me acomodé mejor en el asiento trasero.

La lealtad era crucial en la mafia, y tenía que recordar a mis subordinados las consecuencias de no seguir las reglas.

Iba a asegurarme de que Salvatore fuera el primero y el último en atreverse a ponerse en mi contra.

Revisé mi arma y me preparé para salir del auto en cuanto se detuviera. Tenía balas suficientes para matar a todos, pero no era eso lo que pretendía hacer allí.

Mario abrió el camino y yo seguí a los soldados hasta el galpón. En cuanto entré, los ojos de los hombres se volvieron y me siguieron. Los conté rápidamente y aún faltaban dos. Tardarían un rato en cruzar la isla y llegar hasta allí, pero yo iba a esperar hasta que estuvieran todos.

—Felicidades por la boda —se atrevió a decir uno de ellos, pero no le presté atención.

Me acomodé con una expresión observadora y Mario se quedó a mi lado hasta que por fin llegó el resto de los capos.

Uno de ellos era Nasco Savoia. Al igual que Salvatore, él ya había mostrado su oposición a mi alianza con los Bellucci. No toleraría que esto continuara. Antes no pensaba en medidas tan drásticas, pero después de lo que le habían hecho a Perla probarían toda mi crueldad.

—¿No deberías estar teniendo sexo ahora? —Oí una risita—. He oído que ya has encargado al bebé antes de la boda.

El desenfreno del *capo* cesó en cuanto vio mi expresión.

Era mejor no seguir bromeando, sobre todo en un día en el que mi temperamento era bastante explosivo.

—¿Por qué nos has llamado? —Nasco abrió la boca, atrayendo las miradas de todos hacia él, incluida la mía—. Tenemos asuntos importantes que tratar.

—No eres el único, pero este también es un tema importante. Como sabes del embarazo de mi esposa, imagino que también estás al tanto del incidente con Salvatore. Lleva meses intentando matarme y secuestró a Perla antes de nuestra boda. Sé que hay entre ustedes quienes no respetan ni toleran mi relación con la familia Bellucci. Incluso pueden pensar que es una ofensa a mi padre, ¡pero eso lo decido yo!

—¿Nos has convocado aquí para determinar quién se hará cargo del territorio de Salvatore? —Luigi, otro *capo*, parecía interesado en el tema.

—No. Los he llamado para recordarles que mis órdenes deben cumplirse a toda costa, que soy yo quien manda en Sicilia. Mis aliados y mis decisiones deben ser respetados como ley. Cualquiera que intente actuar contra mí se enfrentará a un castigo aún mayor que Salvatore.

—No puedes obligarnos a querer a los Bellucci... —Nasco empezó, pero antes de que pudiera terminar, saqué mi pistola y le disparé en la cabeza, dándole de lleno en la frente y haciéndolo caer sin vida.

—Espero que su hijo sea un poco más obediente. —Los otros capos me miraban boquiabiertos mientras guardaba mi arma—. ¿Alguna objeción más? —pregunté y permanecieron en silencio.

Empecé a dar vueltas por la sala, mirándolos fijamente a cada uno de ellos antes de volver

a hablar. Habían manipulado algo precioso para mí y pagarían un precio por ello.

—Los Bellucci seguirán siendo aliados de los Mancini, como debe ser. Entiendan, Sicilia es mía, esto no es una democracia. Si vuelven a actuar en mi contra, tendrán una muerte miserable. ¿Entendido?

Algunos tragaron saliva y otros se quedaron mirando.

—Yo soy el que proporciona las drogas, soy el que manda y determina quién manda en cada territorio. Será mi hijo después de mí y seguirá siendo así durante siglos.

Miré hacia abajo y pateé el cuerpo sin vida contra el suelo.

—Espero que nos hayamos entendido.

El resto se limitó a afirmar con la cabeza.

—En cuanto al territorio de Salvatore, sé que no tiene hijos, pero tiene un sobrino que se hará cargo del lugar.

No dijeron ni una palabra, y mucho menos una pregunta. Esperaba haberles recordado mi poder y que la muerte los encontraría si intentaban enfrentarse a mí.

Cuando terminó la breve reunión, volvimos a los autos y yo estaba a punto de subirme al asiento trasero cuando Mario me alcanzó y me llamó la atención.

—¿Qué ocurre?

—Fue precipitado de tu parte matar a Nasco.

—¿Precipitado? —me reí—. No estaba de acuerdo conmigo y no estaba dispuesto a esperar a que actuara en mi contra.

—¿Vas a matar a todos los que se te opongan?

—Así funciona la mafia, hermano —dije en un tono seco y distante—. Yo soy el jefe y quien no me respete morirá.

—¿Vas a acumular cadáveres por ella?

—Si es necesario lo haré.

Mario movió la cabeza negativamente y yo lo agarré del cuello de la camisa para que me mirara.

—Escucha, hermano, no voy a dejar que te opongas a mí por más tiempo.

—¡Está bien! —Dio un paso atrás en una postura más defensiva—. Tienes razón.

—La tengo. —Lo miré fijamente antes de abrir la puerta.

Mario aún se sentía resentido por lo que le había ocurrido a nuestro padre, pero afortunadamente no me desafió delante de los demás y no podía dejar que el resentimiento lo hiciera actuar de forma irracional.

Prefería acabar con la vida de unos cuantos idiotas que empezar una guerra innecesaria solo porque crean que es lo correcto.



Perla

Capítulo cuarenta y uno

—¡Luca! —Me di la vuelta en la cama, golpeé con la mano el espacio vacío y me di cuenta de que no estaba.

Me sentía un poco incómoda al despertarme por la mañana y no verlo.

Habíamos pasado la noche juntos y esperaba que sus ojos fueran lo primero que encontrara al despertar. Me levanté de la cama y miré alrededor de la habitación, buscándolo, pero no lo vi.

Fui al baño y luego me puse el mismo vestido que estaba en el suelo, junto con mi ropa interior, ya que no sabía dónde estaba mi maleta ni el resto de mis pertenencias.

Salí de la habitación y, en cuanto recorrí el pasillo, me topé con la madre de Luca, casi como si Ángela me hubiera estado esperando.

—¡Hola!

—¡Buenos días! —Me dedicó una sonrisa que me hizo relajarme un poco.

—Debería ser buenas tardes. —Solté una risita.

—No nos fijemos en ese detalle.

—¿Dónde está Luca? —me atreví a preguntar.

—Se fue.

—Ah. —Había cierta decepción en mi voz.

—No te preocupes, se ha ido para ocuparse de asuntos de la mafia, pero volverá pronto.

—Gracias.

—¿Tienes hambre?

—Un poco. —Me acomodé un mechón de pelo detrás de la oreja, tratando de contenerme y un poco insegura de cómo comportarme. Esperaba que con el tiempo me resultara más fácil.

—Vamos abajo. La criada ya ha recogido la mesa del café, pero le pediré que te prepare la

comida. No puedes esperar hasta el almuerzo, especialmente con mi nieto en camino.

—Gracias.

La madre de Luca me dio la espalda, pero antes de que pudiera marcharse, volví a llamarla.

—¡Ángela!

—¿Qué ocurre?

—¿Sabes dónde están mis cosas? No recuerdo haberlas visto desde que salimos de Roma.

—Están en la tercera puerta a la izquierda. —Señaló hacia el pasillo—. Pedí que los dejaran en la habitación de invitados para no molestarlos.

—¿Puedo ir allí? —pregunté un poco incómoda.

—¡Claro que sí! Mientras tú tomas lo que necesitas, yo iré a la cocina.

—Nos vemos allí.

—Trato hecho. —Ángela me dedicó una sonrisa más antes de bajar las escaleras.

Cada vez estaba más segura de que sería amable conmigo y eso me hacía feliz. Llevarme bien con la madre de Luca era esencial para que esa relación funcionara.

Cuando se perdió de vista, fui al dormitorio y abrí la puerta, viendo mis maletas y mi bolso sobre la cama. Todo lo que había traído de casa estaba allí para poder seguir con mi vida al lado de mi marido.

Elegí unos pantalones limpios y una camiseta y me encerré en la habitación para cambiarme antes de buscar el móvil en el bolso. Contesté algunos mensajes de mi madre y mi hermano, que querían saber cómo estaba, y también algunos de mi hermana.

Me senté en el borde de la cama para hablar con ella.

Pietra:

¿Cómo está la Sra. Mancini?

Perla:

Tal vez tan bien como la Sra. Orlov.

Pietra:

Jajaja.

¿Fue agradable dormir con él por primera vez? Porque todo el mundo sabe que ya lo has hecho antes. Jajaja.

Perla:

Estaba tan cansada que acabé durmiendo en el avión. Me levantó y me llevó hasta el auto. Cuando llegamos a su habitación, fue increíble. Diferente a como solía ser, pero bueno.

Solo que me desperté y ya se había ido.

Pietra:

Debe haber ido a arreglar algo con la mafia.

Perla:

Eso dijo su madre, pero ¿era mucho pedir que estuviera aquí cuando abriera los ojos?

Pietra:

Comprendo ese sentimiento.

Perla:

Pero hubo algo que compensa todo eso.

Luca dijo que me ama.

Pietra:

Ohhhhh.

Perla:

Lo quiero, y a pesar de toda la confusión, no hay ningún otro sitio en el que quisiera estar. Es intenso, atractivo, se preocupa por mí y vamos a tener un bebé juntos.

Pietra:

Esa es la mejor parte. Me alegra saber que estás bien. También me consuela saber que el hombre que intentaba matar a Luca fue asesinado.

Perla:

Espero que esto sirva para que el resto de Sicilia se dé cuenta de que Luca está del lado de los Bellucci, que estamos casados y nadie va a cambiar eso.

Pietra:

Los enemigos siempre existirán, hermana. Vivimos en un mundo en el que las luchas por el poder son constantes, así que tenemos que apoyarlos y mantener la guardia alta.

Perla:

Ya lo creo. ¿Cómo es la vida en Rusia?

Pietra:

Estar con Mikhail es todo lo que quiero. Iría donde él necesitara estar, pero Moscú es diferente de Roma, no solo por la arquitectura y la religión. Echo de menos cómo nos reuníamos para cenar los domingos y la presencia, incluso invasiva, de la familia en nuestras vidas. Aunque haya soldados y sirvientes en la mansión, siempre estamos solos Mijail y yo en una casa enorme. Su relación con los demás líderes no es estrecha. Todos saben que tienen que respetarlo y seguir las órdenes del pakhan, sin sentimentalismos ni muestras de afecto.

Son fríos y distantes la mayor parte del tiempo.

Perla:

¿No te sientes como en casa?

Pietra:

¡Me siento!

Mikhail me ha dejado redecorar la mansión y cada vez se parece más a mí. He comprado muebles y cortinas nuevos, he hecho pintar las paredes y el lugar parece cada vez más alegre.

Perla:

Pronto nacerá tu bebé y habrá otros. Varios niños medio italianos correteando por la casa.

Pietra:

¡Ya lo sé! Lo estoy deseando. Jaja.

Mikhail tiene su manera, pero también está entusiasmado con el embarazo. Es su oportunidad de crear una relación padre-hijo, porque la que tuvo no fue la mejor. Su padre lo educó para ser un asesino y yo quiero que sea diferente.

Perla:

¿Crees que sea posible?

Pietra:

Haré todo lo que pueda. Quiero construir una familia lo más parecida posible a la nuestra, aunque mis hijos tendrán aquí toda la influencia de la mafia. Quiero que sepan que su familia siempre estará ahí para ellos.

Perla:

Eso es hermoso.

Pietra:

Sí.

Cambiando de tema. ¿Sabes algo de Manuela?

Perla:

No éramos muy amigas antes y después de que le dejaras un prometido, no creo

que sea nuestra mayor fan. Pero hace un mes o un poco menos que la abuela y su familia fueron allí. No sé muy bien qué pasó y tampoco escuché las conversaciones, pero parece que ella también está embarazada.

Pietra:

Es una buena señal, ¿no?

Perla:

Es joven y guapo. No puede haber sido muy difícil.

Pietra:

Jajaja Perla, eres terrible.

Perla:

¿Yo? Solo analizo los hechos. Podría haberse casado con cualquiera. Iba a suceder, no importa cuánto pensara que no sucedería. En algún momento intentarán casar a Nina también. Ese es nuestro destino. A pesar de que intentaron luchar contra ello, forjaron una alianza. Al menos nuestro prima tuvo suerte. Steven podría haber sido viejo y feo.

Pietra:

Tienes razón. Es muy guapo.

Era una buena elección. Yo tenía la cabeza en otra parte.

Perla:

Mucho más que la cabeza.

Pietra:

¡Qué atrevida!

Perla:

Te escapabas de madrugada para encontrarte con Mikhail.

Pietra:

No sé si era de madrugada, pero tú también ibas detrás de Luca.

Perla:

Está bien, no puedo hablar de ti.

Pietra:

¿Y valió la pena?

Perla:

Sí, no me arrepiento.

Pietra:

Eso es lo que importa.

Perla:

Tienes razón.

Ahora tengo que salir de esta habitación y descubrir qué voy a hacer en esta casa.

Pietra:

Con el tiempo te acostumbras.

Perla:

Sí. Al menos Luca tiene familia aquí y estoy en una casa italiana. Solo espero caerles bien a todos.

Pietra:

No hay razón para que no les caigas bien.

Perla:

Solo el hecho de que nuestro tío mató a su padre y yo soy una Bellucci.

Pietra:

Lo había olvidado.

Perla:

Al menos Ángela se mostró receptiva.

Pietra:

¿Y su hermano?

Perla:

Aún no hemos tenido tiempo de hablar.

Pietra:

Todo irá bien.

Perla:

Sí.

Pietra:

Hablaremos más tarde. Hasta luego, hermana. Cuidate.

Perla:

Tú también.

Cuando me empezó a rugir el estómago, miré la pantalla del móvil y me di cuenta de cuánto tiempo había pasado. Sin embargo, hablar con mi hermana me venía bien. Llevaba casada más tiempo que yo e intercambiar experiencias podría ayudarme a superar esta fase. Antes vivía en casa de mi familia, pero aquí sería diferente, ya no sería una hija sino una esposa.

Me guardé el móvil en el bolsillo del pantalón y salí de la habitación, siguiendo los sonidos y mis instintos hasta llegar a la cocina, donde encontré a mi suegra y a otras dos mujeres.

—¡Perla!

—Hola, Ángela. —Esbocé una sonrisa tímida.

La madre de Luca se me acercó y me puso la mano en el hombro, haciendo que me relajara un poco.

—Es Giovana, la cocinera. —Señaló a una mujer que removía las ollas y luego a otra que revisaba algunos platos y cubiertos—. Y Adele, nuestra ama de llaves.

—Mucho gusto. —Las saludé.

—Es un placer, señora.

Señora.

Tuve que acostumbrarme a ese tratamiento, que también había cambiado, y acostumbrarme a escribir Perla Mancini. Sin embargo, a pesar de toda la extrañeza del principio, me sentía feliz. No solo porque me había casado con Luca, sino por ser bien recibida.

—Gracias.

—Imagino que tienes hambre. —La cocinera se acercó y me dio un plato con fruta y un vaso de leche—. Es un tentempié ligero porque el almuerzo estará listo pronto.

—No hay problema.

Me acerqué a un banco y me apoyé en él para poder comer, y Ángela se acercó a mí.

—¿No quieres ir al comedor?

—No hace falta. —Tomé una fresa y me la metí en la boca.

—Tu madre acaba de llamarme.

—¿Mi madre? —Me sorprendió un poco.

—Sí. Me ha dicho que ha puesto tus cuadros y materiales de pintura en una transportadora y que deberían llegar mañana a primera hora.

—¡Ah!

—He visto algunos de tus trabajos, eres muy buena.

—No tanto.

—No tienes que ser modesta. A Luca le gustan mucho tus cuadros.

—¿Le gustan? —Sonreí, emocionada—. Es algo que me encanta hacer.

—Supongo que sí. Después de la conversación con tu madre, he pensado que tenemos que buscarte un estudio. Podríamos usar una de las habitaciones de invitados o construir uno en el jardín. A la abuela de Luca le encantaban las plantas, así que hicimos un invernadero. Es difícil mantener algunas especies al aire libre porque la arena y el aire marino las dañan.

—Si hay sitio, puedo quedarme allí.

—Lo arreglaremos si eso es lo que quieres. Esta es tu casa ahora.

—Gracias, Ángela.

Todavía estaba sonriendo a mi suegra cuando oí ruidos procedentes del salón. El sonido de pasos pesados y firmes me hizo pensar en mi marido. Me eché más fruta a la boca y me bebí la leche de un trago antes de entrar.

En cuanto salí al pasillo, lo vi pasar junto a los sofás.

—Luca... —mi voz sonaba baja, casi como un susurro, pero fue suficiente para que me oyera y se volviera hacia mí.

—Perla.

Cuando sus ojos marrones se encontraron con los míos, dejé escapar un suave suspiro. Por más que habíamos pasado la noche juntos, era como si lleváramos días sin vernos.

—Cuando me desperté no estabas en la cama. —Crucé los brazos detrás del cuerpo, torpemente.

—Tenía un asunto importante que tratar —dijo con tono firme e inexpresivo. Sabía que se trataba de los detalles de la mafia y recordé que mi madre decía que había ciertas cosas que era mejor no saber.

—Me lo imaginaba.

—Ven aquí. —Hizo un gesto con la mano, indicándome que me acercara.

Caminé hacia Luca, acortando la distancia que nos separaba, y mi marido me tocó la cara. Cerré los ojos, dejándome envolver por el dulce tacto de sus dedos recorriendo amorosamente mi mejilla.

—¿Dormiste bien?

—Sí. Estaba cansada.

—Ha sido un día duro, pero ahora puedes relajarte.

—Lo sé, lo sé. —Abrí los ojos para mirarlo de nuevo.

Mis pequeñas manos subieron por su pecho y agarré la solapa de su saco, haciendo que me mirara aún más. Sentí que podía perderme en la profundidad de aquellos ojos marrones.

—¿Vas a salir otra vez?

—Hoy no.

No podía contener la sonrisa. Quería estar con él y disfrutar de cada minuto que pudiéramos pasar juntos. Sin duda esa era la razón más importante por la que quería casarme.

—¿Te gustan los barcos, Perla?

—Bueno... —Me sorprendió su pregunta y pensé un momento antes de contestar—. No tengo costumbre de andar.

—Te llevaré a pasear esta tarde.

—Me encantaría.

Me devolvió la sonrisa mientras me rodeaba la cintura con los brazos, me acerqué y me puse de puntillas para que la boca de mi marido se encontrara con la mía. Sin embargo, antes de que pudiera profundizar el beso de esa forma que me dejaba sin aliento y con ganas de más, oímos a alguien resoplar y Luca se separó de mí.

Giré la cabeza para buscar el sonido y me encontré con Mario mirándonos fijamente. A diferencia de Ángela, percibí que a su hermano no le gustaba tanto verme cerca. Solo esperaba que esa sensación se le pasara con el tiempo.

—¿Qué te pasa? —preguntó Luca con el brazo todavía alrededor de mi cintura.

—Están preguntando por un cargamento.

—¿No ha llegado?

—Parece que está retrasado.

—Volveré más tarde. —Luca me tocó la cara y yo moví la cabeza en señal de afirmación.

Permanecí en silencio mientras le veía seguir a su hermano.

Estaba acostumbrada a este comportamiento en mi casa, mi padre, mi hermano, mis tíos y mis primos actuaban así todo el tiempo. Siempre eran misteriosos cuando se trataba de asuntos de la mafia, y Luca no era diferente.

—Señora.

Me sobresalté y me di la vuelta al oír que alguien me llamaba.

—Hola —murmuré cuando me topé con la cocinera.

—¿Le gusta la pasta?

—¿A quién no? —Le sonreí y la mujer pareció aliviada.

—Estoy preparando una carbonara para el almuerzo.

—¡Delicioso!

—Pronto estará lista.

—De acuerdo.

La mujer asintió y volvió a la cocina.

Miré de un lado a otro de la habitación y dejé escapar un suspiro. Seguía sintiéndome fuera de lugar, pero con la llegada de mis materiales de pintura y la creación de un estudio para mí, creía que pronto crearía una nueva rutina y me adaptaría a la nueva casa.



Luca

Capítulo cuarenta y dos

Me incliné sobre la mesa de mi despacho y miré fijamente a mi hermano.

—No hay motivo para generar impaciencia en nuestros capos. La droga será entregada como de costumbre y listo.

—Están enfadados después de tu demostración de poder de hoy. —Mi hermano se metió las manos en los bolsillos mientras seguía mirándome fijamente.

—Fue necesario.

—¿Realmente lo fue?

—¿Estás cuestionando mi forma de actuar? —Levanté un poco la voz al enfrentarme a él.

—No. Solo intento evitar que vuelva a pasar lo que le pasó a Salvatore.

—Entonces estamos de acuerdo —retrocedí un poco. Mario era mi hermano y no necesitaba ser tan agresivo con él.

—La presencia de Perla aquí todavía puede sonar como una afrenta para algunos.

—Mario, ella es mi mujer y más vale que todo el mundo se acostumbre pronto. Está embarazada y si no sucede esta vez, el próximo *capo de* Sicilia nacerá pronto de su vientre. No hay lugar para cuestionamientos.

—Nuestro padre...

—¡Está muerto, Mario! Yo soy el jefe. Parece que a veces lo olvidas, aunque solo eras un niño cuando él se fue.

—No lo olvido.

—Muy bien. Recuerda que nuestro padre solo está muerto porque mató a Lorenzo Bellucci, así que mientras perpetuemos este ciclo, ninguno de nosotros tendrá paz.

—Tienes razón. —Mi hermano dio un paso atrás.

—Me alegro de que lo entiendas. Continuaremos nuestro negocio exactamente como ha sido desde que me hice cargo. Cualquiera que vaya en contra de lo que quiero será eliminado. No dejaré que me persigan como hizo Salvatore.

Mario se limitó a asentir. Él era más joven que yo y quizá le costara entenderlo, pero estaba seguro de que yo estaba haciendo lo mejor para todos nosotros.

—Vamos abajo. Espero que el almuerzo ya esté servido. —Él mismo cerró el tema—. Me muero de hambre.

Hice un gesto hacia la puerta y esperé a que se adelantara antes de seguirle hasta las escaleras.

Después de comer me dispuse a disfrutar del resto del día con mi mujer. Tener a Perla a mi lado era sin duda una de las mejores cosas que me habían pasado en los últimos meses. No iba a dejar que la opinión de algunos sicilianos en contra de mi unión con los Bellucci se interpusiera entre nosotros.

Cuando entré en el comedor, mi mujer levantó la cabeza y sus ojos se dirigieron directamente hacia mí. Moví ligeramente los labios y su sonrisa era mucho mayor que la mía.

Mi madre también estaba en la habitación y me limité a saludarla con un gesto de cabeza antes de sacar una silla y acomodarme en ella.

—¿Estás bien? —me preguntó mientras pasaba la masa por el tenedor.

—Dentro de lo esperado. Dejé claro que no deben desafiarme.

—Eso es importante.

—Así funciona la mafia. —Tomé mi plato y me serví la pasta que había en una fuente en el centro de la mesa.

Mi madre era la que mejor había convivido con mi padre, y ver que ella me comprendía era señal de que él también lo hacía. Estaba en el camino correcto y creía en las decisiones que había tomado para todos.

Perla comía en silencio. Mientras la observaba, me di cuenta de que prestaba mucha atención a todo, pero no opinaba sobre nada. Ciertamente, estos asuntos no eran nada nuevo para

ella. La mafia había formado parte de su vida desde que nació y seguiría formando parte de ella hasta el día de su muerte.

Después del postre, me limpié la boca con una servilleta y volví a mirar a mi mujer.

—¿Tienes un bikini?

—Creo que podría encontrar algo en mi maleta. —Frunció el ceño, un poco pensativa.

—Entonces ve a cambiarte.

Perla asintió, se levantó de la mesa y salió de la habitación.

—Mario, ocúpate de cualquier problema que pueda surgir. Estaré en el mar el resto de la tarde.

—No te preocupes, yo te ayudaré —dijo mi madre con una sonrisa, alentando los planes que tenía con mi mujer.

Con los frecuentes intentos de asesinato contra mí, no había preparado una luna de miel en condiciones, pero eso no significaba que no quisiera pasar tiempo con ella.

Mi madre tenía razón, me había enamorado de Perla y me sentía bien por ello. Ya no la veía simplemente como una Bellucci con la que necesitaba unirme desde hacía mucho tiempo. Aquel matrimonio era algo más que una unión de conveniencia y podía darme algo parecido o mejor que lo que habían vivido mis padres.

Precisamente por eso mi necesidad de protegerla era aún mayor. No podía permitir que volviera a estar en peligro.

Salí del comedor y, al pasar por la sala, vi que ella ya me estaba esperando. En cuanto me vio, se levantó del sofá. Llevaba un vestido ligero y floreado y pude ver los tirantes del bikini alrededor del cuello.

—Estoy lista.

—Voy a ir al dormitorio y vuelvo enseguida.

—De acuerdo. —Volvió a sentarse y pasé junto a ella.

Me cambié y bajé en un momento, viéndola sentada en el mismo sitio.

Me acerqué a ella y le ofrecí la mano.

—¿Vamos?

Entrelazó sus dedos con los míos y me dejó guiarla fuera de la casa. Bordeamos el edificio y nos dirigimos al embarcadero de la playa.

—¿Es tuyo? —Sus ojos brillaron de emoción cuando vio el yate.

—Sí.

Los barcos eran habituales en la isla y a mí me encantaba ese en particular. Aunque cambiaba de barco con bastante frecuencia para mantener con un modelo más moderno.

—Lo veía en las películas y me parecía genial.

—Ahora puedes disfrutarlo.

Nos acercamos, caminamos por el puente colgante de madera y yo subí primero, ofreciéndole mis manos para ayudarla.

Perla movía la cabeza de un lado a otro, atenta a cada detalle, y parecía cada vez más excitada por lo que veía, y eso me complacía. Aunque sabía que había una habitación en particular en el barco que podría asustarla.

No tenía intención de enseñársela, al menos de momento.

Tenía que recordar que estaba embarazada y debía extremar las precauciones al menos hasta que naciera el bebé, no quería que le pasara nada a mi heredero. Todavía no sabía si era un niño, pero si no lo era, tendría que ser aún más cuidadoso.

—¡Guau! —exclamó Perla cuando pasamos por el salón del yate. Era aún más espacioso y lujoso que el avión en el que solía viajar. Tenía un televisor de pantalla plana, sofás amplios y cómodos, una pequeña bodega, dos neveras y espacio suficiente para montar una buena fiesta. A veces mi hermano se apoderaba del lugar con este fin, pero yo prefería ser más discreto. Solo llevaba algunas prostitutas conmigo y las mantenía en secreto, pero ahora estaba casado y mi comportamiento tenía que ser diferente.

Me acerqué a uno de los puestos de bebidas y me serví un trago de ron y agarré una botella de agua de la nevera para Perla.

—Gracias.

—No puedes beber por ahora.

—Lo sé. —Se acarició el vientre, recordando al niño que crecía allí—. Pero nunca he tenido el hábito, así que no será un gran sacrificio.

—Muy bien. —Me bebí el ron de mi vaso y tomé a Perla por la cintura—. Ven aquí.

Perla dejó escapar un suspiro y se dejó envolver mientras yo domaba su boca con la mía. Era dulce, delicada, sus labios suaves y fácilmente podría hacerme adicto a ese sabor.

Sus delicadas manos subieron por mi camisa y agarraron el cuello, intensificando el beso, que yo correspondí.

La apreté un poco más contra mi pecho y Perla se apartó para recuperar el aliento.

—¿Estamos solos?

—Sí.

Esbozó una amplia sonrisa antes de volver a besarme.

Ya que los soldados eran necesarios, iba a mantenernos cerca de la costa para poder recurrir a ellos en caso necesario, pero quería permitirme un momento más íntimo con mi esposa sin espectadores.

Deslicé la boca por su cuello, haciendo que se retorciera entre mis brazos, y subí hasta su oreja. La mordí y le arranqué un gemido bajo.

Después del secuestro y de los momentos de angustia que viví pensando que podía haberle pasado algo, no había nada que me gustara más que poder escucharla.

Sabía que aún tenía que mantenerme alerta, pero también quería asegurarme de que ella estaba bien y disfrutando del momento.

Me alejé de ella para ir a popa y desatar la cuerda que sujetaba el yate a un poste de

madera del embarcadero.

—Vamos arriba. —Agarré la mano de Perla y la llevé conmigo.

—¿Sabes pilotear?

—¡Claro que sí!

—Cuántas habilidades tienes —bromeó.

—Aún no he tenido tiempo de enseñártelas todas. —Le dediqué una sonrisa pícara y sus mejillas se sonrojaron.

Subimos a la cabina del capitán y arranqué el motor, girando el timón para ponernos en camino hacia mar abierto.

—Es precioso. —Perla se asomó a la ventana, observando el océano.

—No más que tú. —Mantuve una mano en el timón y toqué su espalda con la otra, atrayendo su atención hacia mí.

—Estoy muy feliz, Luca.

—Así es exactamente como quiero que te sientas.

Cuando nos alejamos lo suficiente de la costa para estar en mar abierto, apagué el yate, solté el ancla y me volví hacia Perla.

—Solos...

—Eso me gusta. —Se humedeció los labios.

Le acaricié la cara con la mano y ella cerró los ojos, dejando escapar un suave suspiro que me hizo volver a besarla.

—Subamos. —Le mordisqueé la oreja.

Perla asintió y supe que podía llevarla adonde quisiera.

Fuimos a la terraza del barco, donde había un jacuzzi y unas colchonetas. También había sofás y una nevera grande.

Perla se quedó quieta, observando el paisaje mientras yo me acercaba a ella por detrás, le apartaba el pelo castaño a un lado y le soplaba en la nuca, provocándole escalofríos.

—Luca...

—Dime. —Mordí la base de su cuello y se retorció.

Sus manos retrocedieron y me agarró de los brazos, obligándome a tocarla. Bordeé el costado de su cuerpo, trazando sus curvas y subí las manos hasta sus pechos, apretándolos. Ella se frotó contra mí mientras gemía suavemente. Notaba su bikini bajo el fino vestido y me moría de ganas de quitárselo.

—¿Quieres un poco más de agua? —Volví a llevar mis manos a su cintura y empecé a subirle el vestido.

Perla se limitó a mover la cabeza negativamente.

Le levanté la ropa y ella levantó los brazos para que se la quitara, dejándola solo en bikini. Mordí la base de su cuello y desabroché el bikini con los dientes y los tirantes se deslizaron, dejando a la vista sus pechos. No eran grandes, pero sí lo bastante grandes como para que pudiera estrujarlos con placer. Los pezones estaban erectos y se endurecieron aún más cuando mis manos los apretaron.

Perla se frotó contra mí y mi verga se puso aún más dura, deseosa de estar dentro de ella, palpitando en mis calzoncillos. Esa erección no hacía más que aumentar a medida que la tocaba. Quise bajar con Perla a la cabaña donde solía alimentar mis deseos más oscuros, pero me contuve. Por ahora necesitaba ser un poco más delicado, aunque tuviera que contenerme.

La conduje a una de las habitaciones y la hice tumbarse sobre el mueble blanco. Le desaté la braguita del bikini y la dejé completamente desnuda, observando su sexo, con el clítoris asomando discretamente entre sus labios. Recordé a qué sabía y mi boca salivó por probarlo de nuevo, pero antes de que pudiera bajar hasta allí, Perla me llamó, sorprendiéndome.

—Luca... —Su tono me hizo mirarla fijamente.

—¿Qué ocurre?

—Átame. —Sus labios se torcieron en un tono suplicante.

—¿Perla?

—¿Ya no vas a hacer eso? —Me agarró del cuello de la camisa—. ¿No vas a hacerlo más así?

Siempre fui yo imponiendo mi voluntad, pero no imaginé que ella me lo pediría.

—Estás embarazada.

—Sí...

—Intento ser cuidadoso.

—Sé que no me hará daño ni a mí ni al bebé.

—¿Seguro que quieres hacerlo?

—Sí, quiero. —La determinación de su voz volvió a sorprenderme.

Ella no sabía lo que estaba provocando, o tal vez sí lo sabía y solo era mi miedo.

—Entonces ven conmigo. —La hice levantarse—. Hay un lugar que quiero mostrarte.



Perla

Capítulo cuarenta y tres

Dejé que me guiara escaleras arriba hasta la planta donde había camarotes. Se me aceleró el corazón ante lo que podía esperarme, pero al mismo tiempo estaba ansiosa.

La primera vez me dio miedo y tenía muchas razones para tenerlo, pero a medida que Luca me iba involucrando en su extraño fetiche, descubrí que también me gustaba. Era algo más que estar atrapada sin poder hacer nada mientras él ordenaba lo que pasaría. Se trataba de que Luca tomara el control de todo, incluido mi placer, y me proporcionara sensaciones aún más intensas.

Algunos incluso dirían que me estaba volviendo loca, pero con él no tenía por qué temer eso. Luca me quería y cuidaría de mí y de nuestro bebé mientras me daba las mejores experiencias.

Él era un dominador y yo quería ser dominada.

Noté la aprehensión en sus ojos cuando abrió la puerta y de inmediato imaginé las razones cuando vi cosas que nunca hubieran pasado por mi cabeza. La habitación era oscura, con paredes pintadas de negro y luces LED rojas en el suelo que la dejaban a oscuras. Había algunos muebles con varios cajones, una cama con vigas como las que sostienen los doseles, pero sin sábanas. En una pared había una X con sujeciones para pies y manos.

—Haré lo que quiera contigo. —Su tono giró un poco más firme.

—Ya lo sé —murmuré, con los labios temblorosos en una mezcla de miedo y ansiedad.

Esa adrenalina me estaba volviendo loca y era bueno.

—Pasa. —Me empujó a la habitación y cerró la puerta.

Sentía que el corazón se me iba a salir por la boca. Ese ansia insana me ponía aún más ansiosa por lo que pudiera pasar.

Vi a Luca abrir un cajón, sacar unas correas de dentro y verificar un gancho del techo. Tiró de él para asegurarse de que no se soltara y luego enganchó una estructura, comprobando de nuevo que estuviera bien sujeta.

—Ven aquí. —Me agarró de la cintura.

Primero me ató cada una de las muñecas, luego la cintura y por último los tobillos, dejándome extrañamente suspendida en el aire. Las ataduras me sujetaban al techo, a poco más de un metro del suelo y con las piernas separadas para que él tuviera pleno acceso a la parte de mi cuerpo que más le importaba.

Atada, eché la cabeza hacia atrás, viendo cómo me colgaba el pelo.

Me sentí un poco mareada, pero pronto las otras sensaciones provocadas por el momento me hicieron olvidar cualquier tipo de vértigo.

Volvió a meter la mano en un cajón y vi que sacaba algo. Pensé que sería una mordaza, pero en lugar de eso me la ató alrededor de los ojos. Sin poder ver, era como si las sensaciones hubieran triplicado la ansiedad.

El pecho se me retorció de adrenalina y tuve que recordarme a mí misma que me lo había buscado.

Sus dedos se deslizaron por mi muslo hasta mi cintura y las sensaciones me hicieron retorcerme, colgando en el aire. Hasta que Luca me agarró por la cintura y me mantuvo quieta.

Mi corazón se aceleró y no poder ver nada me puso aún más sensible. No podía ver sus pasos en la habitación y no sabía lo que vendría a continuación. Entonces llegó su aliento, rozando mi sexo y dejé escapar un fuerte gemido mientras su boca llegaba hacia mí. Me había encantado lo que había hecho la noche anterior, pero la forma en que me encontraba en ese momento lo hacía aún más intenso.

No pude contener los gemidos mientras su lengua me rodeaba el clítoris y sus manos firmes me agarraban los muslos, dominándome. Quería quitarme la venda de los ojos mientras mi mente deliraba, imaginando a través de los efectos que él estaba teniendo en mí. A medida que me lamía y me penetraba con la lengua, las pulsaciones se hacían más intensas y el placer aumentaba.

Rodeó mi clítoris con sus labios, succionando con más intensidad y yo arqueé mi cuerpo todo lo que pude. Era rehén de su boca y no había mejor forma de estar cautiva.

No luché contra el placer, mientras Luca me excitaba y se apoderaba de mí intensamente. Aún me estaba recuperando cuando recibí una bofetada en el culo que me hizo tambalear.

Me di cuenta de que mi marido me había soltado y mi ansiedad por lo que estaba por venir empezó a enloquecerme de nuevo. Como si el sexo oral que me había hecho no fuera suficiente, sabía que nuestro momento estaba lejos de terminar.

Noté las manos de Luca tocando mi culo hasta que sentí algo frío.

—¿Qué estás haciendo? —Era difícil saberlo sin poder ver.

—Voy a explorar otra parte de ti.

—Cuidado, yo...

—Dije que haría lo que quisiera contigo —me interrumpió, recordando quién dictaba las normas.

Me puse tensa cuando empezó a meterme lo que fuera, en un lugar que yo creía prohibido. Al principio fue un poco incómodo, pero cuando dejó de moverse me acostumbré.

Volví a notar su boca acercándose a mi sexo a través de su respiración. Pensé que iba a volver a chuparme la vulva, pero se limitó a morderme el interior del muslo y se apartó de nuevo.

Me quedé allí, esperando, hasta que sentí que algo más suave y grueso tocaba mi sexo. Quería verlo, ver cómo lo hacía y observar su cara mientras me metía su verga, pero era imposible con la venda puesta. Pero el tacto se intensificaba y cada roce parecía más enloquecedor.

Luca frotó su glande contra mi entrada y todo mi cuerpo se contrajo de anticipación. Estaba segura de que sabía cuánto me hacía desear acabar y lo hacía a propósito.

—Métemela —pedí en voz baja, con mi palpitación interior cada vez más latente.

—Eso lo decido yo. —Oí su paso atrás y luego la palmada en mi trasero que me dejó ardiendo.

Todo mi cuerpo se contrajo y me hizo notar el objeto que me había introducido en el culo.

Era una locura, una tortura, pero me excitaba aún más. Sentí sus uñas en mi muslo,

bajando hasta mi nalga, donde las clavó con fuerza.

Moví los pies y los brazos, pero era completamente imposible salir porque estaba atada.

Mi deseo ya había alcanzado su punto álgido cuando por fin lo sentí. Luca me sujetaba por la cintura, impidiendo que me balanceara, cuando por fin me penetró. Sentí cómo su verga se hundía profundamente en mi interior hasta tocar el principio de mi útero y eché la cabeza hacia atrás, gimiendo salvajemente. Sujetándome con fuerza, Luca me agarró hacia él y pude oír el golpe de nuestras pieles chocando y el impacto reverberando en cada célula de mí.

Yo era su rehén mientras él se movía con rapidez, devorándome como un animal hambriento. Quería más y gemía con cada embestida. El placer crecía con la fricción y el impacto y pronto me vi conducida a una nueva oleada de éxtasis.

No se detuvo hasta que sentí su chorro dentro de mí. Su líquido caliente me abrasaba por dentro mientras yo aún jadeaba por las oleadas de éxtasis.

Luca se apartó y sentí cómo me limpiaba antes de quitarme la venda. Parpadeé varias veces hasta que pude verlo con claridad.

—¿Estás bien?

—Fue genial...

—Buena chica.

Primero me soltó las piernas para que pudiera ponerme de pie, luego la cintura y finalmente los brazos, pero me apoyé en él cuando mis piernas no lograron evitar que cayera al suelo.

—Cuidado.

Asentí con la cabeza.

—¿Puedo quitármelo? —señalé detrás de mí al darme cuenta de que aún había algo dentro de mí.

—Puedes.

Lo saqué y vi que era un objeto metálico con un cristal brillante en el extremo.

—¿Qué es esto? —me aventuré a preguntar.

—Un tapón anal.

—Lo que me hace pensar que tienes otros.

—Eres lista, Perla. —Me apoyó en su pecho y me sostuvo allí hasta que tuve fuerzas para levantarme de nuevo.

Me encantaba mi marido y todas sus caras, incluida esa.



Luca

Capítulo cuarenta y cuatro

Después de que Perla conociera mi camarote, la llevé de vuelta a la terraza del yate y llené el jacuzzi, y nos quedamos en él, hablando y besándonos durante el resto de la tarde. Aquel día me llevé una sorpresa positiva y estaba aún más seguro de que había hecho la elección correcta cuando decidí quedarme con ella.

La noche ya caía y coloreaba el cielo con algunas estrellas cuando regresamos a la mansión para cenar. No vi a mi hermano, pero tampoco me preocupé por eso. Él también tenía asuntos personales que atender y no me correspondía a mí impedírselo.

A la mañana siguiente, me senté en la cama y Perla me agarró de la muñeca antes de que me levantara.

—¿Vas a salir?

—Tengo que comprobar algunos pagos con mi contador.

—¿Tiene que ser ahora? —Se removió a mi lado.

—¿Qué otros planes tienes? —Me volví hacia ella y me di cuenta de que estaba desnuda bajo la manta. No sabía en qué momento de la noche se había quitado la ropa, pero me gustó lo que vi.

—Creo que puedes ponerte creativo.

—Quizá llegue un poco tarde. —Me quité la camisa y rodé sobre ella, levantando sus brazos y atándolos a la cama mientras mi boca dominaba la suya.

Perla respondió al beso con la misma intensidad y me rodeó la cintura con los brazos, abrazándome con las piernas. Froté mi miembro rígido contra su entrada, presionándola, y ella soltó un fuerte gemido que resonó en toda la habitación.

Mi mujer intentó mover la mano, liberándose de mi agarre, y yo apreté un poco más fuerte.

—¡Silencio! —le ordené, y ella me sonrió socarronamente.

Bajé la cabeza y le mordisqueé el cuello, haciéndola retorcerse debajo de mí y emitir

sonidos que acentuaban su placer, mientras me deshacía del resto de mi ropa.

Deslicé los labios hasta su oreja, exhalé el aliento y mordisqueé el lóbulo, provocándole un escalofrío. Luego volví a su boca y le metí la lengua con ferocidad, en un beso hambriento que ella correspondió en igual medida. Mientras tanto, me acomodé mejor entre sus muslos.

La penetré de un empujón firme, sin calma ni ternura, y su grito fue amortiguado por mi boca. Su cálido, húmedo y estrecho canal empezó a apretarme mientras me movía. Salí solo para volver a penetrarla y sentir cómo cedía por completo.

Finalmente, le solté las manos y ellas se abalanzaron sobre mis hombros, clavándome las uñas en la piel y haciéndome aumentar el ritmo de mis embestidas contra ella. Mi mujer actuaba de la misma manera, rodeándome y apretándome de un modo que aumentó aún más mi placer.

Me gustaba cómo su piel rozaba la mía y sus pezones erectos me oprimían el pecho.

Me pasó los dedos por la nuca, tirándome del pelo, y yo empujé aún más rápido y con más fuerza, absorbiendo sus contracciones en mí hasta acabar.

Mientras la llenaba con mi semen, seguí moviéndome hasta que Perla se unió a mí y sus gemidos señalaron el punto álgido de su placer.

—Creo que ahora te dejaré ir —me murmuró juguetonamente.

—¿Me dejarás?

—Sí, te dejaré.

Me bajé de ella y la hice girar sobre la cama, poniendo a mi mujer boca abajo y le di una palmada en el culo, haciéndoselo crujir. Perla hundió la cara en la almohada para contener el grito.

Apreté la otra nalga para recordarle quién daba las órdenes y mi mujer se contorsiónó en mi mano, suplicando más y fue abofeteada de nuevo.

—Tengo que irme. —Terminé de levantarme.

—De acuerdo. —Se giró para mirarme de nuevo.

Sus ojos me siguieron mientras me movía por la habitación, iba al baño y me ponía ropa

limpia.

Tenía asuntos de la mafia que atender, pero saber que ella estaba allí me motivó a querer volver más rápido y vivo.



Perla

Capítulo cuarenta y cinco

Con el paso de los días me fui adaptando a vivir en aquella casa, Luca iba demostrando cada vez más ser el marido que quería a mi lado y yo también iba comprendiendo mi papel como esposa y no solo como hija.

Ángela era amable y atenta, me instruyó en el funcionamiento de la casa y poco a poco me puso al frente de las funciones y de los criados. Al igual que la casa donde vivía con mis padres, aquella mansión también contaba con mucho personal para su mantenimiento.

Había instalado mi estudio en un viejo invernadero del jardín. El lugar estaba un poco abandonado tras la muerte de la abuela de Luca, pero resultó ser perfecto para mi trabajo creativo.

Al dejar Roma, no iba a seguir tomando clases con mi profesora, pero me sentía preparada para seguir formándome y aprendiendo por mi cuenta. Con el tiempo esperaba vender mi propia obra y hacer alguna exposición, como la que había hecho con Luca antes de casarnos.

Estaba contemplando la puesta de sol en el horizonte e intentando retratar los matices de la luz que se reflejaban en el lienzo cuando empezó a sonar mi teléfono móvil. Dejé el pincel en el caballete y me limpié las manos con un paño húmedo antes de contestar.

—¡Hola!

—¿Perla?

—¡Mamá! —sonreí al oír su voz al otro lado de la línea.

—Llamé en un mal momento, ¿puedes hablar?

—Sí puedo. Estoy en el estudio intentando pintar la puesta de sol. ¡Vaya! Solo tienes que ver lo hermoso que se ve sobre el mar.

—Me alegra saber que te estás adaptando bien. Solo llamé para decirte que te echaba de menos.

—Yo también. Espero que puedas visitarme pronto. La ciudad es preciosa y la vista de la

playa desde la mansión es maravillosa.

—Lo recuerdo vagamente. He estado allí con tu padre una o dos veces, voy a hablar con él sobre la posibilidad de ir.

—Va a ser genial.

—Me alegra oír tu voz y saber que estás bien.

—Lo estoy, mamá.

—¿Te llevas bien con Ángela?

—Es muy amable conmigo, me hace sentir como en casa.

—Qué buena noticia. Hay alguien aquí que quiere hablar contigo.

—¿Quién?

Pensé que podría ser mi padre, hasta que su tono burlón lo delató:

—Hola, mocosa.

—Hablas como si fueras mucho mayor que yo.

—Pero lo soy.

—Solo tres años.

—Todavía me debes una caja de bombones.

—Le preguntaré a Luca si te lo mereces.

—Jaja.

—¿Cómo estás? —Su tono de voz cambió y adoptó una postura más seria.

Sabía que Dante jugaba con Pietra y conmigo porque estaba disfrutando del poco tiempo que le quedaba sin que recayera sobre él toda la responsabilidad del mundo. Cuando se convirtiera en el jefe de la mafia italiana, tendría que ser serio, imponente y sereno como mi padre.

—Me estoy adaptando, aunque sigo echando un poco de menos mi casa.

—Sabes que estamos aquí para ti, ¿verdad?

—Lo sé. Muchas gracias.

—Ahora que Pietra y tú ya no están aquí, ¿a quién le voy a robar caramelos? —bromeó y los dos nos reímos juntos.

—Estoy segura de que te las arreglarás.

—Tengo que irme ya, Thiago me espera para una misión.

—Cuídate.

—Tú también, hermanita.

Dante colgó y yo me despedí de mi madre antes de colgar. A pesar de nuestros orígenes y del carácter delictivo de mi familia, siempre habíamos estado muy unidos y, en cierto modo, nos resultaba difícil separarnos y dejar de estarlo tanto.

Lo importante era que, aunque estuviéramos donde teníamos que estar, siempre nos tendríamos el uno al otro y haríamos todo lo posible por protegernos mutuamente. Eso formaba parte de ser una Bellucci.



Luca

Capítulo cuarenta y seis

—¿Los recibos están correctos? —pregunté al contador al otro lado de la línea.

—Sí, jefe. Acabo de recibir el dinero del capo de Messina. Era el último que quedaba por pagar esta semana, pero no necesitamos tomar medidas drásticas.

—¡Excelente!

—Estoy llevando el dinero al proceso de blanqueo y pronto estará disponible en las cuentas.

—Dividiendo el dinero de Bellucci, tenemos que pagar mañana la droga que llegará en los barcos. Son tres toneladas de cocaína al noventa y ocho por ciento que procesaremos en nuestros laboratorios.

—Ya está en marcha. Les enviaré el dinero por la tarde. Se dividirá en dos autos para no llamar la atención y con familias en los vehículos.

—Eviten las rutas con policías, que son un problema para nosotros y aún no lo hemos resuelto.

—Ya he advertido a los hombres sobre las rutas más complicadas y he calculado el importe del soborno.

—De acuerdo.

—Los mantendré informados.

—Ok, Alfonso. Que tengas un buen día.

—Usted también, jefe. —Mi contador desconectó la llamada y yo puse el móvil sobre la mesa.

Miré la hora en la pantalla del aparato y me di cuenta de que faltaba menos de una hora para la ecografía de Perla.

Había pasado más de un mes desde nuestra boda y todo parecía estar en orden. Disfrutaba

de su compañía y me preguntaba por qué no la había requerido en cuanto se casó su hermana, pero no había tiempo para castigarme por ello.

Lo importante era ese momento. Aunque mis instintos no me dejaban relajarme del todo.

Salvatore Donato estaba muerto, pero había dicho que no era el único traidor entre los hombres en los que debía confiar. Aunque había matado a Nasco Savoia, no estaba del todo seguro de haber eliminado todas las malas hierbas.

Los intentos de asesinato habían cesado y eso debería haber bastado para que descansara en paz, pero en la posición en la que me encontraba, esa era una sensación que quizá nunca tendría.

Dejé de pensar en ello un momento y salí del despacho para ir al dormitorio. Vi a Perla sentada en la cama y, en cuanto me apoyé en el marco de la puerta, giró hacia mí.

—¿Estás lista?

—Te estaba esperando. —Se levantó, se pasó la mano por el pelo castaño y se lo colocó detrás de la oreja.

Mi mujer llevaba un vestido ligero que recorría las curvas de su cuerpo y dejaba ver su creciente barriga.

La ecografía de ese día me ponía especialmente ansioso, ya que revelaría el sexo de mi hijo o hija. Sería feliz fuera cual fuera, pero pesaba mucho la idea de un heredero. Ya había pasado los treinta hace tiempo y cada vez era más necesario un hijo que pudiera perpetuar el nombre de mi familia y gestionar los negocios cuando yo ya no estuviera.

Puse la mano en el centro de la espalda de Perla y guié a mi mujer escaleras abajo.

Los soldados ya nos esperaban en el garaje y subimos al auto, acomodándonos en el asiento trasero para conducir hasta la clínica donde le harían la ecografía.

—¿No crees que tu madre querría venir con nosotros? —Giró la cabeza para mirarme.

—¿Hoy?

—¡Sí!

—Le diremos el resultado más tarde.

Yo quería estar con Perla en ese momento y mi madre lo sabía, probablemente por eso no insistió en acompañarnos. Más que su primer nieto, era mi primer hijo y mis expectativas eran enormes.

Aunque era otoño, el sol era fuerte en Palermo ese día y les pedí que bajaran la temperatura del aire antes de llegar al lugar.

Nos detuvimos en la puerta y nos dirigimos a la vacía recepción acompañados por media docena de hombres armados. No había otros pacientes en el lugar, señal de que los profesionales se habían tomado en serio mis recomendaciones de servicio exclusivo.

—Sr. Mancini. —Una mujer vino a saludarme, tenía una sonrisa forzada para no mostrar que estaba asustada, lo que no funcionó muy bien.

—¿Nos espera la médica?

—Sí, señor. —Sacudió la cabeza—. Puede acompañarme.

Ella iba delante y yo acompañaba a Perla. Entramos en la consulta y la recepcionista, junto con mis hombres, se quedó fuera.

—Buenos días. —Una doctora que aparentaba algo más de cincuenta años se levantó de su silla y se puso delante de nosotros—. Bienvenidos.

—Gracias. —Perla correspondió a la animosidad de la profesional y yo me quedé serio.

Le entregó a Perla un camisón y le indicó un cuarto de baño para que pudiera cambiarse y yo me quedé fuera, esperando.

La doctora me miró y pensó en decir algo, pero en cuanto vio la pistola en mi funda, cambió inmediatamente de opinión.

Tragó saliva y esperó a que Perla se fuera.

Ayudé a mi mujer a subir a la camilla y me quedé cerca en postura defensiva.

—¿Cómo te llamas? —preguntó a la médica.

—Jana Bernardi, señora.

—Mucho gusto. —Perla sonrió mientras la médica colocaba una sábana doblada sobre las piernas abiertas de mi mujer.

Perla me apretó la mano cuando sintió el aparato, pero poco a poco se fue relajando.

—¿Está todo bien con él, Doctora?

—¿Ya saben qué es? —La médica giró hacia nosotros.

—Mi pregunta era sobre el bebé.

—Sí, está bien y es un niño.

—Niño... —Perla suspiró y sus palabras quedaron suspendidas en mi cabeza como las campanadas de una campana.

Tendría a mi heredero y el legado Mancini que mis padres se habían esforzado tanto por conservar se mantendría en Palermo. Pero más que eso, Perla y yo tendríamos nuestro primer hijo.

Me incliné para besarle el dorso de la mano y mi mujer me sonrió.

—Un niño, Luca.

—Sí.

Me sentía feliz y tenso al mismo tiempo, porque sabía todas las responsabilidades que recaerían sobre un niño que ni siquiera había nacido todavía. Dependía de mí aguantar el mayor tiempo posible para que estuviera preparado antes de que se viera obligado a ocupar mi lugar.



Perla

Capítulo cuarenta y siete

Esa noche no pude dormir bien. Las molestias del embarazo me molestaban y una sensación de ardor en el estómago que alternaba con náuseas no me dio tregua aquella semana.

Intenté quedarme quieta en la cama, pues no quería despertar a Luca, que había llegado tarde a casa y parecía irritado por algo que había ocurrido en la calle. No me atreví a preguntar. Como siempre decía mi abuela, había cosas que los hombres hacían en el exterior que era mejor no saber para mantener nuestro amor por ellos.

Apreté los ojos e intenté volver a dormirme. A pesar de las molestias, estaba cansada y tenía sueño, y casi consigo dormirme.

Todavía estaba parcialmente despierta cuando oí el ruido de la puerta al abrirse. Pensé que era algo que tenía en la cabeza, algún delirio causado por el cansancio, cuando vislumbré una figura que se movía en la oscura habitación.

—¡Luca! —grité el nombre de mi marido automáticamente.

Él se movió en la cama y agarró un brazo que se acercaba hacia él. En la penumbra vi el reflejo de una hoja afilada y mi corazón se aceleró.

Luca la apartó de su pecho mientras yo contemplaba la escena completamente conmocionada.

Estaba oscuro, pero los pocos rayos de luz que entraban por el hueco de la cortina me permitieron ver de quién se trataba cuando lo apartó.

Mario...

¿Por qué? ¿Por qué?

Empecé a pensar que estaba en un sueño loco cuando me di cuenta de que el hermano de mi marido había entrado en nuestro dormitorio con un cuchillo y había intentado matarlo.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Luca mientras esquivaba otro golpe.

—Lo que debería haber hecho con mis propias manos hace mucho tiempo, pero dejé que

las ratas hicieran el trabajo de un hombre.

El shock, la sorpresa y la confusión me consumieron por completo mientras intentaba reaccionar, pero no podía.



Luca

Capítulo cuarenta y ocho

Por fin había conseguido dormirme cuando me desperté con el grito de Perla. Reaccioné rápidamente al golpe y detuve el cuchillo antes de que me diera en el pecho.

Aún estaba somnoliento, pero mi sorpresa fue aún mayor cuando mis sentidos me despertaron y me hicieron ver a mi hermano.

—¿Qué estás haciendo?

—Lo que debería haber hecho con mis propias manos hace mucho tiempo, pero dejé que las ratas hicieran el trabajo de un hombre.

Impulsé mi cuerpo fuera de la cama y me moví hacia un lado, oyendo el silbido de la hoja que cortaba el aire donde yo estaba.

—¡Mario, basta, maldita sea! —le grité a mi hermano menor, que parecía completamente fuera de sí.

—Nuestro padre murió por culpa de ellos y aún así te arrodillas como un perro.

—No me arrodillo.

—Eres débil, Luca.

Él intentó golpearme nuevamente, cuando me di cuenta que estaba luchando contra mi hermano dentro de mi habitación, a oscuras.

Lo esquivé y lo empujé contra la pared, haciendo que se golpeara la espalda, pero mi golpe no fue suficiente para que se detuviera.

Mi hermano estaba completamente fuera de sí. Me costó darme cuenta y aceptar que podía tratarse del traidor del que Salvatore me había hablado.

Nunca hubiera pensado que podría ser traicionado por mi propio hermano

Perla encendió la luz y pude verlo mejor, aumentando aún más mi incredulidad.

—¡Mario, para!

Esquivé un golpe, retrocediendo, y luego otro. Era como si ni siquiera pudiera oírme.

Moví mi cuerpo hacia un lado para evitar que el cuchillo me golpeara y golpeé su mano, haciéndole soltar el arma que estaba usando contra mí. La hoja rodó por el suelo, pero Mario no se detuvo, usando sus manos desnudas contra mí.

Tan ágil como yo, mi hermano también era rápido y estaba bien entrenado. Como yo, había aprendido todo lo necesario para defenderse y matar.

No pude evitar un golpe que me dio en la boca del estómago, haciéndome tambalear hacia atrás y quedarme sin aliento. Aprovechó el momento para golpearme de nuevo. Esta vez en la cara, dejándome con el amargo sabor de mi propia sangre en la boca.

—¡Luca!

—Métete en tus asuntos, perra. Luego te tocará a ti —la amenazó Mario.

Era mi hermano, pero no dejaría que lastimara a mi esposa.

Le di un golpe y me tocó hacerlo tambalear.

Pero en lugar de venir hacia mí otra vez. Volvió su atención a Perla, agarrándola por el cuello.

—¡Suéltala! —gruñí enfadado.

—¿O qué?

Vi el espanto en la cara de Perla y me enfureció aún más.

Di un paso hacia él y mi hermano le rodeó el cuello con las manos.

—Sabes que voy a matarla antes de que puedas hacer algo.

—Eso no servirá de nada.

—No estoy de acuerdo. Ayudará al menos a los Bellucci a venir a nosotros ya que eres demasiado débil para atacarlos.

—No sabes lo que estás diciendo...

Mientras discutía con mi hermano, pensaba en la manera de quitarle a Perla de las manos

lo antes posible. Entonces la vi moverse, aunque se le dificultaba la respiración. El cuchillo que Mario había intentado utilizar contra mí estaba en la mano de ella, por lo que me di cuenta de que lo había tomado al rodar por el suelo.

Mi hermano no se dio cuenta hasta que Perla se lo clavó.

—¡Puta! —gritó, soltándola y haciendo que mi mujer cayera al suelo.

—¡Perla! —Corrí hacia ella mientras Mario sacaba el cuchillo que le había clavado en el pecho.

La sangre empezó a gotear en el suelo, pero no me moví para intentar salvarlo. Todavía estaba en estado de shock al descubrir que me había traicionado y que probablemente estaba detrás de cada intento de matarme. Cuando se dio cuenta de que no podía lograrlo, tomó cartas en el asunto.

—¡Perla! —La tomé en brazos al notar las marcas rojas alrededor de su cuello.

—Estoy bien. —Me rodeó con los brazos y hundió la cabeza en mi pecho. Seguía asustada y jadeaba.

—Vámonos de aquí. —La tomé en brazos y la saqué del dormitorio, la llevé al salón y llamé a los hombres para que se ocuparan del cadáver de mi hermano.

Una de las criadas se despertó al oír el alboroto y acudió a atenderla, aprovechando también para llamar a un médico.

Cuando vi que Perla estaba a salvo, volví al piso del dormitorio y llamé a la puerta de mi madre.

Ella ya estaba levantada y tardó unos segundos en girar la manivela.

—He oído los gritos, ¿qué ha pasado?

—Mario está muerto. —Fui directo al grano.

—¿Muerto? —Los ojos de mi madre se abrieron de golpe.

—Irrumpió en la habitación e intentó matarme. Él era el que estaba detrás de todo. Por eso mató a Salvatore antes de dejarlo hablar.

Mi madre tragó saliva y mantuvo una expresión seria.

—Nunca lo entendió.

Moví la cabeza negativamente y mi madre me dio un abrazo, que le devolví sin decir ni una palabra más.



Perla

Capítulo cuarenta y nueve

Mario fue enterrado como un Mancini, como debía ser. A pesar de la sorpresa de Luca al enterarse de la traición de su hermano, no se habló de ello en la casa. Un incidente así conmocionó a todos, incluidos los soldados.

Había algo indispensable en la mafia italiana que, aunque yo no estuviera al tanto del negocio, conocía bien: la lealtad. Mario la rompió traicionando a su hermano. Por mucho que odiara a mi familia por culpa de su padre, no había justificación para lo que hizo.

—¡Vamos!

Observé la suave atmósfera del cementerio mientras asentía y dejaba que Luca me guiara de vuelta al auto donde nos esperaban los soldados.

Me quedé en silencio y así permanecí todo el camino de vuelta, no sabía exactamente qué decir porque no podía pensar que Pietra o Dante intentaran hacerme eso.

Mi marido estaba destrozado y yo me habría sentido aún peor en su situación.

Ángela también parecía agitada.

En medio de aquel extraño ambiente, los pocos *capos* que acudieron al funeral tampoco se atrevieron a decir nada, ni siquiera Tatiane, que había venido desde Roma con el tío Theo para acompañar el entierro. Sin embargo, en el aire flotaba un mensaje implícito que parecía claro para todos: la incitación a la guerra entre Mancini y Bellucci siempre acababa en muerte.

Por el bien de Italia, las dos poderosas familias debían estar del mismo lado.



Luca

Capítulo cincuenta

Los meses transcurridos desde la muerte de mi hermano demostraron que habíamos aprendido una lección muy importante. Después del episodio que quebró a mi familia, nadie se atrevió a oponerse a mi matrimonio, y mucho menos a la alianza que tenía con la familia Bellucci.

Estaba harto de aquella disputa que arrastraba cadáveres a la tumba y no era el único.

Mi hermano quería tanto vengar la muerte de mi padre que acabó corriendo la misma suerte, perdiendo la vida a manos de un Bellucci.

Perla intentó proteger su vida y la de nuestro bebé y yo no la juzgué por hacer lo que era necesario.

Tras una reunión con algunos afiliados responsables de establecimientos que blanqueaban mi dinero, volví a casa antes de comer y encontré a mi mujer en el salón hablando con mi madre.

—¡Hola, Luca, hijo! —Mi madre me dedicó una sonrisa que alivió un poco mis tensiones —. Estaba hablando con Perla de celebrar un baby shower antes del nacimiento de tu hijo.

—¿Es necesario?

—Me gustaría... —Mi mujer me miró con unos ojos brillantes que no pude resistir.

—De acuerdo.

—Gracias... Luca, ¡ven aquí!

—¿Qué ha pasado? —Me sobresaltó el grito de Perla.

—¡Ven pronto!

Me acerqué y me senté en el sofá junto a ella. Mi mujer me tomó la mano y se la puso sobre el vientre.

—Filippo se está moviendo.

Ella asintió y su sonrisa se ensanchó.

—¿Ya han decidido el nombre? —Mi madre parecía sorprendida.

—Yo lo sugerí y a Luca le gustó.

—Filippo... —repitió para ver cómo sonaba—. A mí también me gusta.

Mantuve la mano sobre el vientre de Perla, sintiendo cómo se movía el niño y pensando en la nueva generación que estaba por llegar.

Esperaba que cuando mi hijo tomara mi relevo fuera lo bastante prudente como para no cometer los mismos errores.



Perla

Epílogo

Un año después...

—¡Filippo! —Corrí hacia mi hijo cuando vi que le había caído encima un bote de pintura.

Levanté al bebé del suelo y le limpié la cara con el delantal. Se rió como si se divirtiera y disfrutara del desastre que había causado.

—Tus juguetes están allí, pequeño demonio. —Señalé el corralito del que se había escapado el niño de menos de un año.

Todavía no caminaba bien, pero era un gran escalador.

—¿Qué está pasando aquí? —Me di la vuelta al oír la voz firme de Luca.

Me levanté con nuestro hijo en brazos mientras se acercaba.

—¿Mamá te ha estado pintando a tí también?

—Mamá...

—De hecho, fue él mismo quien se pintó. —Torcí los labios y Luca se rió, agachándose para darme un beso.

—¿Ella también será así? —Me puso la mano en el estómago.

—Si sale a su padre, es muy probable.

—Como si mamá fuera una santa.

—La mayor parte del tiempo. —Me encogí de hombros y se rió.

—Ve a darle un baño y cámbiate porque vamos a salir.

—¿Adónde? —me pregunté mientras me quitaba el pelo de la manita de mi hijo, que tiraba de un mechón.

—Creo que a Filippo le gustaría pasar un rato en la playa.

—Buena idea. —Le di un beso a mi marido antes de pasar a su lado y dirigirme hacia la

casa.

Luca vino detrás de mí y tomó otra ruta mientras yo me dirigía a los dormitorios.

Había nacido en un mundo cruel y violento en el que las opciones, especialmente para las mujeres, nunca eran lo más importante. Sin embargo, a pesar de todos los retos, mi matrimonio fue la prueba de que aún podíamos encontrar la felicidad y hacer que la vida mereciera la pena.

Sobre la autora

Jéssica Macedo, 28 años, es brasileña y forma parte de Forbes Brasil's Under 30, una lista de los jóvenes más prometedores del país. Vive en Belo Horizonte con su marido, su hija y tres gatos. Escribe para niños y adultos, fantasía, aventura, romance y, sobre todo, literatura picante, un verdadero fenómeno editorial entre las lectoras.

Es una de las autoras más vendidas en Amazon en Brasil y Europa, y sus libros están disponibles en seis idiomas. Jessica empezó a escribir a los nueve años y se convirtió en autora a los 14, con el lanzamiento de su primer libro, «Vale das Sombras». Con más de 200 libros publicados, es escritora, editora, diseñadora y guionista. Ayudó a adaptar una de sus novelas, «Eternamente Minha», en un largometraje emitido en la plataforma Cinebrac. Hoy, Jéssica es el nombre principal de un equipo de autores, en su mayoría mujeres, que componen el catálogo del Grupo Editorial Portal, que fundó a partir de sus experiencias en otras editoriales.

https://www.autorajessicamacedo.com.br/es/

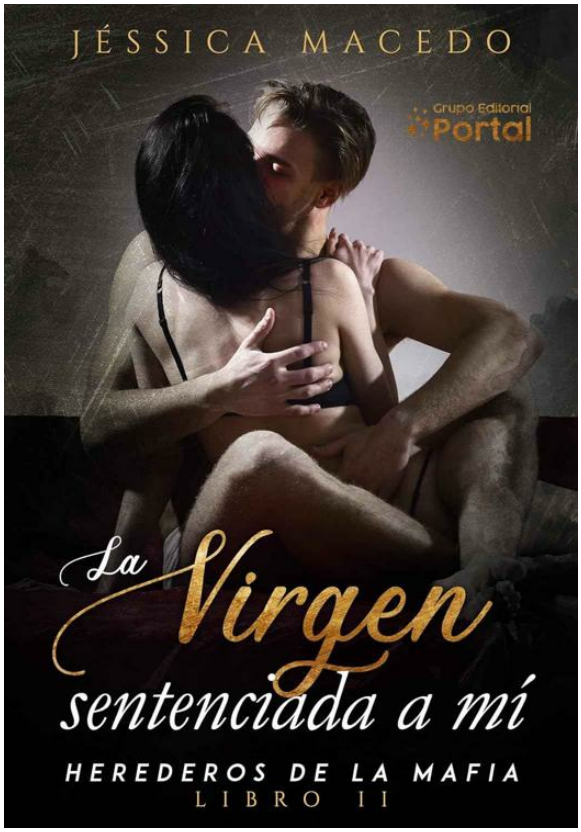
Facebook — www.facebook.com/autorajessicamacedo/

Instagram — www.instagram.com/autorajessicamacedo/

Página web del autor en Amazon — https://www.amazon.es/jessicamacedo

¡Suscríbase a mi lista de correo!

Haga clic aquí para recibir noticias.

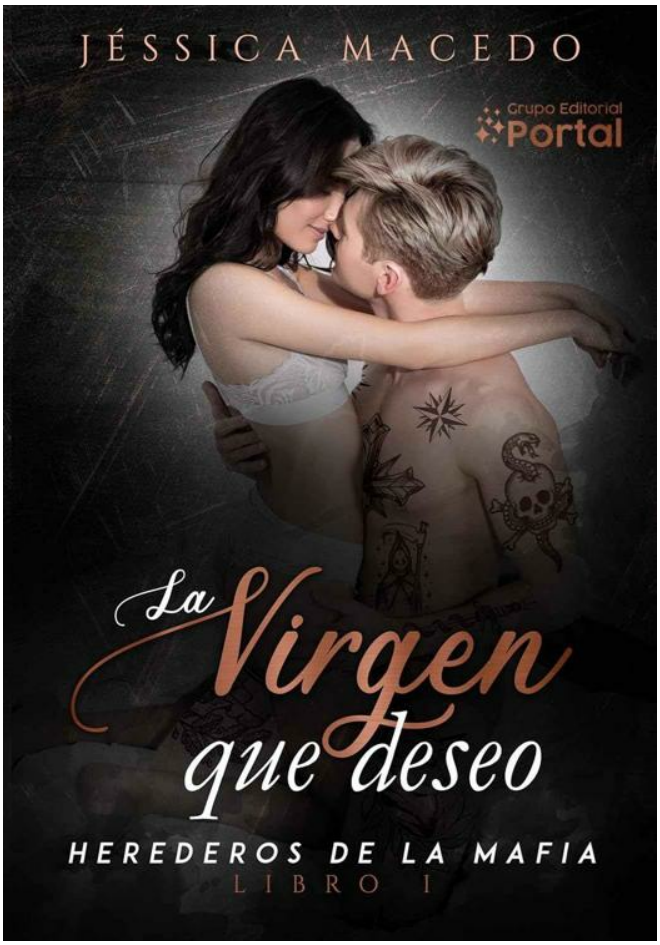


Link => https://amzn.eu/d/4iEF47G

Steven Lansky es el capo de Nueva York, jefe de la mafia italiana en Estados Unidos. Asumió el legado de su padre y descubrió que ser fiel a la mafia exige sacrificios mayores que matar o morir. Aceptó una unión de conveniencia con la princesa de los italianos, un matrimonio que fortalecería a su familia. Sin embargo, la novia eligió a otra persona, lo que hirió su ego e hizo que se enfadara con la familia Bellucci.

Manuela es hija de Theo Bellucci, consigliere de la mafia italiana. Llegó a creer que no se vería arrastrada a un matrimonio arreglado, pero cuando su prima se casó con el jefe de la mafia rusa, a ella le tocó mantener la alianza con los estadounidenses.

Steven y Manuela no querían casarse, pero se vieron obligados a unirse por el bien de sus familias. Una pareja de perros y gatos que se odian. En su vida matrimonial han demostrado ser enemigos declarados, pero están condenados a encontrar la forma de amarse o acabarán destruyéndose mutuamente.



Link => https://amzn.eu/d/4n0ICry

Tras convertirse en el jefe de la mafia rusa, Mikhail Orlov aprendió que, para conseguir lo que quería, tenía que mancharse las manos de sangre. Como capo, quiere tener todo lo que desea, incluida una mujer prohibida que vio en una misión hace cuatro años, y no puede quitársela de la cabeza.

Pietra es la hija de Marco Bellucci y la princesa de los italianos. Creció en una burbuja para protegerse de los enemigos de su padre y aprendió que no hay nada más importante que la familia. Sin embargo, una visión del pasado está a punto de regresar y situarla en una delgada línea entre el deseo y la razón.

Ella conoce las reglas. Su padre es quien elegirá a su marido y ella debe permanecer casta, pero el corazón nos hace cometer locuras. Rusos e italianos son enemigos. Este romance está condenado a la tragedia. A Mikhail no le importan las demás personas y hará lo que sea para conseguir lo que quiere.



Link => https://amzn.eu/d/iCsTkSD

Casarme era algo que nunca había imaginado hacer. La soltería me ofrecía muchas ventajas y las disfrutaba mucho.
Nací en el seno de una familia influyente que poseía una compañía aérea y siempre lo tuve todo, pero la política me dio el poder.
Sin embargo, siempre he sido un hombre muy ambicioso.

Quería más, quería la presidencia del país.

Yo creía que era la mejor opción, no sólo por mi ego, sino por mis logros políticos. Sin embargo, muchos miembros del partido parecían no estar de acuerdo con mi candidatura.

No era el hombre perfecto a sus ojos, incluso con todo su dinero e influencia. Habrían preferido otro candidato, alguien que favoreciera los valores tradicionales, un hombre comprometido con su familia.
Tenía que casarme.

Pero el dinero podía solucionarlo todo, sin que yo tuviera que cambiar mi estilo de vida. Un matrimonio por contrato era lo que necesitaba.
Penélope es doce años más joven que yo, ingenua, pobre y fácil de moldear. A mi lado, sería la decoración perfecta. Nunca tuvo nada y se comportaría para mantener el mundo que yo le ofrecía.

Lo controlaría todo, como siempre he hecho. Pero no podía prever que ella sería capaz de infiltrarse en las barreras de mi corazón.



https://www.amazon.es/gp/product/B0CLKXFHCK



https://amzn.eu/d/bFC4gyn